

JARDIN
DEL
SAGRADO CORAZON
DE JESUS



CIDAD AUSTRIANA
COMUNICACION GENERAL

NON

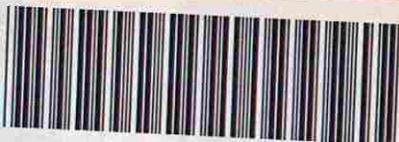
BX2158

C5

1901

RAID

12161



1080016211



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
MEXICO.
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

JARDÍN

DEL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

MISA, ORACIONES, TRIDUO,
NOVENA Y BREVE MES EN SU HONOR

POR

GABINO CHÁVEZ, Pbro.

Entra en este jardín delicioso para reanimar tu alma enferma —(El Señor a la Beata Margarita.)

Con las debidas licencias.

RAMON DE S. N. ARALUCO
EDITOR.

Callejón de Santa Inés, número 4

1901

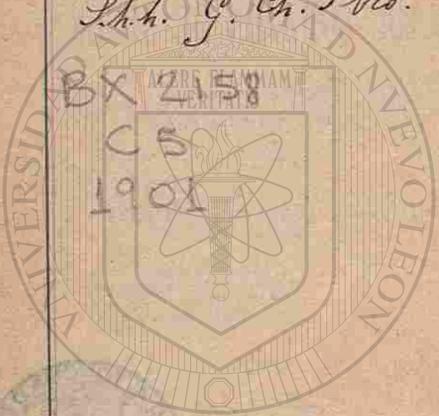


UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Teller

39599

VALVERDE Y TELLER

Al Illmo. Rvmo. Sa. Dr.
D. E. V.
L. h. G. Ch. Pbro.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

AL DEVOTO

D. S. L.

SAGRADO CORAZON.

Leese en la vida de la Bienaventurada Margarita Alacoque, escrita por sus contemporáneos, que estando un día su alma en un estado de dolorosa agonía, le dijo el Señor: "Entra, hija mía, en este delicioso jardín, para alentar tu alma enferma." Y vió que el Señor la invitaba á su sagrado Corazón como á un jardín lleno de flores, amables en su variedad y admirables en su hermosura. Después de mirarlas ella atentamente, dijole el Señor: "Bien puedes cortar de ellas cuantas gustes". . . .

Aquí abrimos al alma un pequeño jardín de varias flores, que, ojalá y fuesen también hermosas! para que coja de ellas las que guste, y respire su aroma, y se encienda en el amor y devoción del Corazón divino. Parte hemos tomado de las

002161

“Elevaciones al Sagrado Corazón de Jesús” de Monseñor Beguinot, Obispo de Nîmes, con unas admirables Meditaciones y unas preces del Padre Nouet, de la Compañía de Jesús, y alguno que otro rezo de personas devotas, corregido y arreglado por nosotros. Todo el resto, con el Mes, son pobres flores del terreno árido de nuestro corazón.

Director muchos años ha del Apostolado de la Oración y de la Guardia de Honor en esta parroquia, y habiendo publicado entre otros devocionarios, las *Flores de piedad*, el *Nardo aromático al pie del altar*, la *Azucena*, las *Flores del Tepeyac*, las *Floremitas del Tepeyac*, justo es que abramos, (ya al fin tal vez de nuestra vida), un jardín de flores ofrecidas al Corazón divino. Que las almas aspirando su aroma, amen más y más cada día al Corazón adorable de Jesucristo! Así se lo hemos pedido de rodillas, presentándole nuestro humilde libro.

Irapuato, primer viernes de diciembre de 1900.

G. Ch. Pbro.

ORACIONES

PARA OIR

LA SANTA MISA

EN UNIÓN CON EL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

Intención general.

Como la Misa es un sacrificio de amor, en el cual el Corazón de Jesucristo ardiendo en amor se ofrece por nosotros y se inmola sin cesar á su eterno Padre, así nosotros al asistir á este terrible misterio, debemos amar y adorar al sagrado Corazón uniéndonos con sus divinas disposiciones, con sus designios y sus intenciones, para glorificar á la divina Majestad, para darle gracias, para satisfacer á

su justicia y alcanzar para nosotros y para todos los hombres sus misericordias y poderosos auxilios.

**Ejercicio espiritual durante
la santa Misa.**

Estando al pie del altar debemos tributar homenaje á la Santísima Trinidad, á quien se ofrece el sacrificio, unir nuestra intención con la de la santa Iglesia, y empezar con respeto, al mismo tiempo que el Sacerdote: En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Durante el Salmo "Júdica."

Oh Dios mío, júzgame con tu gran misericordia según el Corazón y la bondad de tu santísimo Hijo; sepárame de los impíos, destruyendo en

mi el imperio del demonio, del orgullo y del amor propio. Oh Jesús mío! ilustra mi espíritu con tu verdad, y enciende mi corazón en tu santo amor, en el que el tuyo arde para con nosotros, y así me acercaré con confianza á tus altares y á tu sagrado Tabernáculo, para asistir al Santo sacrificio.

Durante el Introito.

Señor, ya tu Iglesia se prepara al Santo sacrificio, alabándote é impetrando tu misericordia: úneme con el sagrado Corazón de tu Hijo á fin de ser digno de ofrecerte con él las alabanzas que te tributa y las misericordias que vá á pedirte para nosotros. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Así sea.

Al Kirie eieison.

Oh Salvador mío, es cierto que por mi gran miseria tengo gran necesidad de la bondad infinita de tu Sagrado Corazón, la cual te mueve á no rechazarme jamás; pero aun cuando te obligasen á hacerlo, yo clamaria siempre como la Cananea: "Señor, ten compasión de mí!"

Al "Gloria in excelsis."

Oh Señor! aquí te damos la gloria que á tí solo es debida, y tú en cambio nos das la paz que el mundo no puede dar. Rendidamente te adoramos, te glorificamos, y te damos gracias por el Corazón de tu Hijo, cuyo sacrificio es el único digno de la santidad, de la grandeza y de la Majes-

tad de tu gloria infinita, porque este es el sacrificio de Aquel que es el solo Santo, el solo Señor, el solo Altísimo, contigo y con el Espíritu Santo, en la extensión de tu gloria por los siglos de los siglos. Asi sea.

Oraciones.

Oh Dios mío, ahora me uno con toda la Iglesia para pedirte por los labios del Sacerdote. Yo quisiera, oh dulcísimo Jesús, que los deseos y los designios de tu Corazón adorable, sobre mi alma, tengan su perfecto cumplimiento.

A la Epístola.

Haz, Señor, que ahora escuche en las santas palabras que me diriges por tus profetas y Apóstoles. Me so-

meto plenamente á las verdades que me enseñas en ellas, y te pido por el Corazón divino de Jesús, la gracia de obedecerlas por una práctica fiel y constante. Así sea.

ALERE FLAMMAN
VERITATIS
Al Evangelio.

Oh divino Jesús, al hacer el signo sagrado de la cruz, sobre mi frente, y en mis labios y en mi corazón, concédeme que aprenda á no ruborizarme nunca del Evangelio, y á profesar altamente con la boca las verdades que creo con el corazón. Escucho en pie la lectura de tu santa ley, para manifestar que siempre estoy pronto á cumplir sus preceptos. Haz, Jesús mío, me complazca en el cumplimiento de tu voluntad como lo significa el sacerdote besando el texto sagrado, y que guste el gozo per-

fecto en la sumisión á tu divino beneplácito.

(Es necesario unirse al sacerdote durante la recitación del Credo, y renovar su fé por un acto formal de adhesión á todas las verdades reveladas por Dios y enseñadas por la Iglesia.)

Al Ofertorio.

Oh Dios todopoderoso, miranos si así lo quieres en el Corazón Sagrado de tu amado Hijo, el que te ofrecemos con el Sacerdote como una víctima igual á tu divina Majestad, como un reconocimiento digno de tus beneficios, como una satisfacción que supera todas nuestras deudas y como una oración que no puede ser rechazada! Oh santa y adorable Trinidad, mira á tu Hijo y acuérdate de sus

sufrimientos, de su muerte, del amor para con los hombres que consumía su divino Corazón, y recibe favorablemente nuestro sacrificio por la gloria de tu santo nombre, por la salvación de nuestras almas y por el bien de toda la Iglesia.

Al Prefacio.

En la unión que se hace en este momento de la Iglesia, del cielo y de la tierra, para ofrecer este sacrificio santo y terrible, entraré Señor, en el santuario del Sagrado Corazón de tu Hijo para ser consumido en las llamas de tu amor y adorar tu santidad por la Hostia infinitamente pura y santa que va á ser sacrificada, me uno con el corazón y el espíritu á todos los coros celestiales y exclamo con ellos con toda la fuerza de mi

alma: "Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos. El cielo y la tierra están llenos de la Majestad de su gloria, tén piedad de nosotros y sálvanos.

Al Cánon de la Misa.

Oh Padre santo, Dios eterno, nosotros te adoramos y te suplicamos, por el Sagrado Corazón de tu Hijo, que recibas esta oblación que te ofrecemos con el sacerdote por toda la Iglesia católica, por nuestros pastores y superiores, por los príncipes cristianos, por nuestros padres, por nuestros amigos y enemigos, pidiéndote para todos una fe firme y santa, y una conducta verdaderamente cristiana para llegar á la unión perfecta contigo en la gloria. Concédeme también la gracia de socorrer y

aliviar y apresurar la libertad á las almas del purgatorio. Esas almas son las ilustres conquistas del Sagrado Corazón de Jesucristo, sobre todo, tén compasión de aquellas que han tenido más devoción á este adorable Corazón y á la gloriosa Virgen María. Nosotros te pedimos estas gracias por la Hostia santa, verdadera, eterna, que se te ofrece en sacrificio. Oh Dios mio, por el Sagrado Corazón de tu Hijo, concédenos la gracia de morir al pecado, al mundo y á nosotros mismos, consagrándote todos los pensamientos y todos los afectos de nuestro corazón.

A la elevación de la Hostia.

Adorable y saludable Hostia, que nos abres la puerta del cielo! Corazón sagrado de mi Salvador, que de-

rramas sobre nosotros tesoros de gracias, de las cuales eres la fuente inextinguible, mi corazón sujeto á tantas debilidades, oprimido de tantos males, combatido de sus vanos deseos, desgarrado por sus pasiones, te pide la fuerza para resistirlas y para vencerlas; sé siempre victorioso en mí que no puedo jamás serlo sino por tí. Yo adoro tu santísimo cuerpo, oh Jesús! yo me abismo en tu divino Corazón!

A la elevación del cáliz.

Oh sangre preciosa de mi Salvador, que has sido derramada para lavar toda la tierra y para abrasar todos los corazones con el fuego del divino amor, purifica el mio con todo lo que tiene aún de terrestre y de profano. Corazón adorable de Jesús,

que por lavarme de todas mis manchas, has querido derramar hasta la última gota de tu sangre tan preciosa, no permitas que yo contraiga de hoy en adelante ninguna mancha de pecado.

Al "Pater."

Señor, por el Sagrado Corazón de Jesucristo tu Hijo, libranos de todos los males pasados, presentes y venideros, y concédenos la gracia de servirte con una paz y confianza que nada pueda perturbar ni alterar. Así sea.

Quando el sacerdote pone una partícula de la Hostia en el cáliz.

Esa mezcla y esa unión de las especies del pan y del vino cambiadas en tu cuerpo y sangre, presenta á mi

fe esas tres inefables uniones: de Dios, y del hombre por tu encarnación, oh divino Jesús; del hombre contigo con la santa comunión; y de todos los santos transformados en Dios por la gloria que tú nos has merecido. Yo bendigo y te doy gracias con tu divino Corazón, por todos los bienes que nos has hecho; con la primera te pido la gracia de la segunda, y espero de tu misericordia la dicha de la tercera.

Al "Agnus Dei."

Divino Cordero, sólo tú puedes quitar los pecados del mundo, borra para siempre de mi alma todos los que tú conoces; los detesto de todo mi corazón, tén compasión de mi y dame la paz eterna á fin de que te alabe y bendiga para siempre.

Al Dómine non sum dignus.

Es cierto, Señor, que soy muy indigno de que entres en mi alma; mas mi indignidad y miseria misma son las que me hacen desear este pan celestial y que en el hambre que me apremia, me hacen recurrir á la ternura de tu Sagrado Corazón, para tomar de su divina plenitud con qué llenar el vacío de mi corazón. Oh Jesús, toma posesión de mi alma que te pertenece por tantos títulos, hazla digna de recibir y de encontrar en ti la vida, mas una vida dichosa y eterna.

LA COMUNION ESPIRITUAL.

Acto de fe.

Oh adorable Jesús, yo creo con una viva fe y firme, sobre tu palabra, que estás realmente presente

bajo esas especies sacramentales, en las cuales la bondad inefable de tu Corazón te ocultan, para dar á nuestras almas el pan vivo que les comunica una vida toda divina.

Acto de humildad.

Oh misericordiosísimo Jesús, mi alma, á pesar de mis imperfecciones y miserias, desea ardientemente unirse á tí, para vivir de tu vida y poseer esos tesoros de gracias que derramas con liberalidad sobre los que te buscaron; mas, para obtener esta gracia, es necesario estar exento de todo pecado! Ah Señor! yo detesto con toda la extensión de mi corazón todos los que he cometido en mi vida, porque ellos te desagradan y ofenden tu infinita bondad.

Acto de deseo.

Oh Jesús, yo abandono toda mi alma al deseo de recibirte en la Santísima Eucaristía! Yo suspiro por tí con más ardor que el ciervo sediento corre hacia las aguas de una clara fuente. Ven, pues, Señor, date también á mí tan eficazmente por tus gracias, como si tuviese la dicha de recibir realmente tu cuerpo y tu sangre preciosa. Ven, Señor Jesús, ven á vivir en mi alma en la plenitud de tu virtud, en la perfección de tus obras, en la santidad de tu espíritu y en la comunión de tus divinos misterios; ven á reinar en mí y á destruir todas las potestades rebeldes de las tinieblas del mundo, de la carne y del pecado; ven á establecer en mi corazón, y que yo me abis-

me en el tuyo por la gracia y por la operación de tu Padre celestial: que yo esté continuamente unido á tí por la imitación de tus virtudes que conservarán en mí los frutos del divino sacrificio al cual acabo de asistir!

(Recogerse y unirse con las intenciones del corazón de todos los fieles que tienen la dicha de hacer la santa comunión.)

A la bendición.

Oh Dios mío, bendícenos con la abundancia de tus santas bendiciones en Jesucristo, y por Jesucristo tu Hijo, y mi Salvador, á fin de que tu Espíritu Santo nos anime, nos dirija y nos santifique en todos nuestros movimientos y en toda la dirección de nuestra vida, á fin de que imitando en la tierra las acciones de la Hu-

manidad santa de ese Hijo adorable, merezcamos contemplar en el cielo los esplendores de la divinidad, del que contigo y con el Espíritu Santo, vive y reina en todos los siglos de los siglos. Así sea.



EJERCICIO

PARA

LA SANTA COMUNIÓN.

**Cortas aspiraciones para prepararse
á la Santa Comunión.**

1. ¡Oh Dios mío! yo me acerco á tu santo altar á recibir la santa Víctima cuya sangre adorable ha borrado todos los pecados del mundo. Este adorable misterio es el que me revela las riquezas infinitas de tu divino Corazón, al cual quiero unirme con fe sincera, con perfecta confianza y con ardiente amor.

2. Mirame, ¡oh Dios mío! á través de los velos que te ocultan á mis ojos; atraeme, ¡oh Pan vivo! atraeme

con tus inefables delicias! ¡oh Jesús! enciéndeme en tu amor, y correré al olor de tus perfumes!

3. ¡Oh Dios mío! ¡oh vida mía! oh santas y castas delicias mías! llénname de una santa embriaguez, á fin de que olvide todas las cosas y que no me acuerde más que de tí; que me una á tí con todas mis fuerzas, como á mi único y soberano bien!

4. ¡Oh Dios mío! tu carne adorable es toda mi alegría, y me es más agradable que todas las delicias de la tierra. Dame, pues, Señor, lo que tanto amo, porque es cierto que lo amo, y de tí oh Dios mío! tengo este amor. No abandones, Señor, tus propios dones, no abandones esta planta que tú mismo has sembrado y que sin tí muere de sed y de sequedad.

5. ¡Oh Dios mío! tu eres el reme-

dio de los débiles, el alimento delicioso de los grandes y de los fuertes: fortaléceme y hazme crecer, para que sea plenamente alimentado por tí.

6. Oh Dios que eres mi verdadera vida, ¿en dónde puedo encontrarte más presente en la tierra y más accesible á mis necesidades, sino en este pan de la vida eterna?

7. Oh soberana dulzura de mi corazón, dulzura verdadera y sólida, yo quiero acercarme á tí y unirme á tí cuanto puedo y me es dable.

Al acercarse á la Santa Mesa.

1. ¡Oh Amado de mi alma! no dilates más; apresúrate, Señor, que muero del deseo de unirme á tí, y mi alma arde de amor por tí.

2. ¡Oh Jesús, habita cuanto antes en mi corazón y haz que yo me

abisme por amor en tu corazón sagrado! Y pues tú eres mi centro, y la única vida mía, haz que yo sea también morada tuya y lugar donde descanses.

3. Oh Jesús mío, quita de mi todo lo que es indigno, y no mires más que tu bondad y á la grande necesidad que tengo de ti.

4. Verdad es que no soy mas que flaqueza, pobreza y miseria; pero tus misericordias, Dios mío, sobrepujan á todas tus obras; y si tan liberalmente te das á mí, es para purificarme, para enriquecerme y perfeccionarme, para santificarme y colmar-me de gracias y favores.

5. Oh Jesús, amor mío y vida mía! oh Jesús, mi Dios y mi todo! oh bondad infinita! oh majestad suprema! oh grandeza incomprensible! oh

Dios mío! ¿quién soy yo, y quién eres tú?

6. Oh celestial convite! oh mesa de los ángeles! oh divino banquete! mi alma arde en sed de tus santas delicias; mi interior, todo, suspira por tí, Jesús mío! aliméntame con tu carne sagrada, dame á beber tu sangre adorable! Solo de tí, Señor, quiero sustentarme; contigo quiero quedar unido eternamente! oh divino Corazón ¿quién pudiera morir en un ímpetu de amor hacia tí! por tí, Amado de mi alma, que has querido morir por mi amor! *Por amor de tu amor muera, ya que por amor de mi amor, tú te has dignado morir!*

Después de la Comunión.

1. Oh bondad de mi Dios! oh luz secreta! oh reposo divino! oh silencio

interior enteramente lleno de Dios!
oh paz inefable! oh sueño sagrado,
que sólo en tí se duerme, oh Dios mío!

2. Oh exceso del amor de mi
Dios! oh océano de bondad! oh fuen-
te inextinguible de misericordia!
Huésped sagrado de mi alma, yo te
adoro dentro de mí; poséeme, lléna-
me, abrázame, bástame tú solo oh
Dios mío y mi todo!

3. Qué haré yo y qué te volve-
ré, oh Salvador mío! por haberte da-
do tan liberalmente á mí, y por ha-
berme visitado con tanta bondad y
misericordia! Tú eres todo para mí,
y yo soy todo para tí.

4. Mi Amado es para mí, y yo
soy para él por toda la eternidad, oh
amor de mi Dios! oh mi único amor y
mis castas delicias! No más pecado,
nada más que tú, Dios de mi corazón!

5. Oh Jesús! sé por tu sagrado
Corazón el remedio de mi fragilidad,
el único objeto de mi amor y la se-
guridad de mi salvación!

6. Oh Jesús mío! bien poco es un
corazón para amarte; muy débil es
una voz para publicar tus bondades.
Virgen santísima, querubines y sera-
fines, ángeles y santos todos del cie-
lo, justos todos de la tierra, ayudad-
me á amar al Dios de mi corazón y
á tributarle dignas acciones de gra-
cias!

7. Hazme creer, Señor, como los
santos han creído; concédeme que te
ame como ellos te han amado; que
piense, hable, trabaje, ore y padez-
ca, como ellos, por solo tu gloria.

8. Oh adorable Salvador mío,
ahora que estás realmente presente
en mi pecho, destruye en él, el peca-

do, que solo puede separarme de tí, presérvame con tu poder y bondad de todo lo que pueda desagradarte.

9. Oh Dios mío, que mi alma se llene sin cesar de tí, con un amor casto é invariable, á fin de que uniéndose á tí con todas sus fuerzas, y con todos sus afectos, goce de la dicha inefable de ser para siempre templo y morada tuya, y de estar siempre ilustrada con tus divinas luces.

10. Oh Jesús, dame un corazón enteramente nuevo y semejante al tuyo; un corazón puro y fiel, un corazón que no ame mas que á tí, y que siempre se acuerde de tí, y no viva más que para tí y para tu gloria.

VISITA

Á LA

Bienaventurada Margarita María Alacoque

QUE PUEDE HACERSE

EL DÍA DIEZ Y SIETE DE CADA MES.

Acto de Contrición.

- Señor mío Jesucristo Sacramentado, aquí tienes á tus pies á ésta tu indigna esclava, que viene á confiar-te sus penas, y á buscar en tu divino Corazón el consuelo y el remedio de sus males.

¡Cuán dulce es, Señor, el tener un amigo fiel á quien contar sus trabajos, encontrar un corazón sensible que participe de nuestros sufrimientos, y que con su amor y ternura enjague

do, que solo puede separarme de tí, presérvame con tu poder y bondad de todo lo que pueda desagradarte.

9. Oh Dios mío, que mi alma se llene sin cesar de tí, con un amor casto é invariable, á fin de que uniéndose á tí con todas sus fuerzas, y con todos sus afectos, goce de la dicha inefable de ser para siempre templo y morada tuya, y de estar siempre ilustrada con tus divinas luces.

10. Oh Jesús, dame un corazón enteramente nuevo y semejante al tuyo; un corazón puro y fiel, un corazón que no ame mas que á tí, y que siempre se acuerde de tí, y no viva más que para tí y para tu gloria.

VISITA

Á LA

Bienaventurada Margarita María Alacoque

QUE PUEDE HACERSE

EL DÍA DIEZ Y SIETE DE CADA MES.

Acto de Contrición.

- Señor mío Jesucristo Sacramentado, aquí tienes á tus pies á ésta tu indigna esclava, que viene á confiar-te sus penas, y á buscar en tu divino Corazón el consuelo y el remedio de sus males.

¡Cuán dulce es, Señor, el tener un amigo fiel á quien contar sus trabajos, encontrar un corazón sensible que participe de nuestros sufrimientos, y que con su amor y ternura enjague

nuestro llanto! Tú eres, adorable Salvador mío, el amigo más fiel y constante, tu Sagrado Corazón es el más tierno y sensible: con bondad admirable é indecible paciencia, escuchas la narración de nuestras penas, y las cambias en gozos y consuelos.

Con razón dice un Profeta: "Iréis con gozo á sacar aguas de las fuentes del Salvador." Esas fuentes son tus preciosísimas llagas que continuamente están derramando gracias y misericordias, y á donde sin cesar están llegando á buscarlas todos los pobres y necesitados. Aquí vienen los sedientos á calmar su sed, los enfermos á buscar la salud, y los que están manchados á purificarse. Y aunque todas tus preciosas llagas son fuentes de gracias, la más preciosa, la más grande, y

la que las derrama con más profusión es la de tu divino Corazón; á ésta fuente vengo hoy, Jesús mío; como sedienta quiero calmar aquí mi sed, como enferma pido mi salud, y como manchada é inmunda te ruego me laves y purifiques. Mira, Señor, mi pobre alma, cuán manchada, y cuán inmunda se encuentra; Jesús mío, límpiala de esa lepra horrorosa que tanto la afea, que si Naamán tuvo que lavarse siete veces en el Jordán para quedar sano y limpio, yo espero que con una sola vez que se introduzca mi alma en esa fuente purísima, saldrá limpia y hermosa; lávame, Señor, y quedaré limpia, purifícame, sumérgeme en esa fuente divina, y todas mis iniquidades quedarán destruidas; concédemelo, Salvador mío, que yo detesto y aborrezco

el pecado y propongo no volverlo á cometer. Amén.

Se reza un Credo al Sagrado Corazón de Jesús.

V. Corazón de Jesús, fuente de gracias.

B. Purifica mi alma é inflámala en tu Santo amor.

Oración.

Oh bienaventurada, virgen admirable! cuánto me complace y admira el ver en tu prodigiosa vida ese amor á la cruz, ese deseo ardiente de padecer, ese anhelo, esas ansias insaciables de penas y sufrimientos, que te hacían llamar á los trabajos "tu pan delicioso," complaciéndote en sufrir toda clase de penas sin alivio y sin consuelo! Seráfica virgen, ¿cómo

siendo la cruz y las penas tan temibles á la naturaleza tú las amabas en tanto grado? ¿cómo podías desear las humillaciones y desprecios que tanto cuestan al amor propio? ah, tú pensabas de ese modo, porque Jesús, tu amado Esposo, al cambiar contigo su Corazón divino, encendió el tuyo en el fuego ardiente en que el suyo se abrasa. Este amante Esposo quiso que tu corazón fuese una perfecta copia del suyo; como en el Corazón de Jesús estuvo siempre fijada la cruz, así en el tuyo nos la hacen como ver esos tus ardientes deseos de padecer; el Corazón de Jesús se manifiesta rodeado de llamas para dar á conocer el amor que lo consume; y el tuyo se abrasaba aun con ardores sensibles que manifestaban la intensidad de ese fuego que al fin

te quitó la vida; el Corazón de Jesús fué herido con la lanza; y tú te quejabas de la herida interior con que el amor divino había llagado tu amante corazón: el Corazón de Jesús se muestra coronado de espinas; y el tuyo estaba siempre herido con toda clase de penas y trabajos. ¡Cuánto agradaría al Señor esa tu alma tan pura, y tu corazón tan semejante al suyo! bien lo dió á conocer diciéndote un día que tu alma era su cielo, y tu corazón el lugar de su descanso.

Goza, pues, virgen dichosa, de las caricias del Esposo, pero no olvides á esta alma que te ama, y te invoca: ruega por mí, y alcánzame con tus ruegos el amor de Jesucristo, el vencimiento perfecto de mis pasiones, el amor ardiente á la cruz, y todas las

gracias que necesito para mi salvación. Amén.

Se rezan tres Ave Marías en esta forma:

Bienaventurada Margarita, que amaste á Dios con amor tan ardiente y tan tierno, alcánzame el que yo le ame con todo mi corazón.

Ave María.

Bienaventurada Margarita, que deseabas tanto el padecer y ser humillada y despreciada, ruega por mí, y alcánzame el amor á la cruz de mi Señor.

Ave María.

Bienaventurada Margarita, que procurabas y deseabas vivir desconocida y olvidada de todas las criatu-

ras, pide para mí el amor al retiro, el recogimiento y la vida interior.

Ave María.

Oración de la Iglesia.

Señor mío Jesucristo, que revelaste admirablemente las investigables riquezas de tu Corazón á la bienaventurada Margarita, concédenos que por sus méritos é imitación, amándote en todas y sobre todas las cosas, merezcamos tener nuestra perpetua morada en tu mismo Corazón. Que vives y reinas con Dios Padre, en unidad del mismo Espíritu Santo, Dios por todos los siglos, de los siglos. Amén.

CUATRO HOMENAJES

AL

CORAZON DE JESUS.

(Del P. Nouet de la Compañía de Jesús.)

1º

Homenaje al Sagrado Corazón de Jesús, en reconocimiento de sus grandezas.

Corazón de Jesús; Formado de la más pura sangre de la Virgen María:
Yo te someto el mío absolutamente.

Corazón de Jesús; Animado del alma más santa que hubo jamás:
Yo te someto el mío absolutamente.

Corazón de Jesús; Unido personalmente á la Divinidad:

Yo te someto el mío absoluta-
mente.

Corazón de Jesús; Obra maestra
del Espíritu Santo:

Yo te someto el mío absoluta-
mente.

Corazón de Jesús; Domicilio del
Verbo divino:

Yo te someto el mío absoluta-
mente.

Corazón de Jesús; Trono del Pa-
dre Eterno:

Yo te someto el mío absoluta-
mente.

Corazón de Jesús; Tesoro de la
Iglesia:

Yo te someto el mío absoluta-
mente.

Corazón de Jesús; Centro de to-
dos los espíritus:

Yo te someto el mío absoluta-
mente.

Corazón de Jesús; Maravilla del
mundo:

Yo te someto el mío absoluta-
mente.

Corazón de Jesús; Rey de todos
los corazones:

Yo te someto el mío absoluta-
mente.

2º

*Homenaje al Sagrado Corazón de
Jesús en reconocimiento de sus benefi-
cios.*

Corazón de Jesús; Fuente de mi
redención:

Bendito seas!

Corazón de Jesús; Fuente de mi
vocación:

Bendito seas!

Corazón de Jesús; Fuente de mi santificación:

Bendito seas!

Corazón de Jesús; Fuente de todos los buenos pensamientos:

Bendito seas!

Corazón de Jesús; Fuente de todos los buenos deseos:

Bendito seas!

Corazón de Jesús; Fuente de todas las buenas obras:

Bendito seas!

Corazón de Jesús; Fuente de todos los bienes de la naturaleza:

Bendito seas!

Corazón de Jesús; Fuente de todos los bienes de la gracia:

Bendito seas!

Corazón de Jesús; Fuente de todos los bienes de la gloria:

Bendito seas!

Corazón de Jesús; Fuente de todos los bienes que poseo, y de todos los que espero:

Bendito seas!

3º

Homenaje al Sagrado Corazón de Jesús en satisfacción de nuestros pecados.

Corazón de Jesús, fuente de toda pureza; Todas mis infidelidades:

Perdónalas benigno.

Todas mis indevoiciones:

Perdónalas benigno.

Todas mis inmodestias é irreverencias:

Perdónalas benigno.

Corazón de Jesús, fuente de toda pureza; Todas mis vanidades:

Excúsalas clemente.

Todas mis inquietudes:
Excúsalas clemente.

Todos mis desalientos:
Excúsalos clemente.

Corazón de Jesús, fuente de toda
pureza; Todas mis impacencias:

Olvidalas paciente.

Todas mis resistencias á la gracia:

Olvidalas paciente.

Todo mi olvido de Dios:

Olvidalo paciente.

Toda la pérdida de tiempo:

Olvidala paciente.

4º

*Homenaje al Sagrado Corazón de
Jesús para obtener santa vida y di-
chosa muerte.*

Corazón de Jesús, fuente de todos
los dones del cielo;

44

El don de sabiduría para conocer,
amar y gustar las verdades eternas:

Concédemelo, Señor.

El don de inteligencia para pene-
trar tus misterios:

Concédemelo, Señor.

El don de ciencia para conocerme
á mí mismo, y para despreciar las
vanidades del mundo:

Concédemelo, Señor.

El don de consejo para saber ca-
minar entre las tinieblas y los peli-
gros de esta vida:

Concédemelo, Señor.

Corazón de Jesús, fuente de todos
los dones del cielo;

El don de fortaleza para vencer las
tentaciones del enemigo y las dificul-
tades de la virtud:

Concédemelo, Señor.

45

El don de piedad para amar la oración y servirte con alegría:

Concédemelo, Señor.

El don del santo temor para huir con horror todo lo que puede desagradarte:

Concédemelo, Señor.

Corazón de Jesús, fuente de todos los dones del cielo;

El don de lágrimas para llorar mis pecados:

Concédemelo, Señor.

El espíritu de penitencia para satisfacer á la justicia divina:

Concédemelo, Señor.

El don de la perseverancia final para vivir y morir en tu gracia:

Concédemelo, Señor.

Amén.

DESAGRAVIO

AL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

POR EL ROBO SACRÍLEGO. ⁽¹⁾

Corazón divino de mi Jesús: ¿con que no te valió, Señor, el esconderte bajo los toscos accidentes del pan, para librarte de la persecución de tus enemigos? ¿Con que el esconderte á los ojos del cuerpo para descubrirte á los de nuestra fe, á fin de que te amáramos y veneráramos en ese sacramento adorable, vino á atraerte el que la fe te olvide para adorarte y la traición te encuentre para robarte?

(1) La multitud de atentados de esta especie, cometidos en los últimos años, hacían necesaria una reparación especial.

¡Oh mi Señor y mi Dios, déjame preguntar á esos desgraciados que te llevan, como preguntaba la Magdalena: "decidme dónde le habéis puesto y yo me le llevaré." Mas ay Corazón dulcísimo! entonces nadie te había llevado, sino que habías resucitado y dejado solo el sepulcro; pero ahora, glorioso, é inmortal, verdaderamente has sido robado por sacrílegas manos, y nuevos Judas, por una poca de plata te han quitado de entre tus discípulos y te han entregado á tus enemigos. Señor, quisiera morir de dolor, Tú eres mi amigo, y mi hermano y mi padre; tú eres mi consuelo, mi remediador y mi gozo; Tú eres mi Señor y mi Dios: ¿por qué te dejas, amor mío, tratar de esa manera? ¿no basta la tibieza de tus amigos, la ingratitude de tus hijos, el desprecio de

los cristianos, sino que han de venir sacrílegos sayones, á tomarte en las manos, prendiéndote como aquellos del huerto, llevándote á la media noche indignamente, cautivo en las especies como en grillos y cadenas por mi amor? Bendito seas Corazón amantísimo! que no rehusas tales afrentas por poder estar conmigo. Que los ángeles sin cesar te adoren, ya que los hombres somos tan ingratos; que las almas fieles derramen copiosas lágrimas; que tus hijos llenos de dolor te desagravien, y que sean más que nunca constantes en visitarte, frecuentes en asistir á la santa Misa, devotos ante la Eucaristía, compensando con su amor y sus obsequios las horribles injurias que has recibido. Aquí tienes, Señor, mi corazón; haz de él un sagrario donde mores, que

aquí nadie vendrá á arrebatarte ni á ultrajarte. Vivir quiero contigo, Dueño mío; llorar sin cesar quiero tus ofensas. Que no vuelva yo, Señor, jamás á ofenderte; que cierre bien las llaves de mi alma, para que el demonio no pueda privarme de tu presencia. No permitas, Jesús mío, que yo me separe de ti, ni en el tiempo, ni en la eternidad. Amén.

TRIDUO DEVOTO

AL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

Invitación.

¡Quien quisiere ayudar á amar al dulce Corazón de mi Jesús sea bienvenido! A todo el mundo convido á que le ame.

Venid primero vosotras, almas puras é inocentes, cándidas palomas que voláis por las más altas regiones, y penetráis por el agujero de la peña viva, y reposáis pacíficas como en vuestro nido, en el abierto Costado: ¡ayudadme á amar al Corazón herido de mi Dueño!

Venid, almas anhelantes, que ardéis en deseos de amar, palomas azu-

aquí nadie vendrá á arrebatarte ni á ultrajarte. Vivir quiero contigo, Dueño mío; llorar sin cesar quiero tus ofensas. Que no vuelva yo, Señor, jamás á ofenderte; que cierre bien las llaves de mi alma, para que el demonio no pueda privarme de tu presencia. No permitas, Jesús mío, que yo me separe de ti, ni en el tiempo, ni en la eternidad. Amén.

TRIDUO DEVOTO

AL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

Invitación.

¡Quien quisiere ayudar á amar al dulce Corazón de mi Jesús sea bienvenido! A todo el mundo convido á que le ame.

Venid primero vosotras, almas puras é inocentes, cándidas palomas que voláis por las más altas regiones, y penetráis por el agujero de la peña viva, y reposáis pacíficas como en vuestro nido, en el abierto Costado: ¡ayudadme á amar al Corazón herido de mi Dueño!

Venid, almas anhelantes, que ardéis en deseos de amar, palomas azu-

ladas como el cielo por el cual suspiráis, venid á lavaros en la fuente cristalina, y purificadas beberéis al mismo tiempo las aguas del amor: ¡ayudadme á amar al Corazón santísimo de mi Redentor!

Venid, almas pusilánimes y medrosas, palomas silvestres que voláis al menor ruido, y que con lentos pasos y retrocediendo á veces despavoridas, váis llegando á la sombra del Arbol de la Vida, que es Jesús; perded el miedo y volad con confianza; yo temblaba también como vosotras, y he sido asegurada; el Corazón de Jesús es un abismo de misericordia y bondad: ¡ayudadme, pues, á amar al Corazón de este Médico divino!

Venid, almas confiadas y amorosas, que posadas sobre sus dulces hombros, esperáis la puesta del sol para

hacer vuestra entrada con la multitud de las almas amantes que acuden á esa hora á la mansión sagrada del Corazón de Jesucristo: ¡ayudadme á amarlo, y á cantar sus alabanzas!

Venid, almas humildes, pequeñas palomas del color de la tierra, pero con visos de oro; vosotras que reposáis tranquilas á los pies del Amado, sin querer de allí moveros, porque en ellos encontráis cuanto apetecéis; venid á amar, adorar y glorificar desde el fondo de vuestra humildad, al Corazón de vuestro Rey, de vuestro Salvador y vuestro Dios: ¡ayudadme á amar y venerar su divino Corazón!

Venid, vosotras también, almas pecadoras, palomas aún oscuras y morenas; pero que algún día seréis trocadas por la divina sangre en blancas y lucientes: venid á lavaros en

el mar de la gracia, á dejar vuestras manchas en la piscina sagrada y resucitar en la fuente de toda vida: ¡ayudadme, también vosotras á amar al clementísimo y bondadoso Corazón de mi Jesús!

Vengan también los ángeles, vengán todos los santos; venga la Reina del empireo, mayor que todos ellos, y reunidos en gran coro, el cielo con la tierra, los ángeles con los hombres, amemos, adoremos, honremos y glorifiquemos eternamente al divinísimo Corazón del Verbo encarnado. Amén.

V. Señor, abrirás mis labios.

R. Y mi boca anunciará tu alabanza.

V. Dios mío, atiende en mi ayuda.

R. Apresúrate, Señor, á socorrerme.

Gloria Patri, etc.

Oración.

Permitidme, Señor, que os diga, que por muchos y muy grandes que hayan sido los beneficios que me habéis hecho, no me habéis aun dado lo bastante, si no me dáis vuestro amor; dádmelo, clementísimo Padre, dádmelo, piadosísimo Señor; dadme un corazón semejante al vuestro, dadme vuestro mismo Corazón.

Acto de contrición.

¡Oh amantísimo Jesús! que compadecido de la miseria y cautiverio del hombre, no os desdenásteis de encarnar en el vientre de una Virgen, aunque pura é inocente, y de vivir una vida tan llena de trabajos, finalizándola con una muerte tan afrentosa en el madero de la cruz: yo os ruego por

todas estas penas y las de vuestra Santísima Madre, y por el amor que os movió á revelar á vuestra amada esposa Margarita María Alacoque la tiernísima devoción á vuestro Sagrado Corazón, que me perdonéis los grandes pecados con que he tenido la desgracia de ofenderos en todos los días de mi vida: yo me arrepiento pesadosa de haber sido una hija tan ingrata á tan misericordioso Padre; os ofrezco, Jesús mío, ayudada de la divina gracia, no volverlos á cometer, y espero con fe viva me perdonaréis por los méritos de vuestra preciosa sangre, vida, pasión y muerte. Amén.

Oración para todos los días.

Mi divino Jesús, dejadme llegar á vuestros piés para contemplar la amabilidad de vuestro dulce Corazón; es-

ta divina zarza abrasada en fuego celestial podrá calentar mi frialdad, derretir mi dureza é inflamar mi corazón: podrá encenderlo en el fuego que dijísteis que habíais venido á traer á la tierra, asegurando que nada deseábais tanto como verlo encendido en nosotros. Aquí estoy, Dios y Señor mío: obrad en mí según los deseos de vuestro amorosísimo Corazón: aquí estoy, mi Señor, acercadme á ese horno de amor, llegadme á ese vuestro Corazón y se secarán todos los humores de mis pasiones, disponiéndome de este modo para ser todo vuestro. Amén.

PRIMER DÍA.

Las Amargas del Corazón de Jesucristo.

Corazón adorable de mi amado Jesús: ¡qué amor tan grande tuvisteis al hombre que por él hicisteis aquella fervorosa oración en el Huerto; por él sentisteis aquella contrición tan grande, capaz ella sólo de reparar todas las ofensas hechas á la divina Justicia por los hijos de Adán!

¡Oh Corazón santísimo por mi tan afligido y tan lleno de amargura en aquel solitario Huerto, cuando por mi gemisteis y exclamásteis: "Padre, si es posible pase de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya!" ¿Cómo puedo yo, miserable pe-

cador, recordar estas intolerables tristezas y angustias, sin que mi duro corazón se derrita en llanto, y se haga pedazos de dolor? ¿Cómo puedo conservar voluntad propia, dándome Vos ejemplo de entera sumisión á la voluntad de vuestro Padre? ¡Oh Corazón de mi amado Jesús! ¿Cómo me habéis amado tanto y me amáis todavía, sabiendo que yo tengo un corazón sólo inclinado á amar á las criaturas, é ingrato para con el corazón de mi Criador? Perdonad, Corazón santísimo, perdonad mi enorme ingratitud y dejadme llegar á Vos y tomar una pequeña centella de ese amor ardiente que os consume, y con ella encender mi pobre corazón y el de todas las criaturas. Entonces todos os amaremos y creceremos en vuestro amor hasta la muerte, y des-

pués os alabaremos eternamente en la gloria. Amén.

La petición: *tres Credos al Sagrado Corazón de Jesús, por las necesidades de la Iglesia, y tres veces esta*

Jaculatoria.

Corazón de mi amado Jesús, yo os amaré, porque Vos sois mi apoyo, mi fortaleza y mi refugio.

SEGUNDO DIA.

El amor que nos tiene y los favores que nos hace.

Corazón santísimo de mi amado Jesús, fuente de todo bien, modelo de amor y de perfección, el más sensible, el más amante y compasivo para con el hombre: ¿qué puedo yo, miserable criatura, hacer en obsequio

vuestro, sino amaros, adoraros, rogaros, considerar y compadecerme de aquellas incomparables angustias en que fuisteis sumergido en aquel trisísimo Huerto, por reconciliarme á mí vilísima criatura y á toda la posteridad de Adán, con el Eterno Padre? pues no fué otro el fin de vuestra venida á este suelo, ni fué otra la causa de aquella mortal agonía y aquella terrible lucha entre la justicia y la misericordia. ¡Oh Corazón adorable de mi amadísimo Jesús! decidme, ¿qué sentisteis cuando se os presentaban mis pecados y mis ingratitudes junto con los innumerables beneficios que en aquel momento me preparásteis, y los que me habíais de dispensar cuando yo viniera á este mundo, y lo mal que yo había de corresponder á todos ellos? ¡Ay cora-

zón mío! ¿cómo no te consumes de dolor ó te haces mil pedazos dentro del pecho, al considerar los inmensos dolores del sacratísimo Corazón del Salvador, y cuanto sufrió por tí, sin que tú nada sepas hacer por él, sino ofenderle? ¡Ay Jesús mío! ¿cómo tengo amor á los regalos y comodidades del cuerpo? ¿cómo me entristecen y turban las pasiones interiores? ¿por qué no siento un vehemente deseo de cruces y trabajos, al considerar lo que el tiernísimo Corazón de mi amado Señor sufrió por mí? ¡Oh dureza del Corazón del hombre, más que de bronce! ¿hasta cuándo os derretiréis como la blanda cera ? Hasta que os acerquéis al horno del fuego del amor ardiente, al santísimo Corazón de Jesús. Pues ¡oh corazón divino! aquí me tenéis, yo me acerco á

Vos: quemadme, abrasadme y consumidme en vuestras llamas para que yo os ame perfectamente en el tiempo y en la eternidad. Amén.

La petición: *tres Credos y Jaculatoria.*

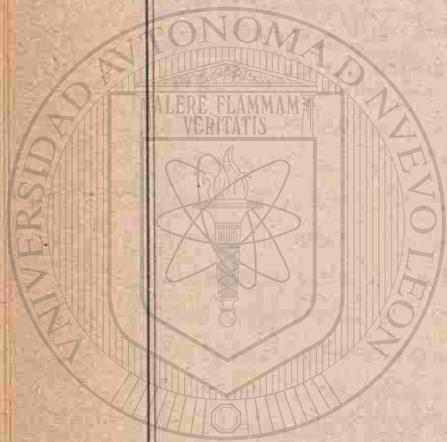
TERCER DIA.

Las excelencias y virtudes del Santo Corazón.

Aquí me tenéis, bondadosísimo Salvador mío, ante vuestra incomparable santidad, sublime grandeza y hermosura; anonadado en mi inmensa bajeza, vengo á considerar las riquezas, los tesoros y gracias que encierra vuestro santísimo Corazón. ¿Y será posible, Jesús mío, que todas ellas han de ser para mí, si yo os amo, si os busco con confianza, y las pido con

perseverancia y humildad? Sí, Co-
razón dulcísimo: las amargas del
Huerto, las tribulaciones de la Pa-
sión, el desamparo en la cruz, los me-
recimientos sin medida que con esto
juntásteis, y todas las gracias que
guardáis, todas las perfecciones de
que estáis colmado, todo esto es mío:
de todo ello puedo disponer, si os amo,
porque entonces mi corazón será to-
do vuestro, y vuestro Corazón riquí-
simo y perfectísimo será todo mío.
Y verificándose esta mutua entrega
en la santa comunión, allí será mi al-
ma dichosa, allí será mi pecho mora-
da de dos corazones, y el vuestro des-
baratará, consumirá y arrojará todas
las culpas é imperfecciones del mío.
¡Ay Señor! ¿cuándo seré yo todo vues-
tro y podré vivir lejos del mundo, y
apartado del bullicio de las criaturas,

escondido en la morada deliciosa de
vuestro divino Corazón? Hacedlo,
amado Jesús mío: hacedlo conmigo,
y acabe mi vida en los ardores ce-
lestiales de vuestro purísimo amor.
Amén.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

EJERCICIO

EN HONOR
DE LAS INSIGNIAS
DEL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

- V. Señor, abrirás mis labios.
R. Y mi boca pronunciará tu alabanza.
V. Dios mío, atiende en mi ayuda.
R. Apresúrate, Señor, a socorrerme.
Gloria al Padre, etc.

Acto de Contrición.

Adorable Redentor mío, que de la Magdalena dijisteis habersele perdonado mucho, porque había amado mucho: ¡quién pudiera amaros con amor ardentísimo á fin de obtener el perdón de mis gravísimos pecados! ¡Quién pudiera tener un corazón fino, tierno y generoso, que solo pal-

pitase de amor por vos, y se encendiese cada día en mayores ardores, y lograrse ver extinguidas en vuestras santas llamas todas sus culpas pasadas, con sus presentes faltas y sus tristes infidelidades! Yo, Señor, nada puedo sin Vos, pero vuestro dulce Corazón todo lo puede: su cruz me dice, que sufre con paciencia el peso de mis pecados, porque me ama; su corona me indica, que aunque lo he coronado de espinas, siempre me ama; su herida testifica, que si yo traspaso ingratamente el sacrosanto costado, él quiere abrirme y tenerme siempre patente un asilo seguro donde refugiarme de las iras del Padre; sus llamas me muestran cómo vino á traer fuego á la tierra, y nada desea tanto como que se encienda en los corazones, y se propague por todo el

universo. Perdonadme, pues, Señor, por vuestra cruz, la pesadez de mis iniquidades; mis impacencias, flojedad y negligencias; por vuestra punzante corona, perdonad los pensamientos indignos con que he clavado vuestro Corazón, y las punzantes palabras con que haya herido á mis hermanos; por vuestra profunda herida, curad las heridas de mi alma, y perdonad las que haya hecho á mi prójimo con mis injusticias; por vuestras ardientes llamas, perdonad la tibieza de mi fe, y encended en su fuego mi pobre corazón. Limpiadme, Jesús mío, purificadme, consumid las manchas de mis culpas con los ardores de vuestro amor, y mandadme ahora todas las penas y todos los castigos, con tal que me libreis de la espantosa desgracia de ofenderos, y

de la inmensa desdicha de perderos eternamente. Amén.

Invocación.

Corazón de Jesús, que quisisteis aparecer á los ojos de los hombres, en estos últimos siglos, con cuatro insignias misteriosas, que nos mostrasen vuestro amor y vuestros dolores, y que nos iniciasen en los misterios de vuestra ternura infinita para con nosotros; dejadnos acercar llenos de amor y de respeto á este signo sagrado, permitidnos tomar algunas lecciones en esa escuela soberana, sacar aguas de gracia de esa fuente saludable ó introducirnos á esa morada celestial siempre abierta á nuestro refugio. Dadnos luz para distinguir los divinos arcanos que encierra vuestro Corazón adorable,

que Vos mismo quisisteis se pintase con sus conmovedoras insignias. Y que nuestro entendimiento más y más os conozca, y que nuestro corazón más y más os ame, y nuestra alma más y más con Vos se estreche, ¡oh amor mío, y mi único Bien para siempre! Amén.

I.

PRIMER DIA.

Lleva sobre sí el pecado del mundo.—(*Joan 1. 29*).

¡Cuánto me admiro y me complazco, oh Jesús, dulce dueño de mi alma! cuánto me consuelo, cuando me pongo á venerar vuestro Corazón divinísimo, al considerar que Vos mismo nos lo habeis dado á conocer por vuestra sierva Margarita, haciendo

de nuevo, ahora que estais en el cielo, el oficio de maestro que tan bien practicásteis en la tierra! Todo, todo lo habeis dispuesto Vos por Vos mismo: las prácticas con que habiais de ser honrado, el día de cada mes que os había de ser consagrado; el día de cada año, en que debía celebrarse una fiesta en honor de vuestro Corazón adorable, y en fin, hasta el modo y la traza con que se había de pintar, rodeado y penetrado de insignias admirables, emblemas de dolor y de amor, signos prodigiosos de donde deberíamos sacar rayos vivos de luz para nuestra mente, y fuentes copiosas de lágrimas para nuestro corazón. Gracias, Señor, por tan grande bondad y por tanta fineza! Haced que sepamos aprovecharnos de ellas, y merecer las copiosas ben-

diciones que teneis prometidas á los amantes de vuestro Corazón, y aun á las imágenes que nos le representan. Mas decidme, Amado y Señor mio: ¿qué nos indica la cruz que carga vuestro santísimo y amante Corazón? Porque la cruz es llevada sobre los hombros, y el corazón parece muy estrecha base para alzarla, y muy débil entraña para soportar su peso sin ser despedazado..... Mas ya entiendo, Jesús mio, que el llevar la cruz sobre vuestro Corazón, quiere decirnos: que cuando la llevásteis unas horas sobre los hombros, en el camino del Calvario, ya la habiais llevado treinta y tres años en el alma; desde el primer instante de la Encarnación, *se os propuso el gozar y escogisteis el padecer*, desde la primera palpitación de vuestro Corazón adorable

en el seno de María, vuestra Madre, ya habíais dicho: *heme aquí que vengo para hacer ¡oh Dios mío! vuestra voluntad*, y bien sabíais que esa voluntad era que redimiérais con vuestra sangre al género humano, y á ella fuisteis obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Así, Dios mío y amor mío, la cruz estuvo en vuestro Corazón desde el momento en que fué formado: la cruz fué vuestra expectación gozosa, vuestro deseo incesante, vuestra delicia suspirada; podemos decir que cuando la llevásteis á cuestas desde el Pretorio, no hicisteis más que trasladarla á vuestros hombros lastimados, arrancándola del Corazón ardiente, ó por mejor decir, la llevásteis por fuera sin dejarla por dentro, para mostrar el indecible amor que le teníais. Y aho-

ra, Señor, nos la mostrais también sobre el Corazón, como para decirnos, que aun allá en el cielo, donde estáis inmortal, impasible y glorioso, no le habíais perdido el amor y el cariño, y os preciais de ella como de las llagas que en ella recibisteis.

Mas ¡cuántas cosas me enseña, oh Corazón divino, vuestra cruz! Enséñame que para ser discípulo del Salvador, no debo rehusar tomar la cruz, y que debo ir en vuestro seguimiento; que no debo llevarla con caimiento, con fastidio y con tristeza, y vuelta al suelo la cara como quien lleva un peso á las espaldas, sino mirando al cielo, sirviendo al Señor con alegría, y mostrando á todos la suavidad de su yugo y la ligereza de su carga; que no debo huir la cruz, sino buscarla, ó al menos re-

cibirla gustoso cuando venga; que no debo mirarla con horror ni aborrecerla, sino llevarla con amor y regocijo; que no he de pretender dejarla ni arrojarla, sino llevarla al corazón siempre clavada, donde no pueda entrar ninguna mano á arrancarla. La cruz me enseña también, que si quiero amar de veras á Jesucristo, si quiero unirme á El, si quiero poseerle, debo también amar su cruz y estrecharme con ella, pues de su Sagrado Corazón es inseparable. ¡Oh mi Jesús, y cuán lejos estoy de seguir estas santas lecciones! cuán poco dispuesto me he hallado á practicarlas! Huyo de la cruz como de un árbol maligno, siendo ella el verdadero árbol de la vida: quiero seguirlos con Pedro y Santiago hasta el Tabor, pero no con Maria vuestra

Madre y con Juan hasta el Calvario; quiero estrechar mi corazón contra el vuestro; pero me espantan los brazos de la cruz que enarbola, y temo lastimarme á su contacto: si no soy enemigo declarado de la cruz como aquellos de los que habla vuestro Apóstol, tampoco soy de sus francos y leales amigos. Toda pena me asusta, toda tribulación me abate, todo sufrimiento se me hace insoportable. Remediadme, Salvador mío: que el amor que yo tengo á vuestro santo Corazón y que Vos mismo me habeis dado, me haga amar igualmente á la cruz que sostiene, y que parece formar con él un solo cuerpo. Hacedme llevar con paciencia las cruces de la vida, para gozar en la gloria de las delicias que allí difunde vuestro Corazón adorable. Amén.

Se rezarán tres Credos, y al fin de cada uno la siguiente

Jaculatoria.

V. Corazón de Jesús, con la cruz atormentado,

R. Haz que el mío, con la cruz sea aligerado.

II.

SEGUNDO DIA.

Mirad al Rey Salomón con la diadema con que su madre lo coronó en el día de su desposorio, y de la alegría de su corazón.—*Cantic. III. 11.*

Ya vengo hoy á miraros, Rey mío y Señor mío, con esa preciosa diadema que como una corona, rodea, no sólo ya vuestra cabeza, sino vuestro divino Corazón. Mas si la corona es

señal de realeza; ¿por qué no ostentais una diadema de esplendor y de gloria, ó al menos una corona de oro y de piedras preciosas? Si así las poneis, Señor, en la cabeza de los santos, vuestros siervos, ¡cuánto mejor y más preciosa no le conviene á vuestro deífico Corazón.....! Mas ¡qué digo, dulcísimo dueño de mi alma! ¡qué humanamente discurro! ¿No sois Vos quien en vida no quisisteis llamarnos Rey, pues que huísteis y os escondisteis de las turbas conmovidas que como Rey pretendían aclamaros, y que no obstante, en el día de vuestra muerte confesais ante Pilato vuestro reinado, y quereis que aparezca, á pesar de la mala voluntad de los fariseos, hasta en la inscripción de vuestra cruz? ¿No sois Vos quien quisisteis mostraros Rey de veras, y reves-

tir las insignias reales, cuando vuestros verdugos os saludaban y ostrataban como á Rey de burlas? Sí, adorado Redentor mío; no quisisteis ser Rey terreno, porque vuestro reino no es de este mundo; sois por naturaleza Rey inmortal de los siglos á quien se debe honor y gloria: sois Rey de los reyes y Señor de los señores; el Señor, á quien dijo el Señor, vuestro Padre: *siéntate á mi derecha, mientras voy poniendo á tus enemigos por escabel de tus pies*; pero queríais ser también Rey de dolor y de amor, y por eso llevais la cruz como cetro y la corona de espinas como diadema de la dignidad real: queréis ser el Rey de los corazones, y por eso llevais en vuestro Corazón las insignias reales. Ya desde el instante de la Encarnación os había co-

ronado María, vuestra Madre Inmaculada, con la humana naturaleza, como con una blanca diadema, y ese fué el día de vuestros desposorios, pues á la divinidad se unió en vínculo indisoluble la humanidad, y ese fué el día de la alegría de vuestro Corazón, que escogió una esposa tan tiernamente amada. Mas como no sólo la amásteis, sino que os entregásteis á Vos mismo por ella, y os entregásteis á la prisión y á las cárceles, á los azotes y á las espinas, á los verdugos y á la cruz, por eso sois un Rey, no sólo de amor, sino de dolor, y por eso os conviene muy bien esa corona, que con su verdor indica la lozania de vuestro amor, y con sus agudas espinas vuestros punzantes dolores. María os coronó con diadema de amor, y nosotros con diadema de dolor: ella

os rodea de una corona blanca y pura, y nosotros os cercamos de agudísimas puntas de ingratitudes y pecados: ella es la Madre del hermoso amor, y nosotros somos los hijos de vuestras penas y dolores..... Reinad pues, óh Corazón real, sobre nuestros pobres corazones: reinad por vuestro amor y ternura sobre nosotros; pero reinad también por vuestros dolores y tormentos: haced que participando de esa corona que os rodea, no sólo sintamos la frescura de sus ramas, sino también las puntadas de sus espinas: dadnos á conocer que el padecer por el amado es la mayor prueba de amor que puede darse, y que debíamos andar gozosos y reputarnos dichosos, como los sagrados Apóstoles, cuando fuésemos dignos de padecer contumelias

ante las reuniones de los hombres por vuestro santo nombre.

Haced que en estos tiempos en que la impiedad y la persecución os coronan de nuevo de espinas en vuestro cuerpo místico, no queramos nosotros, vuestros hijos, andar coronados de rosas: que nos enamoremos de esas espinas, que con el contacto de vuestro Corazón se truecan para nosotros en suavísimas rosas, y destilan de sus puntas el bálsamo aliviador de vuestra sangre. Que vuestra corona preciosa, símbolo de lucha y de victoria, pues vencisteis al pecado y á la muerte, y al demonio y al infierno, nos ayude á triunfar de nuestros terribles enemigos; que vuestra corona, de sacerdote y de pontífice, pero llena de espinas, porque también sois víctima del sacrificio,

nos enseñe á sacrificarnos á nosotros mismos y á ofrecernos como un holocausto, inmolado con el cuchillo de las persecuciones y quemado en el fuego de vuestro amor.

Que vuestra corona triunfal y gloriosa, nos lleve algún día á aquel reino dichosísimo, donde las amarguras se trocarán en suavidad, y las penas en delicias, y los llantos en sonrisas, y las espinas de la vida presente, en las flores inmarcesibles de la gloria. Amén.

Se rezarán tres Credos, y al fin de cada uno la siguiente

Jaculatoria.

V. Corazón de Jesús, de espinas coronado.

R. Haz que el mío con tu corona sea ensalzado.

III.

TERCER DIA.

Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza.—(Joan, XIX, 34.)

¿Por qué no dijo el Evangelista, que el soldado hirió ó atravesó vuestro costado, sino advierte que lo abrió? Usó de esta despierta palabra, como dice vuestro siervo Agustino, para mostrar grandes misterios; pues esa herida, que penetrando hasta el Corazón, también le abrió, es como la puerta de la vida, antes cerrada, y desde entonces patente á todos los que quisieron entrar por ella. Sí, dulce Jesús mío, dos dichosas puertas nos abrió aquella lanza: la puerta exterior en vuestro sacratísimo

costado, y la puerta interior y secreta en vuestro amantísimo Corazón: la una que es como la gran puerta del atrio del templo, por donde entra la multitud; la otra puerta, de la más íntima habitación, donde penetrarán los amigos más queridos. Mas no solo vuestro divino Corazón nos fué abierto como el palacio de la vida, sino también como una fuente de cristalinas aguas. Las fuentes solían estar cerradas y aun selladas; pero esta fuente es la que estaba anunciada por un Profeta cuando decía: *habrá una fuente patente en la casa de Jacob, para ablución de los pecados y de las manchas* (1), patente y no cerrada, patente y no escondida ni secreta, para poder tomar todos de sus aguas, y refrigerar la sed de nuestras

(1) Zach. XIII. 1.

almas, y limpiar las culpas y pecados, y regar los áridos terrenos de nuestros corazones. Vuestra herida está también abierta, porque Vos sois, oh Corazón divino, el arca real que contiene todos los tesoros del cielo. Vos sois, *el heredero riquísimo del Padre*, porque todos sus tesoros y riquezas os pertenecen, y no las quereis tener reservadas ni escondidas, sino que queriendo comunicarlas á los hombres vuestros hermanos, dispusisteis que la lanza del soldado, como una llave maestra, nos abriese el arca sagrada de vuestro pecho, y el arca más guardada de vuestro Corazón, para que podamos fácilmente enriquecernos, y hacernos dueños de las riquezas inefables que contiene; y no menos puedo decir que vuestro Corazón, en el huerto de vuestro pe-

cho, se entreabrió como una rosa nacarada, cuyo aroma hace correr tras de Vos á las almas amantes, que encuentran en ella, con el suave olor de vuestros ejemplos la miel de vuestros celestiales consuelos. Y á esa rosa rubicunda se acercaba vuestro siervo Bernardo, y con entusiasmo la saludaba, y le entonaba dulces himnos, diciéndole inflamado: *¡salve blanda abertura, más que la rosa nacarada: salve, oh encanto de las almas; salve, oh saludable medicina!* Mas ¿qué queriais Vos significar, Dios mío, cuando invitábais á la esposa de los Cánticos diciéndole: *levántate, amiga mía, hermosa mía, paloma mía, y ven: en las hendeduras de la piedra, en la caverna del cercado, muéstrame tu semblante y haz resonar tu voz en mis oídos, porque dul-*

ce es tu voz y agraciado tu semblante?
(Cántic. II. 13. 14.)

¿Cuáles son esas hendeduras de la piedra, y esa caverna del cercado, en las cuales su voz os parece tan suave, y tan hermoso su semblante? Vuestro Apóstol nos lo declara cuando dice, que *“la piedra era Cristo,”* y así comprendemos que las hendeduras de esa piedra son las heridas de los pies y de las manos, y la caverna del cercado, es la llaga del costado, abierta entre los huesos que se pueden contar todos, como pueden contarse las piedras de un cercado. Y pues cuando el alma deja oír su voz en esa maravillosa caverna, su acento os es dulce, y cuando allí á pedirlos se presenta, su semblante os es hermoso; y pues deseais tanto que os pida, que la invitais á ello con tan

amorosas palabras, dejad, Señor, que mi pobre alma, como paloma extrañada, venga á este nido de amor, á haceros oír sus quejas y gemidos. Lejos estoy de la vida, Jesús mío, dejadme entrar por esa puerta abierta á encontrarla en su plenitud; manchada estoy y súcia con mis culpas y pecados: permitidme acudir á esa fuente de aguas vivas para lavarme y purificarme; pobre me encuentro de buenas obras, escasa de méritos, y vacía de virtudes: concededme el que me acerque á esa arca tan colmada, para remediar mi indigencia y enriquecer mi pobreza; hedionda está mi alma con el mal olor de sus iniquidades y miserias; consentid que me acerque á esa rosa rubicunda, á respirar su purísimo aroma que me embalsame, y á libar su néctar delicio-

so que me dulcifique; vagabunda camino, sin hallar la dicha que busco por todas partes, y sin tener en qué reposar mis inquietos deseos: dejad que unida á Vos, y perdida en el dulce nido de vuestro abierto Corazón, pueda cantar agradecida: *¡Oh y cuán amables son vuestros tabernáculos, Señor de las virtudes, ansía y desfallece mi alma en los atrios del Señor; porque el pajarillo ha encontrado una guarida, y un nido la pobre tórtola donde poner sus polluelos. Vuestros altares, oh Dios de las virtudes, Rey mío y Dios mío! (Psal. 83.)* Sí, Jesús mío; porque en los altares está la Eucaristía, y en ella estais Vos todo entero, y en ella vuestro amante Corazón. El sea mi morada, mi asilo y mi refugio en el tiempo y en la eternidad. Amén.

Se rezarán tres Credos, y al fin de cada uno la siguiente

Jaculatoria.

V. Corazón de Jesús, por la lanza traspasado,

R. Quede en el tuyo, el mío, purificado.

IV.

CUARTO DIA.

Fuera del horno derramábase la llama.—
(*Dan. III. 47.*)

Aquellas llamas que sobre el horno de Babilonia se extendían, y que por dentro llenaban de alegría á los tres niños y los recreaban con admirable suavidad, simbolo son de las llamas, dulce Jesús mío, que veo arder sobre vuestro Corazón, horno ar-

diente de caridad, que devora á los que se le acercan, y conforta y recrea dulcemente á los que entran á su seno. Vos mismo dijisteis que habíais venido á traer fuego á la tierra, y que nada queríais como que se encendiese. Paréceme, Señor, que vuestro Corazón es como la antorcha ardiendo, con la cual vais pegando ese fuego divino, y encendiendo á las almas y prendiendo en los corazones. En otro tiempo pedía á Dios el profeta David que tomase venganza de sus enemigos, arrojándolos como el viento á una paja delgada, y devorándolos *como el fuego que abrasa las selvas y como las llamas que prenden en los montes y consumen su verdor y sus pastos.* (Psalm. 82. 15.) Tal quería que fuese la prontitud y lo terrible de su castigo, como una

Se rezarán tres Credos, y al fin de cada uno la siguiente

Jaculatoria.

V. Corazón de Jesús, por la lanza traspasado,

R. Quede en el tuyo, el mío, purificado.

IV.

CUARTO DIA.

Fuera del horno derramábase la llama.—
(*Dan. III. 47.*)

Aquellas llamas que sobre el horno de Babilonia se extendían, y que por dentro llenaban de alegría á los tres niños y los recreaban con admirable suavidad, simbolo son de las llamas, dulce Jesús mío, que veo arder sobre vuestro Corazón, horno ar-

diente de caridad, que devora á los que se le acercan, y conforta y recrea dulcemente á los que entran á su seno. Vos mismo dijisteis que habíais venido á traer fuego á la tierra, y que nada queríais como que se encendiese. Paréceme, Señor, que vuestro Corazón es como la antorcha ardiendo, con la cual vais pegando ese fuego divino, y encendiendo á las almas y prendiendo en los corazones. En otro tiempo pedía á Dios el profeta David que tomase venganza de sus enemigos, arrojándolos como el viento á una paja delgada, y devorándolos *como el fuego que abrasa las selvas y como las llamas que prenden en los montes y consumen su verdor y sus pastos.* (Psalm. 82. 15.) Tal quería que fuese la prontitud y lo terrible de su castigo, como una

tempestad de ira que los sumergiera. Mas entonces era la ley del temor, publicada entre truenos y rayos; mas ahora, en la ley del amor, con otro fuego seguís Vos á vuestros enemigos: con otras llamas muy distintas correis á abrasarlos: en otra tempestad, no de ira, sino de misericordia y de perdón, pretendéis anegarlos; con esas llamas color de oro encendido que lleváis en vuestro Corazón, como con una tea causadora de celestes incendios, vais pegando fuego á las selvas y á los montes, es decir, á la multitud de almas sencillas, al común de los fieles que arden en la devoción á vuestro Corazón adorable, y que por su número incontable son como los árboles de las selvas; y á los montes, que son las almas fervorosas y elevadas, que como más

altas y á Vos más cercanas, participan mucho más de vuestros divinos ardores. Pedro, calentándose á las llamas en el atrio del Pontífice, perdió el calor del corazón, y fríamente os negó por tres veces, porque las llamas del mundo, si encienden las malas pasiones, y excitan los perversos deseos é inflaman la concupiscencia, al mismo tiempo hielan el corazón para las cosas divinas, y nos preparan horribles caídas; mas el alma que se acerca á calentarse en vuestras llamas divinas, ¡oh ardentísimo Corazón! enfríase para las cosas de la tierra, pero enciéndose en deseos celestiales, tiémplase como el hierro al convertirse en acero, haciéndose fuerte para el sufrimiento, resistente al peso de las penas y flexible para ser trabajada por vues-

tras manos poderosas. En ese doble haz de llamas que salen de vuestro santo Corazón, se encienden las almas en el doble fuego de la caridad para con Dios y para con el prójimo, y ardiendo en esa flama, admiran á los hombres y aun á los ángeles con el espectáculo de sus virtudes. En esas llamas se inflamaba Bernardo, que exhalaba no menos fuego que dulzura con sus palabras; en esas llamas se abrasaba Francisco de Sales, aprendiendo á hacer amar la devoción en los palacios, y escribiendo la historia y los progresos del amor divino; á la luz de esas llamas aprendía Teresa de Jesús la doctrina celestial que rebosa en sus libros; al contacto de esas llamas se consumía la bienaventurada Margarita, la fiel discípula, la tierna amante, y la ar-

dorosa promotora del culto y devoción de vuestro Corazón adorable. Dejad que yo también me acerque á esas llamas, dulce amor de mi vida, permitid que descalzándome con respeto, de los terrenales afectos, me acerque, como Moisés, á contemplar esa visión misteriosa: aplicad á mi pecho esa antorcha sagrada para que su fuego penetre el interior de mi alma: haced que ese faro de luz eterna, alumbre mi camino y me dirija en el mar tempestuoso de la vida, y permitidme que entrando devotamente en ese horno de rebosantes llamas, entone como los tres jóvenes hebreos, el himno de amor y gratitud, invitando á las criaturas todas del cielo, y de la tierra á bendeciros y alabaros por los siglos. Sí, Dios mío y Señor mío, que esas llamas me vigori-

cen y me enciendan; que su fulgor me encamine y me guíe: que sus soberanos ardores purifiquen las asquerosas manchas de mi alma; que su calor derrita el duro hielo de mi corazón, y que trasformándose en Vos algún día, como el hierro en el fuego, logre llegar á unirme con vos eternamente, en las felices mansiones de la gloria. Amén.

Se rezarán tres credos, y al fin de cada uno la siguiente

Jaculatoria.

V. Corazón de Jesús, por mi abrasado,

R. Haz que en tus llamas quede el mío inflamado.

ORACION FINAL.

Corazón adorable de Jesús mi Salvador, peana celeste de la sagrada Cruz; Rey de los corazones, cercado con una corona de dolor y de amor; dulce morada de las almas amantes, que en vuestra honda herida gustan haceros oír la voz de su dolor y arrepentimiento; horno encendido en divinas llamas que vuelan por de fuera, como para mostrar cuánto deseáis comunicarnos vuestros sagrados fuegos; á Vos me acojo para aprender á llevar la cruz de mis trabajos, plantándola con amor en medio de mi corazón como un árbol fructuoso; para curar las llagas de mis culpas con la sangre que destila de vuestra herida, para sujetar y li-

gar mis desordenados apetitos, con la punzante corona que os circunda, y para inflamar mi tibio corazón con las llamas que el vuestro despide. ¡Oh y qué bueno es estar aquí Dios mío! No necesito fabricar ni un tabernáculo, porque sois Vos el tabernáculo, no hecho de manos de hombres, tabernáculo donde la misma divinidad está encerrada, y en el cual se encuentran, por lo mismo, las delicias de la gloria. Que en Vos viva yo siempre, amor mío, que en Vos muera, y en Vos eternamente more! Amén.

PLEGARIA.

I

Corazón que sostienes
De la cruz la opresión,
La mía á llevar enséñame
Con fiel resignación:

R. *Te amo, dulce amor mío,
Con todo el corazón.*

II

Corazón circundado
De espinas de aflicción,
Hazme sentir punzadas
De amarga compasión:

R. *Te amo, dulce amor mío,
Con todo el corazón.*

III

Corazón que ha entreabierto
La lanza del sayón,
Mostrándome arca y fuente,
Nido, rosa y mansión.

R. *Te amo, dulce amor mío,
Con todo el corazón.*

IV

Corazón todo llamas,
Dulce y santa visión,
Que enciendes á las almas
Que te amen con pasión.

R. *Te amo, dulce amor mío,
Con todo el corazón.*

NOVENA

EN HONOR DEL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS,

PARA HONRAR SUS PRINCIPALES DOLORES.

Señor, abrirás mis labios:
Y mi boca anunciaré tu alabanza,
Oh Dios, atiende en mi ayuda:
Apresúrate, Señor, á socorrerme.
Gloria, etc.

Sentimiento de contrición.

Oh Jesús, Salvador mío, á quien
amo con todo mi corazón, permitid-
me llegar á vuestras plantas para
dolerme de mis ingratitudes: dejad-
me acoger á vuestro Corazón, parti-
cipar de sus sentimientos, y extin-
guir en él la tibieza de mi arrepen-
timiento. Vos me habeis criado, Se-

III

Corazón que ha entreabierto
La lanza del sayón,
Mostrándome arca y fuente,
Nido, rosa y mansión.

R. *Te amo, dulce amor mío,
Con todo el corazón.*

IV

Corazón todo llamas,
Dulce y santa visión,
Que enciendes á las almas
Que te amen con pasión.

R. *Te amo, dulce amor mío,
Con todo el corazón.*

NOVENA

EN HONOR DEL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS,

PARA HONRAR SUS PRINCIPALES DOLORES.

Señor, abrirás mis labios:
Y mi boca anunciaré tu alabanza,
Oh Dios, atiende en mi ayuda:
Apresúrate, Señor, á socorrerme.
Gloria, etc.

Sentimiento de contrición.

Oh Jesús, Salvador mío, á quien
amo con todo mi corazón, permitid-
me llegar á vuestras plantas para
dolerme de mis ingratitudes: dejad-
me acoger á vuestro Corazón, parti-
cipar de sus sentimientos, y extin-
guir en él la tibieza de mi arrepen-
timiento. Vos me habeis criado, Se-

ñor, Vos conservais mi vida y me habeis redimido con el precio de vuestra sangre: pero yo solo vivo ofendiéndoos, olvidando vuestros beneficios y destrozando á cada paso vuestra divina ley. ¡Desgraciado de mí! ¿Cómo puedo, Dios mío, acordarme de mis culpas sin morir de dolor á vuestros pies? ¿Cómo no pienso en lavarlas con mis lágrimas, en borrarlas con mi arrepentimiento, ni en repararlas con los rigores de la penitencia? Cuando sólo la vista del pecado causó en vuestro generoso Corazón aquella congojosa agonía y aquella mortal tristeza que os hizo derramar vuestra sangre en tan extraño modo: ¿cómo puedo quedar yo tan insensible? ¿cómo no ocupó mi vida en llorar los funestos desórdenes que Vos tanto llorásteis

sin ser vuestros? ¿Por qué vivo tan olvidado de mis pecados sabiendo que no basta el conocer la iniquidad para confesarla, sino que es necesario, como el Real Profeta, tener siempre á la vista nuestro pecado? ¡Perdón, Señor! ¡perdón, amado Jesús mío! Haced que la contrición intensa que sentísteis en el huerto por todos los pecados, mueva ahora mi corazón para sentir los míos, y de este modo, purificado con el arrepentimiento, podré acercarme á considerar los tormentos inefables de vuestro divino Corazón. Así sea.

Invocación.

Corazón de Jesús, fuente de todas las gracias: Arca del Nuevo Testamento llena de ricos tesoros, dejadme acercar á Vos y unirme con

vuestros sentimientos: iluminad mi entendimiento é inflamad mi corazón con las llamas que os consumen, para disponerme dignamente á la consideración de vuestras penas. Así sea.

Rezaid un Credo y en seguida esta

Jaculatoria.

V. Corazón de Jesús, lleno de tristeza en el huerto hasta la muerte.

R. Ten misericordia de nosotros.

PRIMER DIA.

Aquí vengo, oh divino Jesús mío! á deciros que os digneis hacer paciente á mis ojos la abertura de vuestro costado, y mostrarme en medio de ella ese Corazón que tanto me ama, y á quien yo quiero amar tam-

bién con toda mi alma: ese Corazón que tanto ha sufrido por mí, y cuyos dolores quiero considerar para santificarme con su memoria.

Estaba ya para llegar la hora de vuestros enemigos y el poder de las tinieblas: había llegado ya la noche en que ibais á ser entregado por el discípulo traidor á los judíos y por éstos á la muerte: y en esa misma noche en que se os prepara un cáliz tan amargo, y en la que todos los poderes, los del mundo y los del infierno, se han juntado en uno contra el Señor y contra su Ungido: en esa noche de mortales angustias, os disponéis á hacernos el favor más señalado de vuestro amor y misericordia. Tomais el pan en vuestras manos, con los ojos alzados al cielo dais gracias, le bendecís, y convirtiendo

su sustancia en vuestro Cuerpo, le distribuis á los Apóstoles recordándoles que ese cuerpo que tan amorosamente les dais en sustento, pronto será entregado por ellos y despedazado. Mas, ¿qué miro, Jesús mío? Judas, el discípulo infiel á quien habeis dado particulares muestras de confianza, despreciando vuestras advertencias, y fingiendo no entender las muchas insinuaciones con que lo atraíais al arrepentimiento, consuma su malicia recibiendo en la boca el bocado divino, cometiendo contra vuestro Cuerpo adorable el primero y el más horrible de los sacrilegios.

Pero, ¿qué, Señor! ¿será posible que la primera vez que os dais á los hombres, obrando un misterio tan grande y celebrando un banquete tan señalado, no haya de faltar un

impio que no adore, antes desprecie y profane el don celestial?

Mas así sucede en verdad, y Judas consuma en vuestra misma presencia el crimen más monstruoso. Mas, ¿qué sentis Vos, ¡oh Corazón sensible y nobilísimo! al ver la ingratitude y la perversidad de aquel infiel Apóstol? ¿Cuál fué vuestra tristeza al ver representados en aquel primer abuso de la Eucaristía, todos los sacrilegios, todos los ultrajes y todas las profanaciones con que el mundo habría de responder á vuestras finezas?

¡Ah Señor! nosotros hemos hecho perpetuo vuestro dolor con nuestra malicia y negligencia. Los hijos á quienes tanto amais y á quienes tan regaladamente alimentais, elevándolos á la dignidad de consanguíneos

vuestros, estos hijos os olvidan, os desconocen y os desprecian; abandonan por años enteros vuestra mesa divina, os dejan solitario y abatido en vuestros templos, ó los profanan con sus desenvolturas é inmodestias. Y aun entre las personas que os aman y que con más frecuencia os reciben, ¡cuán grande es su tibieza, cuán ingrata su negligencia! Parece que la continuación del beneficio, lejos de avivar su fé y encender su amor, las enfada y causa hastío. ¿Dónde, pues, encontrareis, ¡oh Corazón amante! almas que verdaderamente os amen, y que con sus obsequios y adoraciones compensen el olvido y el desprecio con que los hombres os tratan? ¡Oh Dios mío! Margarita Alacoque la hija predilecta de vuestro Corazón, no ha tenido muchos imitadores, y

las almas de las Gertrudis, de los Gonzagas y de las Teresas, son por desgracia más raras cada día.

¡Oh, si tuviera yo la dicha de pertenecer á este pequeño número! Mas al contrario, yo he sido cómplice de las irreverencias y de las ingratitudes con que el corazón humano paga vuestros favores; perdonadme: de hoy en adelante quiero amaros y reverenciaros; me duelo con todo mi corazón de veros tan desconocido y ultrajado de los hombres, y deseara que mis homenajes tuviesen un valor infinito para haceros una digna ofrenda y daros una reparación suficiente.

Mas ya que son tan débiles mis afectos, dejadme convocar á todas las almas que os han amado y aun os aman en el mundo, para ofrece-

ros sus sentimientos y la viveza de la fe con la gratitud de su amor. ¡Teresa de Jesús, sublime amadora suya! ¡Margarita, celosa propagadora del culto del divino Corazón! almas todas que ardeis en las llamas del amor santo, venid, venid todas y unámonos para adorar el Corazón angusto de Jesucristo: venid y digamos con la voz del corazón: Jesús, salvador nuestro; ¡bendito seais! bendita sea la generosidad de vuestro Corazón que nos proporcionó un Sacramento tan admirable; bendito el amor que le perpetúa para siempre en medio de nosotros; bendita la paciencia con que sufrís á Judas y á sus muchos imitadores. ¡Corazón de Jesús, bendito seais! Y que esta palabra en que van vinculados mis más íntimos senti-

mientos, vuele por todo el mundo y os suscite en todas partes amantes y adoradores. Tales son mis deseos, dignaos bendecirlos para que produzcan un tierno y sólido amor hacia Vos, que encuentre en la gloria su feliz consumación. Así sea.

Oración final para todos los días.

Corazón de Jesús, objeto de las complacencias del Padre, erario de los tesoros de su bondad, foco sagrado á donde llegan y de donde salen todos los rayos de amor divino que inflaman al universo: yo vengo á Vos para participar de vuestras riquezas é inflamarme al contacto de vuestras llamas: vengo á Vos para compadecerme de vuestros dolores, del sacrilegio y la traición de Judas, de la cobardía de los após-

toles y de las penas que os causó la malicia del pecado y la representación de vuestros próximos tormentos. Gracias os doy porque os dignais admitirme á la parte en vuestros sufrimientos. ¡Corazón santo! santificadme, llenad mi corazón de un grande amor hacia el vuestro; haced que os imite en la mansedumbre y en la humildad de que os habeis propuesto como modelo, y permitid que inflamándome cada día más en vuestra devoción, dé á conocer á todos vuestras preciosas virtudes y afectos. El amaros yo siempre y el ser un feliz apóstol de tan divino Corazón, son mis más grandes deseos cuya realización espero de vuestra misericordia. Así sea.

SEGUNDO DIA.

Adorable Salvador de los hombres, que os dignásteis haceros un varón de dolores, tomando un Corazón exquisitamente sensible para poder sentir toda la malicia del pecado; decidme, amable maestro: ¿cuál fué el supremo de vuestros dolores en aquella hora funesta en que apartado de vuestros amigos y arrodillado sobre la tierra veiais aglomerarse sobre Vos todas las penas? ¡Ah! Si el dolor erece con él amor, y si vuestro mayor amor era hacia el Padre, con el cual erais una misma cosa, no pudo ser otro el mayor dolor de vuestro Corazón, que el considerar las ofensas con que el mundo le ultrajaba.

Después de los sucesos del cenácu-

lo y acompañado de los apóstoles fieles, os dirigis á un huerto solitario, donde muchas veces al pie de los olivos derramáis amargas lágrimas por las culpas de la tierra.

“Triste está mi alma hasta la muerte,” decís á vuestros discípulos; y estas palabras de inefable tristeza, les hacen presentir que alguna cosa grande y espantosa os amenaza. Al fin, acompañado á alguna distancia de tres Apóstoles, comenzais la oración más solemne, la más necesaria y la más triste que haya habido jamás, porque era el grande acto de contrición que había de impetrar el perdón de todos los crímenes del mundo, y la aceptación definitiva del sacrificio de la cruz que había de merecerlo.

¡Corazón de Jesús! ¿cuál fué vuestro

tro dolor al veros cargado de todos los pecados y preparado á recibir todos sus tremendos castigos? Amáis con un amor infinito á vuestro Padre, y al verle tan torpemente ofendido, olvidada su ley, ignorados sus beneficios y ultrajada su santidad con una espantosa corrupción de costumbres, vuestro Corazón se anegaba en un mar de desolación y de tristeza, y se sentía llevado á tomar parte en favor de su Padre, en contra del hombre transgresor. Por otra parte, siendo verdadero hombre, y por tanto nuestro hermano, os sentíais también fuertemente inclinado á la clemencia y al perdón en nuestro favor. ¿Qué partido va á tomar vuestro Corazón en este combate, en que la justicia con todos sus rigores y la misericordia con to-

das sus bondades, se disputan la victoria? Siendo tan generoso, y tan compasivo, y tan amante del hombre, no quiere consentir en nuestro castigo; pero siendo al mismo tiempo tan recto y tan amante de vuestro Padre, no puede dejar de empeñarse en la completa destrucción del pecado. En Vos ¡oh Corazón! tuvo lugar ese combate en el que la bondad de los juicios de Dios y la misericordia, se encontraron, terminando por darse un ósculo la justicia y la paz. Vos fuisteis el altar santo donde se inició la alianza del cielo con la tierra por su contrición, y se consumió por la efusión de las últimas gotas de su sangre; Vos fuisteis la víctima divina é inocente, que se inmoló á la justicia del Padre por todos los pecados, y Vos

quien hallásteis este medio admirable de aplacarle sin detrimento de la justicia, recibiendo el castigo en lugar del pecador.

Y ¿cuál ha sido el fruto de vuestros grandes dolores? El mundo vive cada día más olvidado de Dios, ignorante de sus leyes y corrompido en horribles desórdenes; el infierno sigue tragando innumerables almas; la mayor parte de los hombres os desconocen, otros muchos os conocen y os desprecian, y sólo un número muy pequeño os ama y os bendice. Dignaos, pues, aumentar este número; inflamad en los ardores de vuestro amor á tantas almas disipadas, pero no pervertidas todavía; haced que yo mismo os ame con todo mi corazón, que sienta en el alma las ofensas de vuestro Padre,

y que esté pronto á ofrecerme como víctima por los pecados de los hombres. Así, participando de las penas de vuestro Corazón, é inflamado en sus afectos aquí en la tierra, tomaré parte en sus glorias en el cielo.
Amén.

TERCER DIA.

Corazón dulcísimo de mi amable Salvador, no sólo considerábais al pecado como ofensa de vuestro Padre en la triste noche del huerto, sino también como una ingratitud contra Vos mismo, y esto parece que os debería hacer vacilar en cierto modo en la aceptación de los tormentos y la muerte. Veáis que la efusión de vuestra sangre y la donación de vuestra vida, más que suficientes para salvar mil mundos, aun no bas-

taban para ablandar el corazón del hombre é inflamarle en amor vuestro. El estado del mundo en esa noche de dolores, os representaba su perpétua perfidia. Los mayores y nobles del pueblo, se ocupan, no en daros á conocer á todos como debieran, sino en sobornar contra vos falsos testigos, en pagar la traición más infame, y en aprestar ministros que saliesen á aprehenderos. El pueblo á quien habíais colmado de favores, multiplicando los prodigios para beneficiarle, pronto trocará sus recientes aclamaciones en gritos de muerte; posponiéndos al más insignificante criminal de sus prisiones, y aplaudirá hasta el fin la ejecución de vuestro suplicio. ¿En dónde, pues encontrareis, ¡oh Corazón adolorido! algún alivio á vuestras penas? Aun los

apóstoles más favorecidos, á quienes elegisteis para que os acompañasen en el huerto, lejos de hacerlos hallar algún consuelo en vuestros dolores, no hacen mas que dormir ingratamente, abandonándoos sólo á la violencia de los sentimientos que os despedazaban.

¿No habrá, pues, Señor, una alma siquiera que os compadezca? ¿No se encontrará ni un sólo corazón que participe de vuestros dolores? El mundo todo se ha de componer siempre de obstinados que os rechazan, de ciegos que os desconocen, y de indiferentes y tibios que duermen? Sí, Jesús mío, indiferencia y olvido, ingratitude y abandono, esta es la única correspondencia con que pagamos vuestro amor. Ahora como en el tiempo de vuestra pasión, los

grandes se ocupan en sentenciaros á muerte pretendiendo la total destrucción de la Iglesia, que es cuerpo vuestro; el pueblo con la licencia de sus costumbres, secunda tan perversos designios, y vuestros amigos entre tanto duermen; ellos duermen el sueño perezoso de la tibieza y de la negligencia. Porque ¿endóndese encuentran ahora aquellos ministros celosos y santos, aquellos fieles fervorosos, que miran al mundo como un destierro, que sólo anhelan por vuestro amor, y cuya conversación y trato está en los cielos? ¡Ah! apenas hay quien sepa manejar el arma de la oración como aquellos santos y santas que os arrancaban el azote de las manos, y trocaban en perdón vuestros enojos; aun la virtud más escogida sólo piensa en sí

misma, y casi nadie se compadece de vuestro Corazón despedazado cruelmente por la malicia de los hombres. Pero Señor, yo sé que en un instante podreis trocar las piedras en hijos de Abraham, é inflamar los más helados corazones; yo sé que para ello habeis dado á conocer en los últimos siglos la inefable ternura de vuestro Corazón, haciendo como el postrer esfuerzo de vuestra bondad para la santificación de las almas: pidoos, pues, que os deis á conocer por todas partes: que reanimeis á las almas débiles y encendais á las tibias: y que hagais que con mi amor, mi fidelidad y mi gratitud, procure compensar de algún modo la frialdad y el olvido de los hombres para con Vos, para que sintiendo vuestras penas, merezca par-

ticipar algún día de vuestras glorias. Amén.

CUARTO DIA.

¡Oh Corazón dulcísimo de Jesucristo! Vos veis que el pecado es el sumo mal, que rompe la ley del Señor, que cautiva bajo el yugo del demonio, que hace estéril vuestra sangre divina, que puebla las cavernas infernales, y pervierte espantosamente los más grandes beneficios del cielo.

Veis que el pecado rompe los fines de la creación, porque hechas todas las cosas para el hombre, y debiendo referirse á Dios por su mediación, apartándose él por el pecado, del Creador, rompe la cadena que unía con él todos los seres, pervierte el

orden de la naturaleza, y trastorna su armonía. Veis al pecado abusar del beneficio de la conservación, pues concurriendo Dios como primer motor á la formación de nuestras acciones, palabras y pensamientos, le obligamos por la culpa á tomar parte en nuestras abominaciones y á servir á nuestras mismas iniquidades. Mas, sobre todo, veis al pecado de los cristianos conculcar vuestra sangre preciosa, hacer inútil el beneficio tan costoso de la redención, y renovar él sólo los tormentos de vuestra pasión y de vuestra muerte. Vos veíais, Jesús mío, estos desórdenes inmensos del pecado, y al mismo tiempo os sentíais cargado de todos, responsable por todos y próximo á sufrir su tremendo castigo: vuestros ojos no bastan para llorar-

los, y fué preciso que los poros de vuestro cuerpo, dieran testimonio de la agudeza de vuestra pena, abriendo paso á vuestra sangre generosa, que descendió como una lluvia celestial á purificar á una tierra hasta entonces maldita. ¡Ah Señor y Dios mío! Dejad que me arroddile junto á vos para consolaros, para enjugar ese humor divino que baña vuestro semblante, y para ayudaros á llorar la malicia del pecado. Dejadme pedir que venga á nos vuestro reino, y que el reino de Satanás se destruya para siempre; que sea santificado en todas partes vuestro nombre, y que se cumpla en todo el mundo la voluntad benignísima que teneis de salvarnos á todos. Bien veis el estado actual de vuestra Iglesia, perseguida, blasfemada, malde-

cida, despojada de cuanto no sois Vos, combatida por fuera por la impiedad y la heregía, y por dentro con la indiferencia y las culpas de sus hijos, recibiendo golpes terribles en su cabeza visible, que lastiman y perjudican á todo el cuerpo: favorecedla, mandadle ministros celosos que la defiendan, almas de oración y de virtud que sin cesar os la encomienden; corazones inflamados en vuestro amor que la alivien y consuelen. Tomad una santa venganza de vuestros enemigos, disparando contra ellos vuestras saetas agudas, é hiriendo con ellas el corazón de los enemigos del rey eterno, para que cayendo los pueblos bajo vuestras plantas, os adoren, os conozcan y os amen. Haced, finalmente, que yo me llene de un santo celo por la sa-

lud de las almas, que ayude á alcanzarla con fervorosos ruegos, y que logre ver un gran número de corazones ocupados sólo en vuestro amor puro y ardiente, para que, procurando vuestro honor y gloria durante la vida, gocemos de vuestra belleza soberana eternamente. Amén.

QUINTO DIA.

Corazón adorable de Jesucristo, dejadme preguntaros con respeto: ¿por qué clamais en esa noche de tristeza, "Padre mío, si es posible pase de mí este cáliz"? Vos habíais venido para salvar al mundo del pecado, y desde el primer instante de vuestra vida aceptásteis esa penosa misión; hablábais de vuestra pasión

cida, despojada de cuanto no sois Vos, combatida por fuera por la impiedad y la heregía, y por dentro con la indiferencia y las culpas de sus hijos, recibiendo golpes terribles en su cabeza visible, que lastiman y perjudican á todo el cuerpo: favorecedla, mandadle ministros celosos que la defiendan, almas de oración y de virtud que sin cesar os la encomienden; corazones inflamados en vuestro amor que la alivien y consuelen. Tomad una santa venganza de vuestros enemigos, disparando contra ellos vuestras saetas agudas, é hiriendo con ellas el corazón de los enemigos del rey eterno, para que cayendo los pueblos bajo vuestras plantas, os adoren, os conozcan y os amen. Haced, finalmente, que yo me llene de un santo celo por la sa-

lud de las almas, que ayude á alcanzarla con fervorosos ruegos, y que logre ver un gran número de corazones ocupados sólo en vuestro amor puro y ardiente, para que, procurando vuestro honor y gloria durante la vida, gocemos de vuestra belleza soberana eternamente. Amén.

QUINTO DIA.

Corazón adorable de Jesucristo, dejadme preguntaros con respeto: ¿por qué clamais en esa noche de tristeza, "Padre mío, si es posible pase de mí este cáliz"? Vos habíais venido para salvar al mundo del pecado, y desde el primer instante de vuestra vida aceptásteis esa penosa misión; hablábais de vuestra pasión

á los discípulos como de una cosa que aguardábais con ansia: pues ¿qué significan esas palabras de vacilación y desaliento?... ¡Oh Salvador mío! Era que siendo Dios, érais también hombre verdadero, y como tal, queríais sentir un horror natural á los dolores y á la muerte, para que aún esta pena no os faltase. Al presentarse ante Vos la ceguedad de los judíos, la crueldad los gentiles, la malignidad de los jueces, y la falsedad de los acusadores, la inhumana dureza de los verdugos: al presentaros los satélites armados que habían de venir á aprehenderos, á Vos mismo arrastrado con ignominia por las calles de Jerusalén, á vuestros discípulos fugitivos, al pueblo amotinado, á un criminal preferido á Vos, y á un juez cobarde fir-

mando vuestra muerte, vuestra santa humanidad, temblaba de pavor y sobresalto, y repetíais vuestra humilde oración: “Padre mío, si es posible pase de mí este cáliz.”

Pensábais en aquella deshecha tormenta que habia de descargar sobre vuestro sensible cuerpo: en las crueles bofetadas que os darían los criados insolentes, en aquellos azotes que la barbarie habia de multiplicar sobre todo número, en aquellas punzantes espinas que habían de atormentar por largas horas vuestra cabeza, en la cruz que agravaría vuestros hombros lastimados, en los clavos que traspasarían vuestras manos y piés, y en aquella última lanzada que abriría un herida en vuestro costado, y traspasaría vuestro Corazón aunque sin vida. Y al mirar tan-

tos tormentos pagados con tantas ingraticudes, el sanguíneo sudor se hacía más copioso, vuestro dolor se aumentaba, y repetíais con voz angustiada vuestra ferviente oración: "Padre mío, si es posible pase de mí este cáliz;" pero conformándoos perfectamente con la divina voluntad, añadíais: "Mas no se haga mi voluntad sino la vuestra." ¡Oh Jesús mío! vuestra angustia había sido suprema, y fué preciso que un ángel bajase á confortaros, y un milagro del amor de vuestro Corazón os conservase entretanto la vida.

¡Oh, y cuánto habeis sufrido por nosotros!

Mas á pesar de ello, todavía no hacemos caso de vuestras penas, y olvidamos los dolores de que solo nosotros fuimos causa. Vos lo acep-

tais todo por salvarnos, y nosotros nada queremos hacer para alcanzarlo; Vos apurais el caliz del dolor hasta las heces, para endulzar las amarguras de nuestras penas; y nosotros rehusamos padecer aun la contradicción más pequeña, y no sabemos hacer la menor violencia á nuestras pasiones.

Remediadnos ¡oh santo Corazón! hacednos pacientes y sufridos, dadnos á conocer el precio grande de las cruces, y haced que aprendamos de vuestra imagen, en la que quisísteis aparecer herido, cargado con la cruz y cercado de espinas, que es necesario padecer para llegar á amarnos, y que seremos felices, si por los pequeños trabajos de la vida presente, llegamos á la gloria que se revelará en nosotros algún día. Amén.

SEXTO DIA.

Levantándoos de vuestra oración, decís á los Apóstoles que os acompañaban: "Levantaos, y vamos, porque se acerca el que me ha de entregar." ¡Pero Señor! ¿quién puede entregaros á Vos tan manso, tan inocente? ¿Será alguno de esos fariseos á quienes reprendíais públicamente, echándoles en cara su vergonzosa corrupción? Nó; ellos se reservan el delito de vuestra muerte; pero como el padecer de parte de los amigos y favorecidos suele ser más doloroso, había de ser un amigo, un discípulo vuestro el que os entregase vilmente en manos de vuestros enemigos. Judas, uno de los apóstoles, ennoblecido con una vocación

tan especial, testigo de vuestros prodigios, asistente á vuestras enseñanzas, y hecho por un favor particular, tesorero del colegio apostólico, os entrega con la más negra de las traiciones, y pactando con los Príncipes de los Sacerdotes, les promete ponerlos en sus manos mediante una vilísima suma de dinero. Y fué tal el dolor que os causó la desgracia de este apóstol, que muchas veces hablásteis de ello en la cena, pretendiendo conmover á aquel rebelde corazón. Pero Judas no se arrepiente, ni vuelve atrás de sus inicuos proyectos; antes sale poseído por el demonio, acelera sus pasos, y hablando con los Príncipes de los sacerdotes, se da prisa á cumplir lo prometido, poniéndose á la cabeza de los ministros que van á aprehenderos, y

llevándolos al huerto, donde sabía que acostubrábais recogeros á orar durante la noche. Vos le mirais llegar en busca de vuestra persona, y entonces és, cuando levantándoos del lugar de vuestra oración, y despertando á vuestros discípulos, les advertís la llegada del traidor, el cual por fin se acerca, os saluda y os da el ósculo convenido, principio de vuestra pasión y preludio de vuestra muerte. Mas ¿qué sentisteis Vos al recibir ese ósculo infame y maldito?...Vuestras palabras claramente lo revelan; y cuando le decís: "Amigo, ¿á qué has venido?" vuestro amor estaba pronto á conservarle en vuestra estimación y amistad, con tal que reconozca su error y se arrepienta de su pecado. Mas viendo que permanece inmóvil en su

maldad, añadís: "Judas, ¿así entregas al Hijo del Hombre, con un ósculo?" Y de este modo le revelais su maldad, y mostrándole su propio corazón, le haceis ver que sois Dios á quien nada se le oculta, y le inclináis á la detestación de su crimen, ahorrándole su confesión. Pero él al fin permanece obstinado, y consuma su horrible traición, delante de los hombres y de los ángeles.....

¡Oh, y cuánto sentisteis la pérdida de este apóstol! ¡cuánto dolor os causó aun en medio de vuestros tormentos el espectáculo de su última desgracia! Mas ¡oh Corazón de Jesucristo! ¿cuántas veces no se repite en el mundo esta escena dolorosa sin que os mostremos la menor compasión? Os vendemos á cada paso por un deleite culpable ó por un vilisi-

mo interés; os ponemos en manos de vuestros enemigos siempre que os hacemos descender á un corazón manchado; os perdemos con señal de paz y amistad cuando con vil hipocresía ostentamos las señales exteriores de la piedad, teniendo la iniquidad dentro del alma; y os entregamos de mil maneras en poder de vuestros verdugos. Y á pesar de esto no hay quien gima, no hay quien os compadezca ni os defienda; insensibles á los estragos del pecado, sólo sabemos afligirnos por los males temporales. Fortaleced, pues, nuestra fé; encended nuestro amor, hacednos sentir sumamente las ingratitudes y ultrajes con que los hombres corresponden vuestras finezas; llenadnos de un santo temor de ofenderos después de haber sido vuestros discipulos y ami-

gos; ponednos en el número de aquellas almas que de veras os aman, y que perderian mil veces la vida antes que ofenderos; y haced que honremos á vuestro dulce Corazón juntamente con los ángeles en las eternas mansiones de la Bienaventuranza. Amén.

SEPTIMO DIA.

Al fin Judas os entrega, se desespera y se condena: pero ¡oh Corazón de Jesús! aun os quedan los otros apóstoles fieles: ellos que no se han manchado con ninguna traición, os consolarán, os acompañarán en los amargos pasos de vuestra pasión, y harán con su presencia menos doloroso siquiera vuestro suplicio! Mas, ¿qué digo Redentor mío! ¿acaso no debiais padecer solo, sin consuelo, y

abandonado al morir hasta de vuestro Padre celestial? Así es en verdad, Señor, y por eso los apóstoles á pesar de sus promesas, cuando ven llegar la hora terrible predicha por Vos, y os miran cargar de cadenas, en esos instantes, en que más debieran manifestaros su gratitud y su ternura, por el contrario, llenos de susto y de terror, huyen cobardemente del teatro de vuestras penas, y corren á ocultarse cautelosamente de las pesquisas de vuestros enemigos.

¡Oh Corazón de Jesucristo! ¿Conque todos os han abandonado? ¿Conque aun los discípulos se alejan, y los amigos desfallecen? ¡Oh Señor! Aun os pagan los hombres de la misma manera: aquellos á quienes habeis honrado con una vocación especial, arrebatándolos de los vanos cui-

dados de la tierra, comunicándoles vuestra luz en la oración, vuestra palabra en las instrucciones de los santos ministros, y vuestro cuerpo en la frecuente comunión; estas mismas almas os olvidan, y sirviéndoos sólo mientras duran los celestes consue- los, cuando es preciso acompañaros al Calvario, y seguiros con la cruz sobre los hombros, entonces os vuelven las espaldas, como los apóstoles en el huerto, tiemblan á la vista de vuestros enemigos, y huyen cobardemente á ocultarse en las habitaciones de la tibieza y del olvido. Ya no vemos aquellas almas fervorosas y fieles que os sirven con una santa abnegación, y que caminan gozosas por vuestras huellas ensangrentadas; y la virtud en nuestros días parece que no alcanza á gustar las delicias

de vuestra cruz, y la dicha inefable de las penas.

Haced Vos, ¡oh Corazón adorable! que las almas os acompañen y os consuelen; que vuelva á arder en los corazones el fuego santo que os consume; que los hijos que os sirven y os adoran, sacudan el funesto sueño de la tibieza, que mediten constantemente en vuestros inmensos dolores para que, animados á sufrir por Vos y con Vos toda clase de trabajos, merezcan recibir la corona prometida, á los que combatieron legítimamente y hasta el fin. Amén.

OCTAVO DIA.

Corazón paientísimo de Jesucristo, aun no bastaban tantas penas para darnos á conocer la inmensidad

de vuestro amor, y todo lo que habiais sufrido os parecía poco por el grande deseo que teniais de padecer por nosotros. Mas contentaos, porque aun os queda mucho que sufrir en esa noche de interiores tormentos. San Pedro, el apóstol escogido por Vos para cabeza de la Iglesia, y Principe de los Pastores; San Pedro, que habia proclamado tan claramente vuestra Divinidad, y á quien habiais hecho tan grandes promesas; él, que poco antes aseguraba que no se escandalizaría en Vos, y que os acompañaría hasta la muerte, confiando vanamente en sí mismo, y creyendo más que á vuestros anuncios, al amor que os profesa, entra en la casa donde los sacerdotes os juzgaban del modo más inicuo, y mientras ellos buscan falsos testigos, y os acusan de

blasfemia, él os niega cobardemente, perdiendo el ánimo á la pregunta de una simple mujer; y poco después no sólo reitera su negativa, sino que á la tercera vez agrava su pecado con juramentos é imprecaciones. Mas Pedro recuerda dentro de unos instantes vuestras predicciones, abandona el lugar de su caída, sale afuera y comienza á llorar su pecado. Una mirada vuestra que recibe, basta para enternecerle, para cambiarle y convertirle.

¡Oh! y cuánto no debisteis Vos sufrir en esa indigna conducta del Príncipe de los apóstoles! ¡Cómo no debisteis sentir esa série de pecados que á las ofensas de vuestros enemigos había venido á añadir la injuria de los mismos amigos! De suerte que en esa noche de penas, estaba decre-

tado que sufriéseis toda clase de dolores, y no fué el menor de ellos el que os causó la negación de San Pedro, de aquel apóstol á quien entre todos habíais condecorado y distinguido. Y así como había habido un Judas en cuya conducta se mirase la espantosa malicia del corazón del hombre, capaz de hacer ineficaces las gracias más suficientes del cielo, cuando no queremos cooperar á la gracia, así también convenía que en otro pecador resplandeciesen vuestras misericordias, y la eficacia maravillosa del arrepentimiento. ¡Corazón de Jesucristo! ¡Cuán bueno sois! ¡Cuán misericordioso! sufrís con divina resignación la ingratitude de vuestro apóstol, pedís por él á vuestro Padre, y ya que no podeis, estando en prisiones, salirle al encuentro y

rendirle con vuestras palabras, que-
reis convertirle con una dulce, tier-
na, compasiva y omnipotente mira-
da de vuestros ojos! Nosotros reno-
vamos á cada paso el dolor que os
causó la caída de San Pedro, cuando
después de haber sido iluminados y
de haber gustado los dones celestia-
les, cedemos á los más pequeños en-
cuentros, y por un ruin interés, por
un humano respeto, ó por una fatal
debilidad, os negamos delante de los
hombres, y juntamos á nuestra nega-
ción las culpas más enormes; todos
los días estais recibiendo semejantes
tratamientos, adorable Salvador mio,
y la caída del apóstol ha tenido mu-
chos imitadores, sin tenerlos su pe-
nitencia; yo mismo he sido bastante
desgraciado para abandonaros mu-
chas veces, después de haberos cono-

cido, y para haberos negado ingra-
tamente después de los más señalados
favores. Dignaos, pues, darme
una mirada de amor y de misericor-
dia que me conmueva, que me arran-
que para siempre de las tristes vani-
dades de la tierra, y me haga llorar
amargamente mis pecados; de esta
manera, imitando al apóstol en su pe-
nitencia, podré alabar con él, en el
cielo, la bondad y la ternura de vues-
tro amabilísimo Corazón. Amén.

ULTIMO DIA.

Corazón affigidísimo de mi Dios,
aun hay otro dolor muy intenso que
en esa noche os atormenté y despe-
dace. María, vuestra Madre, aquella
Virgen tan pura é inocente, llamada
por Dios á deshacer las obras de la

mujer primera, y á tomar parte en la reparación del género humano, padece y sufre por Vos horriblemente; vuestros tormentos la oprimen, vuestros dolores la despedazan, y vuestra mortal tristeza la pone á punto de desfallecer. Unido en todo su santo corazón con el vuestro, no hacen los dos sino una sola víctima, que se inmola voluntariamente por los pecados del mundo. Así como María es el alma que más supo conocer y amaros entre todas las criaturas, así también ella es la que mejor supo compadeceros, la que se unió más íntimamente con vuestros sentimientos, y cuyos dolores, después de los vuestros, fueron los más meritorios y los menos merecidos. Ella, pues, sufre uno á uno vuestros dolores; pero Vos sufrís también, además

de los vuestros, los de tan santa madre, y experimentais una profunda compasión al ver padecer á aquella celestial criatura, aquellas penas cuya intensidad sólo vos pudisteis conocer. Vos, que sois el más sensible y amoroso de los corazones, ¿cuánto no amaríais á la Virgen María, á aquella mujer tan admirable y tan semejante á Vos, á aquella que os había dado el ser humano y que había sido el glorioso conducto por donde se nos ministró vuestra Divinidad, siendo vuestra verdadera madre? ¡Ah! que ella era en verdad la criatura predilecta de vuestro Corazón, y la amábais como ama á su madre el hijo más tierno y agradecido. Pero si tal era el amor que le teníais á esta Soberana Señora, ¿cuál sería vuestro dolor al verla llena de tor-

mentos y dolores, desgarrado con vuestras penas su corazón maternal, y sufriendo en su noble alma todo cuanto Vos sufríais en vuestro cuerpo adorable? ¡Ah Señor! que en verdad la contemplación de las angustias de vuestra afligida Madre vino á dar el colmo á vuestros dolores, y á acabar de despedazar á vuestro amante Corazón.

¡Oh Corazones de Jesús y de María! que padecisteis tanto por mi amor. Haced que entre yo en vuestros mismos sentimientos, que me santifique con la meditación de vuestros dolores, y que saque por fruto de las prácticas de estos días, una nueva y eficaz detestación de todos mis pecados, unos vivos deseos de dar á conocer á todo el mundo vuestras riquezas soberanas, un profundo do-

lor de ver al Señor tan ultrajado de los hombres, con un celo ardiente para proseguir la obra de la perfección en mi propio espíritu; de esta manera, si logro ser uno de vuestros fervorosos amadores sobre la tierra, alcanzaré por vuestra gracia la felicidad infinita de ser uno de vuestros adoradores en las clarísimas moradas de la gloria. Amén.



DOLORES

DEL

CORAZÓN ADORABLE DE JESUCRISTO.

Arca de dones colmada,
Templo de amor y oración:
¡Oh Divino Corazón,
Sé tú mi asilo y morada!

Cuando nos diste amoroso
Tu cuerpo y sangre en comida,
El apóstol homicida
Comió el bocado precioso;

Fué esta la primer lanzada
Que sentiste en tu pasión:
¡Oh divino Corazón,
Sé tú mi asilo y morada!

Ves, del padre que te ha enviado,
Ultrajado el santo nombre,

Y en vez de Dios por el hombre
A Satanás, adorado;

Esta agudísima espada
Te hiere sin compasión:
¡Oh divino Corazón,
Sé tú mi asilo y morada!

Miras tu sangre perdida
En muchas almas carnales,
Y por aliviar sus males
En vano dada tu vida.

Su ingratitud extremada
Te llena de turbación:
¡Oh divino Corazón,
Sé tú mi asilo y morada!

La malicia del pecado
Que sólo tú conocías,
Y cuyo peso sentías
Sobre tus hombros cargado,
Hizo á tu sangre adorada
Brotar con cruel opresión:

*¡Oh divino Corazón,
Sé tú mi asilo y morada!*

Presentábanse á tu mente
Las penas que te aguardaban,
Y todas se aglomeraban
Para herirte juntamente.

Tu alma fué despedazada
Con tan vehemente aprehensión:

*¡Oh divino Corazón,
Sé tú mi asilo y morada!*

Judas, discípulo aleve:
Te vende á la turba impía;
Y él mismo quiere ser guía
Que á tí en el huerto la lleve.

Llega, y con paz simulada
Consuma su vil traición:

*¡Oh divino Corazón,
Sé tú mi asilo y morada!*

Los apóstoles medrosos,
A la hora fatal se alejan,

Y entre las manos os dejan
De verdugos alevosos.

¡Cuánto esta infiel retirada
Acrecentó tu aflicción:

*¡Oh divino Corazón,
Sé tú mi asilo y morada!*

De tu amor, Pedro, olvidado,
Una y tres veces te niega,
Y á lo más vivo te llega
Su ingratísimo pecado.

Mas con sólo una mirada
Operas su conversión:

*¡Oh divino Corazón,
Sé tú mi asilo y morada!*

Los dolores de María
Acrecientan tus dolores,
Pues son los tuyos mayores
Al contemplar su agonía;
¡Aun tu madre inmaculada
Ha de avivar tu aflicción!

¡Oh divino Corazón,
Sé tú mi asilo y morada!

¡Llave del cielo sagrada
Altar de propiciación:
¡Oh divino Corazón,
Sé tú mi asilo y morada!

Oración de la Iglesia.

¡Oh Jesús, Señor nuestro, haz que nosotros nos revistamos de las virtudes de tu Santísimo Corazón, y nos inflamemos con sus afectos, para que merezcamos conformarnos á la imagen de tu bondad, y ser participantes de tu redención; tú que vives y reinas con Dios Padre, en unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos y de los siglos. Amén.

LETANÍAS

DEL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.



Señor, ten piedad de nosotros.
Jesucristo, ten piedad de nosotros.
Señor, ten piedad de nosotros.
Jesucristo, oídnos.

Jesucristo, atendednos.

Dios, Padre celestial, *tened piedad de nosotros.*

Dios, Hijo Redentor del mundo.

Dios, Espíritu Santo.

Santísima Trinidad, que sois un solo Dios.

1. Corazón de Jesús, Hijo del Padre Eterno.

2. Corazón de Jesús, formado por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen María.

TEM PIEDAD DE NOSOTROS. -

3. Corazón de Jesús, unido substancialmente al Verbo Divino.

4. Corazón de Jesús, de infinita majestad.

5. Corazón de Jesús, Templo Santo de Dios.

6. Corazón de Jesús, Tabernáculo del Altísimo.

7. Corazón de Jesús, Casa de Dios y Puerta del Cielo.

8. Corazón de Jesús, ardiente hoguera de caridad.

9. Corazón de Jesús, santuario de la justicia y del amor.

10. Corazón de Jesús, lleno de amor y de bondad.

11. Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes.

12. Corazón de Jesús, dignísimo de todas las alabanzas.

TEN PIEDAD DE NOSOTROS.

13. Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones.

14. Corazón de Jesús, en el cual se hallan todos los tesoros de la sabiduría y la ciencia.

15. Corazón de Jesús, en el cual reside toda la plenitud de la divinidad.

16. Corazón de Jesús, objeto de las complacencias del Padre Celestial.

17. Corazón de Jesús, cuya plenitud se derrama sobre todos nosotros.

18. Corazón de Jesús, el Deseado de los collados eternos.

19. Corazón de Jesús, paciente y misericordiosísimo.

20. Corazón de Jesús, liberal con todos los que os invocan.

TEN PIEDAD DE NOSOTROS.

21. Corazón de Jesús, fuente de vida y de santidad.

22. Corazón de Jesús, propiciación por nuestros pecados.

23. Corazón de Jesús, colmado de oprobios.

24. Corazón de Jesús, herido por nuestros pecados.

25. Corazón de Jesús, obediente hasta la muerte.

26. Corazón de Jesús, atravesado por la lanza.

27. Corazón de Jesús, fuente de todo consuelo.

28. Corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra.

29. Corazón de Jesús, nuestra paz y nuestra reconciliación.

30. Corazón de Jesús, víctima de los pecadores.

TEN PIEDAD DE NOSOTROS.

31. Corazón de Jesús, salvación de los que esperan en Vos.

32. Corazón de Jesús, esperanza de los que mueren en vuestro amor.

33. Corazón de Jesús, delicias de todos los santos.

TEN PIEDAD DE NOSOTROS.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, perdónanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, óyenos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros, Señor.

V. Jesús manso y humilde de corazón.

R. Haz á mi corazón semejante al tuyo.

Oración.

Dios Todopoderoso y eterno, contempla el Corazón de tu amado Hijo, oye las alabanzas y satisfacciones que te da en nombre de los pecadores; y aplacado por estos divinos homenajes, perdona á los que imploran tu misericordia en nombre de este mismo Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

NUEVE MEDITACIONES

DEL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PARA OTROS TANTOS DIAS DE RETIRO (1)

Ó PARA

NUEVE PRIMEROS VIERNES DE MES.

PRIMERA MEDITACION.

De las llagas de Jesucristo y de su Corazón.

MÁXIMA.

O padecer, ó morir.

1. Para poder sacar fruto de la consideración de las llagas de Nuestro Señor Jesucristo, y crecer en la sólida devoción que debemos tenerles, y hallar en ellas nuestro asilo, preciso es levantar á menudo nuestro corazón con los ojos de nuestro

(1) Del P. Nouet. (S. J.) traducc.

Oración.

Dios Todopoderoso y eterno, contempla el Corazón de tu amado Hijo, oye las alabanzas y satisfacciones que te da en nombre de los pecadores; y aplacado por estos divinos homenajes, perdona á los que imploran tu misericordia en nombre de este mismo Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

NUEVE MEDITACIONES

DEL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PARA OTROS TANTOS DIAS DE RETIRO (1)

Ó PARA

NUEVE PRIMEROS VIERNES DE MES.

PRIMERA MEDITACION.

De las llagas de Jesucristo y de su Corazón.

MÁXIMA.

O padecer, ó morir.

1. Para poder sacar fruto de la consideración de las llagas de Nuestro Señor Jesucristo, y crecer en la sólida devoción que debemos tenerles, y hallar en ellas nuestro asilo, preciso es levantar á menudo nuestro corazón con los ojos de nuestro

(1) Del P. Nouet. (S. J.) traducc.

espíritu á la cruz, y fijar en ella nuestros más frecuentes pensamientos, con las más tiernas afecciones. Tal era la devoción de San Agustín, de San Bernardo y de San Buenaventura, el cual creía que la meditación de Cristo crucificado, era más meritoria que todas las austeridades del cuerpo. Mas cuando las considereis de esta manera, debéis también mirarlas con gran fe, esperanza y amor, con reconocimiento y con dolor de los pecados.

2. En segundo lugar; debemos recurrir á ellas en todas nuestras necesidades, reveses, tentaciones, sequedades, pasiones y flaquezas. Y precisamente para esto tiene Jesús el Corazón abierto, para poder servirnos siempre de refugio. Cuando uno está triste, fácilmente se queja,

murmura, se fastidia, no puede decir una palabra dulce; antes habla con dureza, se desalienta, abátese y hácese incapaz de todo. Mas que entonces levante los ojos al herido Costado del Salvador, que se acuerde de su admirable paciencia, y al punto se sentirá consolado, ó por lo menos fortificado con su ejemplo, ayudado por su gracia y alentado con su amor.

3. Finalmente, debemos unir todas nuestras acciones y nuestras penas á la cruz de Jesucristo, escondiéndolas en sus sagradas llagas, para obtener allí la fortaleza en el obrar, la gracia en el padecer, y la constancia en el perseverar. San Buenaventura decía en cierta ocasión, que á la manera que los hombres de negocios se encierran en su despacho para trabajar, así quería él encerrarse

y fijar su morada en el Corazón de Jesús, para orar y negociar en él. Si vos podeis imitar á este gran santo, fijad vuestra mansión en el Corazón de vuestro esposo Jesús, y aconsejooos que no salgais de él jamás, ó si vuestro espíritu se retira de allí, llamadlo á que vuelva cuanto antes á tan dulce morada.

SEGUNDA MEDITACION.

De la entrada y salida al Sagrado Corazón de Jesús.

Et ingredietur, et egredietur, et pascha in veniet. (Joan X.) Y entrará, y saldrá, y encontrará dulces pastos.

Gran secreto es, para poner en ejecución los buenos propósitos, el aprender, como los serafines, á entrar y salir en el Corazón de Jesús, y á volver á entrar en él de nuevo.

1. Entrad en el Corazón de Jesús por la oración, haciendo mucho aprecio de la oración, y sin perder jamás en ella á Jesús, acordándoos cuánto lo recomienda Santa Teresa. Entrad como ella por Jesucristo; mas si cuando estáis á sus piés, de improviso os sentis transportada contemplando la grandeza de Dios ó alguna de sus perfecciones, no penseis que el seguir ese atractivo sea alejaros de Jesucristo.

2. Salid del Corazón de Jesús para ir á trabajar por Jesús; salid como los ángeles salen del Paraíso, con deseos de volver á él; permaneced en su presencia y llevad á Jesús con vos para ponerlo en el corazón de aquellos con quienes conversareis; salid de Jesús como sale el rayo del sol, sin desprenderse de él, ó como

el mismo Jesús salió del Corazón de su Padre sin separarse de él un solo punto.

3. Volved á entrar en el Corazón de Jesús lo más pronto que pudiéreis, lo cual puede ser de dos maneras: la primera, por medio de elevaciones frecuentes del espíritu y del corazón; cuando permanezcáis por largo tiempo en las ocupaciones, haced cada hora ó con más frecuencia, fervorosas jaculatorias, diciendo por ejemplo: "Señor mío Jesucristo, Vos sois toda mi fortaleza, mi gozo y mis delicias," etc. El segundo modo de volver á entrar en el Corazón de Jesús, es por el examen y por la penitencia. Recordad á vuestro corazón sus desórdenes, y hacedle sufrir la pena que merecéis; poned vuestra cabeza bajo los piés del Cru-

cifijo; y si habéis faltado por orgullo, decidle: "Señor, pisad esta cabeza orgullosa:" *Super aspidem et basiliscum ambulabis, et conculcabis, etc.* Si faltásteis por impaciencia, decidle: "oh! que no tenga yo la lanza que traspasó vuestro sagrado Corazón, para traspasar el mio, y hacer salir de él toda la amargura que le daña!" En cualquiera falta en que caigais, recurrid luego á nuestro Señor, y decidle: "Salvador mio, muy bien sé que vos sois mi Juez; y por esto quiero preveniros; y muy dichoso seré si hago penitencia antes que Vos me castigéis: porque sé muy bien que no tendréis corazón para castigarme dos veces."

Entrad, salid, y volved á entrar así en el Corazón de Jesús; estableced en él vuestra morada, alma cris-

tiana; mas cuando ya estuviéreis en su seno, no os contenteis con permanecer sólo en esa dulce mansión, sino haced por llevar á ella, á todas las almas que posible os fuere.

TERCERA MEDITACION.

Por qué quiso Jesucristo que fuese herido su Costado.

1. Aunque Jesucristo con su muerte acabó con la tiranía de Satanás, y compuso el divorcio que había entre el cielo y la tierra, aplacó, es verdad, la ira de Dios, pero no pudo acabar con el furor de los pecadores ni dar fin á su malicia; pues, lo que no hacen ni las bestias feroces, después de desgarrar su cuerpo en vida, enconándose con un muerto, le traspasan el Corazón después

que hubo espirado. Mas ¡ay! ¿qué quieren encontrar en ese Corazón? si sangre es lo que buscan, ¿no la ha derramado á torrentes? Si afrentarlo apetece, ¿no le han colmado ya de ignominia? Si su vida quitarle desean, ¿no la ha entregado ya por su misma salud? ¿A qué fin, pues, añadir una nueva herida más cruel é injuriosa aún que las otras? Efecto es ello de su inhumanidad y de una ciega pasión que no conoce límites; mas si levantamos un poco nuestros pensamientos, buscando la causa de esa ancha y profunda herida en el Corazón mismo del Salvador que la recibe, encontraremos que es un recurso admirable de su misericordia, que saca bien del mal, y que de esa herida mortal hace salir un remedio universal á todos nuestros

males, castigando en el Corazón de un Dios el pecado y la malicia de los humanos corazones.

2. Ya el Señor había expiado por las espinas de su corona nuestros malos pensamientos; por su hiel y vinagre, los pecados de la lengua; por sus azotes los pecados de la carne, y por las llagas de sus pies y manos los atrocinos, fraudes é injusticias. Por su muerte expia las traiciones y homicidios; y pasando más adelante, y para terminar la obra de nuestra redención, quiere ser herido en el Corazón, para completar la pena debida á todos los pecados, ya que todos salen del corazón.

Hay también aquí un misterio de su amor; pues como dice San Bernardo, quiso el Señor que por la llaga visible de su Corazón, véamos la

llaga invisible que el amor le ha ocasionado. En su espíritu había formado Jesús el proyecto de la paz que quería establecer con nosotros; mas este proyecto nos era desconocido; pues que nadie entró en el secreto de la Sabiduría, ni ninguno asistió á sus consejos. Emperó, el clavo que traspasó sus manos, ha sido en las mias como una llave que abriéndome su Corazón me ha descubierto sus designios, y el hierro de la lanza, traspasándole, me ha dejado ver, por la abertura de la herida, el secreto de su Corazón. No puedo ya dudar de cuánto me ama, y harto convencido quedo de sus bondades para conmigo.

Verdad es, Salvador mío, que no habríais sido atravesado con el hierro de la lanza, si primero no estu-

viérais herido de nuestro amor. ¡Oh y cuán bueno sois por haberos dejado herir de esta manera! y cuán malo soy yo que tanto amor aun no me mueve! Vuestro divino Corazón que ya tantos trabajos había resistido, no pudo resistir á la ternura del amor que me tiene; y el mio, que cede por flaqueza á las más pequeñas penas, muéstrase impenetrable á los sentimientos de amor que os debe. ¡Ay Señor! haced que si mi corazón no quiere dejarse herir, se deje al menos curar! Mas cómo podrá curarse si no os ama? ¿Y amándoos, cómo puede veros herido sin recibir á su vez la herida vuestra?

CUARTA MEDITACION.

Por qué quiso Jesucristo ser herido en el Costado derecho.

1. El cuerpo sacratísimo del Salvador es el templo de la Divinidad, del cual dijo una vez: "destruid este templo y en tres días lo reedificaré." El pavimento de este augusto santuario es su carne virginal, su alma santísima es el santuario, y su persona divina es el Sancta-Sanctorum. ¿Mas cuál será la puerta de este templo? La puerta es la herida de su sagrado Corazón; por esta entran los justos hasta Dios; de ella salen todos los bienes á las almas. Y por esto justamente ha querido que su Corazón fuese abierto por su Costado derecho, porque este es el lado de la

esposa, y de ese lado pondrá á los escogidos en el día del juicio, cuando les dé la corona de justicia reservada á sus merecimientos.

2. La puerta del Corazón de Jesús está siempre abierta á todos los hombres, diferente en esto de la puerta del arca, que la figuraba; porque ésta sólo estuvo abierta para ocho personas, quedando después cerrada para todas las demás; pero la del Costado de Cristo, abierta está á todo el mundo, y sólo de nosotros depende el entrar por ella.

3. ¿De dónde provendrá el que sean tan pocos los que entren por ella? la razón es, porque esta puerta es una llaga, y muy pocas son las almas que tengan amor á las heridas y á los padecimientos. La Iglesia canta en uno de sus himnos, que las

puertas del cielo relumbran de margaritas; mas la puerta del sagrado Corazón de Jesús está formada de un crisólito color de fuego, enseñándonos que no se pasa al paraíso sino por la puerta de los trabajos, y que antes de ser admitidos á la puerta cándida y brillante de la luz de la gloria, preciso es atravesar por la puerta teñida de sangre. El alma santa no rehusará el pasar por esta puerta entrando y saliendo por ella, pues saldrá por la abnegación de sí misma, saliendo como Abraham de su tierra y de su parentela, y entrará por amor en el divino Corazón de su Salvador, para hacerle oír en esta caverna del cercado, la voz de su oración y los gemidos de su penitencia. Entrará por esa puerta á las dulzuras de la contemplación,

y de ella saldrá á las fatigas de la acción.

¡Oh dulcísimo Jesús! haced que yo conozca cuánto me importa el morir á mí mismo para llegar á vos. Enseñadme qué cosa sea amar; y amando, qué sea padecer; y padeciendo, qué sea salir de mí; y saliendo, cómo pueda llegar á Vos! Amén.

QUINTA MEDITACION.

Por qué quiso Jesucristo ser herido en el Costado derecho después de su muerte.

Uno de los soldados le abrió el Costado con una lanza. (Joan XIX.)

Es notable esta circunstancia por los grandes misterios que encierra.

1. Jesucristo quiso ser herido después de su muerte, lo primero, para

mostrarnos el insaciable deseo que tiene de morir por nosotros, y que la muerte misma, siendo el mayor de los males, no le puede contentar; así es, que queriendo padecer aun después de morir, y no pudiendo ya hacerlo en su propio cuerpo, hácelo en el corazón de su santísima Madre; pues cuando el Corazón de su Hijo es traspasado por la lanza, la punta del acero pasa del cuerpo del Hijo hasta el alma de la Madre, quedando allí enclavado. Jesús y María trabajan por nuestra salvación: el Señor, como causa principal que colma sus infinitos merecimientos aceptando esta herida desde antes de morir, y su Madre inmaculada, como causa asociada por gracia y por favor á la obra de nuestra redención. Muy justo es, pues, que compadezcamos sus

dolores, ya que nuestros pecados le han ocasionado tanta amargura.

2. En segundo lugar, el Hijo de Dios quiso ser herido después de su muerte, para enseñarnos que con padecer y morir nos ha dado la vida, y que nos ha abierto las fuentes de la gracia que van á correr con abundancia para los hombres que no quieren detenerlas.

Abierta está esta puerta para todos. San Bernardo señala otra razón tomada de la gracia y bienes espirituales que el lado derecho significa, como si el Señor nos quisiera enseñar con su herida misteriosa, que mientras nos dure la vida debemos velar en la custodia del lado derecho, esto es, de la caridad y bienes celestiales que nos ha conquistado; que en cuanto á los bienes tempora-

les debe sernos indiferente el perderlos, ya que por la pobreza podemos salvarnos mejor que por las riquezas, y mejor por el sufrimiento que por los placeres, y mejor por las humillaciones y desprecios, que por la gloria del siglo. Mas la gracia de Dios es un bien inestimable sin el cual es imposible nuestra salvación; y el cristiano que no teme ser herido en este lado derecho, y caer en la desgracia de Dios, da á conocer por su insensibilidad, que ya está muerto, y el peligro de no volver más á la vida.

Oh amable Salvador mío, conjúroos por ese Corazón amoroso abierto como un asilo para servirnos de morada, que os digneis mantenerme siempre á vuestra derecha, y aplicarme tan fuertemente á vuestro sa-

grado Costado, que de él no salga jamás; conservadme, si es de vuestro agrado, en la posesión de los bienes celestiales, y de los temporales disponed según vuestra voluntad. Haced, Señor, que vuestra gracia me sea más apreciable que la vida; y así, no os pido riquezas, ni puestos ni placeres, ni honras transitorias y temporales; sólo os pido vuestro amor, sin el cual, aunque tuviera todos los bienes de la tierra, sería menesteroso y desgraciado. Que os ame yo, Jesús mío, sobre todas las cosas; que ya nunca os ofenda, y que jamás me vea separado de Vos, pues con esto viviré contento, ni deseare otra cosa alguna! Así sea.

SEXTA MEDITACION.

El Corazón de Jesús, trono del amor divino.

1. Fácil es mostrar que el Corazón de Jesús es el trono del amor divino, porque no hay otro lugar donde reine el Padre Eterno de un modo más apacible, más absoluto y más glorioso. Reina del modo más apacible; porque siendo el pecado lo que excita más turbación en el reino de Dios, nunca halló entrada en el Corazón de Jesús; y por eso el Eterno Padre le dice: "Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy;" es decir, en ti reconozco el privilegio de mi generación, en tí, á quien ningún pecado ha podido manchar. Hoy eres para mí lo que me serás mañana, y lo serás para siempre.

Lo que turba también la tranquilidad del reino de Dios, es el amor propio, fruto malhadado de la propia voluntad; y como el Corazón de Jesús no puede producir ningún acto de amor que no sea teándrico, y por consiguiente, no es capaz de amor propio, pues no tiene otra subsistencia ni otro *yo* que la persona del Verbo, no puede amarse á sí mismo sin amar á Dios al mismo tiempo.

2. En fin, lo que turba la dulzura del reino de Dios, es la resistencia de nuestra libertad á sus voluntades; pero en el Corazón de Jesús nada hay que la resista, pues desde el primer momento de su vida ha entrado en él sin esfuerzo, gozando después en su seno de un dulce reposo, por lo cual el abad Ruperto lo compara al séptimo día, en el que Dios

reposó después de la creación del mundo.

De aquí se sigue que no hay lugar donde el reino de Dios sea más absoluto, que en el Corazón de su divino Hijo, pues que está tan sumiso á sus voluntades, que le es imposible separarse de ellas ni un ápice; y por eso ha dicho: "lo que agrada á mi Padre, lo hago siempre;" y también: "las palabras que digo, no las digo de mí mismo;" y sin el aviso de su Padre no decide cosa alguna: "como escucho, así lo hago." El primer artículo del libro de la vida, es, que hará la voluntad de su Padre; su ley está en medio de su Corazón, el cual la acepta, la íntima y hace que las potencias de su alma y de su cuerpo le den cabal cumplimiento.

Y honra tanto á Dios esta sumi-

sión, que no hay lugar donde reine con tanta gloria como en el Corazón de Jesús, pues él sólo le tributa más respeto, que juntos todos los ángeles y los hombres; y es cierto que un sólo acto de obediencia, de adoración ó de amor, concebido en este divino Corazón, le da mucha mayor gloria que la que podrían darle por toda la eternidad todos los corazones de los más ardientes serafines; y la razón es, porque la gloria que de su Hijo recibe es infinita, y el homenaje y rendimiento que se le hace, extendiendo su imperio sobre una persona divina, viene á ser de un mérito y dignidad infinitos. Y este pensamiento debe llenarnos de consuelo en nuestras flaquezas; porque ya que nuestro corazón es tan bajo y tan pequeño para honrar y amar á un Dios tan gran-

de, bien podemos empero desempeñar nuestra deuda, honrándole y amándole con el Corazón de Jesús que es todo nuestro, por habérnoslo élmismos dado; y ofreciéndolo al Eterno Padre para suplir nuestra impotencia, muy seguro es que se dará por contento y satisfecho.

SEPTIMA MEDITACION.

El Corazón de Jesús,
obra maestra del Espíritu Santo,
que es todo amor.

1. Dos solos corazones han sido formados por la mano de Dios desde el principio del mundo, el de Adán, sacado de una tierra virgen, y el de Eva, tomado del costado de Adán; dos obras maestras que pronto per-

sión, que no hay lugar donde reine con tanta gloria como en el Corazón de Jesús, pues él sólo le tributa más respeto, que juntos todos los ángeles y los hombres; y es cierto que un sólo acto de obediencia, de adoración ó de amor, concebido en este divino Corazón, le da mucha mayor gloria que la que podrían darle por toda la eternidad todos los corazones de los más ardientes serafines; y la razón es, porque la gloria que de su Hijo recibe es infinita, y el homenaje y rendimiento que se le hace, extendiendo su imperio sobre una persona divina, viene á ser de un mérito y dignidad infinitos. Y este pensamiento debe llenarnos de consuelo en nuestras flaquezas; porque ya que nuestro corazón es tan bajo y tan pequeño para honrar y amar á un Dios tan gran-

de, bien podemos empero desempeñar nuestra deuda, honrándole y amándole con el Corazón de Jesús que es todo nuestro, por habérnoslo élmismos dado; y ofreciéndolo al Eterno Padre para suplir nuestra impotencia, muy seguro es que se dará por contento y satisfecho.

SEPTIMA MEDITACION.

El Corazón de Jesús,
obra maestra del Espíritu Santo,
que es todo amor.

1. Dos solos corazones han sido formados por la mano de Dios desde el principio del mundo, el de Adán, sacado de una tierra virgen, y el de Eva, tomado del costado de Adán; dos obras maestras que pronto per-

dieron el soplo del Espíritu Santo que les llenara. Empero, á fin de reparar esta pérdida, en lugar de sus corazones se ha substituído, como una obra maestra de la naturaleza y de la gracia, el nobilísimo Corazón de Jesús; y aunque el obrero que lo formó es el mismo, pero la obra es mucho más preciosa, y participa con más ventajas de las cualidades y propiedades de su principio, esto es, del Espíritu Santo, al cual se le atribuye su formación por las maravillosas relaciones que se encuentran entre la causa y el efecto. El Espíritu Santo, es como el corazón del Padre y del Hijo, por dos razones: la primera, por ser el término de su amor reciproco y del que tienen para con nosotros; la segunda, por ser el principio del amor que nosotros tenemos á Dios,

pues por él amamos á Dios sobre todas las cosas y por él nos ama Dios. Pues lo mismo digo del Corazón de Jesucristo: él es el principio y el término del amor divino; por medio de este Corazón ama Dios á los hombres; y los hombres también aman á Dios y le honran como él merece por medio del mismo Corazón sagrado.

Como causa meritoria de la misión del Espíritu Santo, viene á ser el principio del amor divino, y por lo mismo el del amor con que los hombres le corresponden, y por ser la obra del Espíritu Santo, que le formó para contentar su amor y el exceso de su bondad para con nosotros, es también el Corazón de Jesús un término de amor.

Aunque el Señor podía compade-

cer nuestras miserias sin este Corazón, mas no podía compadecerlas por amor; y aunque el hombre podía sin él tener algún amor y complacencia para con Dios, pero no podía amarlo en tanto su Majestad merece. Así es que, el Corazón de Jesús suple á la compasión que á Dios le falta en razón de su excelencia, y á la caridad que al hombre falta por razón de su flaqueza.

2. En segundo lugar, el Espíritu Santo es un don infinito por su propiedad personal, pues procede como don procediendo por vía de amor, que es el primer don y el principio de todos los dones que Dios imparte á sus criaturas. Y aunque todas las gracias que Dios nos manda, son dones, puesto que vienen del amor; pero no son el amor mismo, como lo es el Es-

piritu Santo, amor sustancial procedente del Padre y del Hijo; por lo cual dice Santo Tomás que el Padre y el Hijo son como un árbol que produce flores, y su flor es el Espíritu Santo, que produce lo que se llama sus doce frutos. Así también el Corazón de Jesús es un don, en virtud de su producción, hecho sólo para dar, como hecho sólo para amar; es un don infinito, por ser el Corazón de un Dios; es el principio de todos los dones, por haberlos adquirido con sus merecimientos; es también la flor de Jesé, sobre la cual reposan los dones del Espíritu Santo para derramarse de allí en los corazones de los santos.

Finalmente, el Espíritu Santo es el lazo indisoluble de la Beatísima Trinidad, la fuente de la dilección,

el sello de la virginidad, y la prenda de la eterna bienaventuranza; prerrogativas todas que convienen al Corazón de Jesucristo, pues es el nudo sagrado que nos une y reconcilia con Dios; el Legislador de la ley de amor, el sello que la esposa ha de grabar en su corazón, y la prenda de vida eterna que en la Eucaristía recibimos. ¿Qué obra podrá encontrarse que tenga mayor semejanza con el obrero que la ha formado?

Oh mi dulce Jesús! bien sé que el que os ama con corazón puro, tiene el don del Espíritu Santo, y con él la prenda de vida eterna y el sello de los predestinados; dadme, pues, vuestro Corazón, fuente de toda pureza; dadme vuestro espíritu para conducirme, vuestro Corazón para obedecerle y seguirle; dadme vues-

tro espíritu y vuestro Corazón para amaros eternamente. Amén.

OCTAVA MEDITACION.

De la unión personal del Corazón de Jesús con el Verbo, principio del amor.

1. Ningún hombre hay que tenga dos corazones; pues sólo á Jesucristo pertenece el tener el Corazón de un hombre y el Corazón de un Dios al mismo tiempo. Maravillosísima es esta unión en todas sus circunstancias; porque ¿qué mayor maravilla que levantar el ser humano al ser divino y unir estos dos extremos tan lejanos, por toda la eternidad? Pues tal hace puntualmente esta unión maravillosa: junta á lo infinito con lo finito; une al inmortal con el mortal; estrecha la plenitud y el vacío; enla-

za al todo y á la nada; hace, en una palabra, que el corazón del hombre sea el Corazón de Dios, y el Corazón de Dios el corazón del hombre, en unidad de subsistencia y sin confusión de naturaleza.

La unión de nuestra alma con el cuerpo, si bien maravillosa, no por esto es indisoluble, puesto que puede destruirla la muerte; más la unión que aquí contemplamos, es inviolable, pues la muerte, que separó el alma de Jesús, no pudo separar de su Corazón la persona del Verbo, ni jamás podrá nada romper esta alianza; de donde proviene que por un prodigio inaudito, este Corazón vivía en el sepulcro en medio de la muerte, y moría en el Calvario en medio de la vida; esto es, moría perdiendo la vida que tenía del alma, y vivía por

su unión con el Verbo, fuente de la vida.

2. Hablando propiamente, sólo la unión de las personas divinas entre sí, sobrepuja á ésta otra en dignidad y en nobleza; porque allí hay, mas bien que unión, unidad, pues que siendo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo una sola cosa en unidad de substancia, no le estorba el que haya entre ellos trinidad de subsistencia. Mas si no hay igualdad entre estas dos uniones, hay sí, una maravillosa semejanza; porque así como se reconocen en la Beatísima Trinidad tres personas y una sola substancia, así en el misterio de la Encarnación, se cuentan tres substancias y una sola persona. Considerando, pues, al Sagrado Corazón de Jesús, vemos que representa á la San-

tísima Trinidad de un modo incomparablemente más noble que todos los otros. Nuestro corazón representa á las tres divinas personas por las tres potencias del alma que le animan, y aun se dice que por la figura triangular de su materia corpórea; mas el Corazón de Jesús las representa, además de eso, por las tres substancias que se hallan unidas en su composición, en unidad de persona, lo que no se encuentra ni podrá encontrarse jamás en otro alguno.

Acudamos, pues, á este divino Corazón con el mayor esmero y cuidado, para que nos enseñe que debemos depender absolutamente de él y con él sólo unirnos, puesto que sólo de él podemos esperar nuestra salvación. Unámonos todos á él por el vínculo de la caridad y de la concor-

dia, pues no habiendo gracia que no nos venga de este Corazón adorable, tampoco debemos tener ninguna inclinación, ni afectos, ni deseos, que no vayan á parar á él como á su centro.

NOVENA MEDITACION.

Singular excelencia del Sagrado Corazón de Jesús y su ardiente amor á Dios.

1. Santo Tomás de Villanueva se queja con justicia, de nuestra ingratitud para con Dios, que busca por todas partes corazones que le amen y no los encuentra; y nunca podriamos borrar la mancha de este reproche, si Jesucristo no se nos hubiese dado para suplir nuestros defectos; en su Sagrado Corazón ha concentrado el divino amor todas sus lla-

mas haciendo brillar en él su ardor con gloria incomparable. Por una prerrogativa que en ninguna otra parte se encuentra, desde el primer momento de su vida residía allí el amor divino en toda su perfección; hallábase en su consumación como en la gloria, pues desde entonces tenía á la visión beatífica por su principio y á la esencia divina conocida en toda su claridad, por su objeto.

Hallábase el amor divino en el Corazón de Jesús en continuo ejercicio; porque estando su alma unida al Verbo, y viendo á Dios claramente, también necesariamente le amaba; y estando su amor siempre en acto, no podía interrumpir su carrera.

Hallábase con imperio absoluto; pues la caridad nunca tuvo más noble dominio que en su persona, arre-

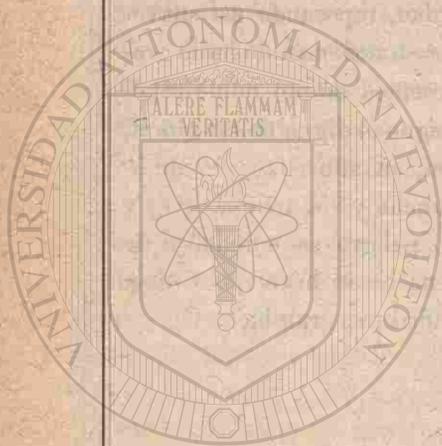
glando y ordenando todas las acciones del Hombre-Dios, por lo cual no era conveniente que fuesen imperadas por ningún motivo inferior, pues ejercitando los actos de todas las virtudes, era siempre el amor divino el que las arreglaba y dirigía.

Hallábase en un grado de mérito, dignidad y valor, infinito; pues aunque el Hijo de Dios no mereciese precisamente por el acto del amor beatífico, pero merecía por todos los actos de precepto ó de consejo que el divino amor arreglaba y ordenaba, haciéndolos libremente por motivo del mismo amor, infinitamente meritorio por proceder de un principio de infinita santidad y unidad.

2. Podemos añadir todavía, que el amor divino en el Corazón de Jesús llegaba á un exceso infinito de

fervor; pues que le llevó hasta dar su alma y sacrificar su vida por la gloria de su Padre. San Bernardo dice que la sabiduría es el amor; y siendo Jesucristo la Sabiduría encarnada, es también el amor verdadero; ya sea porque está enteramente transformado en el amor, ya sea porque es su fuente, su principio y su objeto; principio que nos da el amor, y objeto en quien debemos ponerlo si queremos tenerlo seguro. En efecto, el amor seguro y verdadero es el que ama la verdad. Yo soy, dice San Bernardo, como la raíz cuyos dos brazos son el amor y la verdad; y si uno de ellos me falta, no estaré seguro de la segur que troncha el árbol reprobado. En este don de la naturaleza, (sigue diciendo el Santo), aparece con brillo la imagen de la divi-

nidad, que me eleva sobre todas las criaturas animadas, y levanta á mi alma á los dulces y castos abrasos de la verdad, reposando así suavemente en su amor, cuando halle gracia en presencia de tan noble esposo y la juzgue él digna de tal gloria; ó más bien, cuando ella se le muestre sin mancha y sin arruga. ¡Oh y en cuánto peligro se enreda, y de cuánta pena no se hace reo si deja hacerse inútil tan gran bien!

**MES**

DEL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

JARDÍN DE SUS TÍTULOS, OFICIOS

Y DIGNIDADES, CONFORME A LA SAGRADA ESCRITURA.

Acto de Contrición.

Adorable Salvador mío, lleno de confusión y de vergüenza, vengo a postrarme á vuestras plantas, á pedir os perdón y misericordia; bien conozco, Señor, que no lo merezco, antes soy indigno de ser escuchado, pues innumerables veces he despreciado la gracia recibida, abusando de vuestra bondad y clemencia; el conocimiento de mi infidelidad é inconstancia me acobarda y desalienta,

porque el ingrato no es digno de nuevos favores; pero vuestra voz dulcísima me alienta y anima cuando dice: "Venid á mí todos." ¿Conque aun es tiempo, Jesús mío? puedo aun esperar el perdón y la misericordia? ¡Oh Corazón compasivo de mi Jesús! Bendito seáis! á Vos me acojo, sed Vos mi asilo, mi refugio, mi esperanza y mi consuelo! Padre Eterno, mucho os he ofendido y he sido muy ingrato correspondiendo los favores con ofensas; mas ya me arrepiento muy de veras; perdonadme, y recibid en desagravio el Corazón amorosísimo de Jesús vuestro Hijo: yo os ofrezco sus méritos, sus virtudes y sus penas; y por ellos espero el perdón y la gracia de vuestro amor. Amén.

Oración preparatoria para todos los días.

Amabilísimo Jesús mío, que con tanto amor convidásteis á la bienaventurada Margarita á que entrase en vuestro Sagrado Corazón, como en un jardín delicioso lleno de flores de admirable variedad, de incomparable hermosura y suavísima fragancia, diciéndole que escogiese cuantas le agradasen. ¡Ah Señor! permitidme entrar aunque tan indigno, en ese jardín florido, en ese paraíso de celestiales delicias, en vuestro divino Corazón, y si queréis que escoja las flores que me agraden, yo os pido el lirio de la pureza, la rosa del amor, y la violeta de la humildad, ya que con estas las tendré todas, pues son inseparables; y teniéndolas todas mi corazón, á semejanza del

vuestro, se transformará en un jardín de delicias para Vos, y entonces podré deciros con la esposa: "Venga mi Amado á su huerto." Concededme, Señor, esta gracia; quitad de mi corazón las espinas del pecado, destruid todo lo que en él os desagrade, y plantad todas las flores que os deleiten, para que no haya en mí cosa que os disguste, ¡oh mi Dios, y mi amor, y todo mi bien! Así sea.

Oración

para después de la meditación, que se habrá de decir todos los días.

Corazón de mi Jesús, ya he procurado entrar en el jardín que sois Vos, meditando alguno de vuestros títulos gloriosos, ó de vuestros oficios misericordiosos, ó de vuestras dignidades maravillosas; ya me he

sentado por algunos instantes bajo de la sombra de aquel que había deseado, y he aspirado el aroma de sus purísimas flores, y he saboreado alguno de sus frutos, dulcísimos á mi garganta. Haced, Corazón divino, que yo me nutra con tan regalados manjares, que yo no quiera habitar ya entre la turba de las criaturas; sino que en Vos ponga el dulce nido donde fomenté los santos deseos, y los fervientes afectos; y que en vuestro adorable Corazón haga perpetua morada; que allí habite, pues para eso lo he escogido, y allí me vea siempre libre de mis enemigos, siempre lleno de amor para con Vos, siempre agradecido á vuestras grandes finezas; y pasando mi vida allí escondido, como el santo Job pueda allí exclamar: "En mi nidito mo-

riré; y como la palma multiplicaré los días," (Job. XXIX, 18) siendo trasplantado á los jardines eternos del paraíso celestial. Amén.

Un credo al Sagrado Corazón.

Jaculatoria.

V. Corazón de Jesús, jardín de celestiales delicias.

R. En tí viva, y en tí muera, y te goce eternamente.

PRIMER DIA.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.

Meditación.

El Corazón de Jesús. Abogado fiel.

Arbol de vida.

1. "Hijos míos, no pequéis: mas si alguno pecare, abogado tenemos ante el Padre, Jesucristo justo," dice

San Juan, (1) y el Corazón de Jesús lleno de amor por nosotros, le inclina á defendernos, á excusarnos, y á abogar por nosotros ante su eterno Padre. Acudamos á este abogado poderoso, y solicitemos de su divino Corazón, que nos alcance del Señor el perdón de nuestras culpas.

2. La sabiduría eterna, que es Jesucristo, es "árbol de vida para los que la alcanzan, y bienaventurados los que la tienen asida, (2) dicen los libros santos. En Jesús se halla la vida, y El es el árbol bajo el que el alma se sienta, para refrigerarse con su sombra, y saborear sus dulcísimos frutos. El Corazón de Jesús en la Eucaristía, nos consuela, nos refrigera, nos alienta y nos nutre. Deje-

(1) S. Joan. II, 1

(2) Prov. III, 18.

mos las bellotas de los cerdos y las pestilentes cebollas del Egipto, para saciarnos con los frutos de este árbol de vida.

Práctica. Orad por los pecadores.

Oración.

Perdido estaría yo sin remedio, si no abogáseis por mí ante vuestro Padre, dulcísimo Redentor mío: vuestro Corazón me ama, me compadece, ruega por mí y me alcanza el perdón. ¡Abogado fidelísimo, á Vos me acojo!

Cansado en el camino de la vida, abrumado con las fatigas del destierro, á vuestra sombra me siento á descansar; árbol querido; vuestro fruto es dulce á mi garganta, vuestra frescura reanima. ¡Ojalá y todos vinieran á posarse bajo este árbol de

vida! ¡Felices, felices mil veces los que os conocen, amor mío; desgraciados los que no os aman! Os ruego por estos pobres, Corazón misericordiosísimo, llamadlos, acojedlos, favorecedlos benigno. Amén.

DIA DOS.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.

Meditación.

El Corazón de Jesús, Blanco de amor y de contradicción.

1. Al presentarse el niño Jesús en el templo, el anciano Simeón le tomó en sus brazos y dijo: "este niño será puesto como señal ó blanco al cual se hará contradicción." Y no sólo le contradijeron los fariseos, y le contradijeron los de Cafarnaum,

y le contradijeron en la cruz sus verdugos, sino que uno de los soldados le abrió el Costado, haciéndole blanco de su lanza. Y el Corazón también fué blanco de su herida, puerta saludable, refugio seguro, baño medicinal, arca de tesoros celestiales, entrada del paraíso.

2. Ahora en el mundo también es Jesucristo blanco de la contradicción de los impíos, de los herejes, de todos los enemigos de la Iglesia, y de los malos cristianos. Mas ya que su Corazón recibe la herida de dolor, hagámoslo blanco de la herida de amor, de la que El mismo dice: "Heriste mi Corazón oh hermana y esposa, heriste mi Corazón." (1) Pidámosle que hiera primero el nuestro para que arda en amor suyo, y

(1) Cant. IV, 9.

hagamos á su divino Corazón el blanco de nuestros deseos, el blanco de nuestros afectos, el blanco de todas nuestras esperanzas y afecciones.

Práctica. Orar en particular por la conversión de los protestantes.

Oración.

Simeón, el anciano profeta, anunció que seriais blanco de contradicción. Y tal fué esa contradicción, que tomando un soldado su lanza, acertó en medio de ese blanco, y abrió en él, amor mío! una puerta para mi remedio. Sois aún el blanco de los impíos que os aborrecen, de los herejes que escriben horrendas cosas contra Vos, de los malos católicos que os alancean; el blanco del amor de las vírgenes, el blanco de la adoración de los fieles. Sed, Corazón

herido, el blanco de todas mis intenciones, el blanco de mis ardorosos afectos, el blanco de todas mis acciones y trabajos. Y os pido por todos los que os aborrecen, amor mío; piedad de esos ciegos, lástima de esos desgraciados, Señor!! Haced que se rindan, que os conozcan y os sirvan. Amén.

DIA TRES.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.

Meditación.

*El Corazón de Jesús, Camino seguro,
Custodio nuestro.*

1. Jesucristo se llamó a sí mismo, *camino*, y aseguró que nadie llega al Padre, si no marcha por él. (Joan. XIV, 6). Los caminos del mundo

son lóbregos y difíciles, y aunque parezcan á veces buenos, dice la Escritura, que sus paraderos guían á la muerte, (Prov. XIV, 12). Pero Jesucristo es camino seguro, y quien por él entrare, se salvará. Y su Corazón lleno de amor, nos hace el camino suave, dulce y deleitable, y como David, podemos decir: "Señor, cuando dilataste mi corazón, al contacto del tuyo divino, no sólo pude andar, sino que aun corrí por el camino de tus mandamientos." (1)

2. Pero para los riesgos del camino, el Señor es nuestro Custodio, y como en otro tiempo á Jacob, nos dice: "Yo seré tu custodio á donde quiera que camines, y no te dejaré hasta cumplir todas mis promesas." (Gen. XXVIII, 15). Y como lo que

(1) Psalt. CXVIII, 32.

mucho se ama, mucho se cuida, el Corazón de Jesús que tan entrañablemente nos ama, no dejará de cuidarnos como una madre á su hijo, con exquisito esmero, vigilando todos nuestros pasos, hasta cumplir sus promesas de llevarnos consigo á la patria celestial.

Práctica. Orar por los misioneros y caminantes: en los caminos llevar consigo la medalla del Corazón de Jesús.

Oración.

Vos dijísteis, Señor, que erais camino, verdad y vida. El demonio nos extravía, el mundo nos extravía, la carne nos extravía; pero Vos nos volvéis al buen sendero, y por eso también sois llamado en las Escrituras camino de vuelta ó de llegada.

También sois nuestro Custodio, y por eso cuando os llamaron samaritano, que eso significa, no lo rechazásteis. Corazón rectísimo, enderezad nuestros pasos, destorced nuestras inclinaciones, llevadnos derechamente al Padre á quien nadie va sino por Vos. Custodiad nuestra mente que no divague en la oración; custodiad nuestra lengua que no articule frases indignas; custodiad nuestro corazón para que no entre en él otro dueño que Vos. Custodiadnos al fin del camino; ayudadnos en el conflicto de la muerte! Amén.

DIA CUATRO.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.

Meditación.

*El Corazón de Jesús, Dominador
y Dueño de los corazones.*

1. El Señor Dios, Dominador, clemente y misericordioso se llama en la divina Escritura, (Deut. XXXIV, 6) y al Corazón de Jesús le conviene este título, pues por el amor, y la bondad y la clemencia, domina á los mortales, y con su gracia y hermosura como estaba anunciado, apuntó con su arco y marchó prósperamente, y reina por amor y por clemencia, que es el mejor de los reinados. Hagamos que sea el dominador poderoso sobre nuestras pasiones, que nos

enseñe á dominarnos á nosotros mismos, y que poniendo á sus enemigos por escabel de sus piés, domine en medio de todos ellos, y sea reconocido por su Dios y Señor.

2. Señor mío y Dios mío, llama David á cada paso á Jehová, y Señor mío y Dios mío, llama el apóstol Tomás á Cristo resucitado y de la palabra Dóminus, salió el vocablo, *dueño*, tan cariñoso y tan regalado en nuestro idioma. El Corazón de Jesús, es nuestro dueño: nos ha comprado con su sangre, siendo su mismo Corazón donde esa sangre se elaboró para nuestro rescate; con caridad perpetua nos amó, y con cuerdas de Adán nos enlazó y nos atrajo, es decir, con vínculos de amor y de clemencia. Regocijémonos al ser propiedad y esclavos de este divino

Corazón y digámosle con David: "Señor, yo soy tuyo, dignate hacerme salvo." No dejes perder á quien tanto te ha costado, pues en la cruz me redimiste, no se pierda tanto trabajo. Corazón santo! á ti quiero pertenecer para siempre!

Oración.

Vos sois, Señor, el Rey de los reyes y el Dominador de los que dominan. Dominad mi alma, Corazón dulcísimo, dominad mi cuerpo, dominad mi ser todo entero con el más dulce de los dominios, que es el dominio de la santa dilección. Aflojad un poco el yugo de éstos dominadores tiránicos que tan horriblemente persiguen á la Iglesia y al Pontífice romano. Pues sois dueño de los corazones, y el de los reyes y gober-

nantes está en vuestra mano como dicen las Escrituras, y podéis inclinarlo á donde os plazca; amansad á esos leones que devoran á vuestro rebaño. Sed Vos sólo mi dueño; no quiero jamás otro. Vuestro soy, salvadme, porque he buscado vuestras justificaciones. Amén.

DIA CINCO.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

*El Corazón de Jesús
es el Corazón de nuestro Esposo,
escogido entre millares.*

1. En un solo verso de San Mateo, vemos tres veces llamado Esposo á Jesucristo. "¿Acaso podrían llorar, dice él mismo, los hijos del esposo, cuando en ellos está el esposo?"

Mas vendrán días en que les será quitado el esposo, y entonces ayunarán." (Math. IX, 15.) Es el título más regalado y de más amor con que el Señor haya querido enamorar á sus pobres criaturas. Su Corazón está, pues, lleno de amor, ardiendo en llamas de caridad para con Dios su Padre, y para con nosotros sus hermanos. "Amemos nosotros, pues, diremos con San Juan el amado discípulo, amemos á Dios en correspondencia, pues que El primero nos ha amado," y por eso muestra su Corazón encendido en vivas llamas, para que conozcamos que es todo fuego para amarnos.

2. "Mi amado es cándido y rubicundo, escogido entre millares," dice la esposa del divino Cantar, (Cant. V, 10), es decir, el alma á Jesucristo;

cándido es su rostro adorable, rubicundo es su Corazón amable, porque es la oficina de la sangre preciosa por nosotros derramada. Y si este Corazón nos ha escogido á nosotros entre millares y millares de infieles que hoy pueblan aún la tierra, ¿cómo no lo hemos de escoger nosotros entre los millares de criaturas que nos cercan y atraen indignamente nuestro corazón?

Práctica. Orar por los casados: que tengan paz, amor mutuo y felicidad conyugal.

Oración.

Muchas veces en el Santo Evangelio os llamásteis Esposo, y no sé si jamás habéis tomado título más tierno. ¡Oh Corazón Sacratísimo! ¿Esposo Vos de tan sucia y hedion-

da criatura? ¡¡Bendito seais!! Mi corazón quiere estallar al amor y al agradecimiento que esa palabra le inspira! Pues sí, mi Dios: yo os escojo entre millares para ser el dulce Esposo de mi alma. Hacedla mansa, humilde, obediente, perfecta imitadora vuestra! Amén.

DIA SEIS.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

*El Corazón de Jesús,
Flor del campo, fruto sublime
de la tierra.*

1. Saluda San Bernardo á las llagas del Señor, como cinco hermosas rosas de celestial fragancia; y al hablar de la del costado le dice: "salve oh dulce herida, cual la rosa rubi-

cunda, oficina donde se fabrica la medicina que cura nuestras llagas!"

"El Corazón de Jesús dentro de la sagrada herida del Costado, es una flor nacarada de divinos perfumes, de cuyo jugo sangriento se forma el bálsamo que alivia todos nuestros dolores y cicatriza todas nuestras llagas. Acudamos á El para sanar de las mortales dolencias de nuestra alma.

2. Fruto sublime de la tierra, llamó á Jesucristo un profeta (Isai. IV, 2) porque jamás ha producido fruto más excelente y elevado. Y como en el fruto, lo de dentro es lo más gustoso y apetecible, así en el Señor, el Corazón que dentro lleva, es lo más agradable á nuestras almas, y lo que más apetecen nuestros corazones. Y pues el fruto está muy alto en el árbol de la cruz, digamos como

en la Escritura: "yo subiré á la palma y cogeré su fruto." (Cant. VII, 8.) Muchas veces meditaré en la crucifixión de mi dueño adorado, para lograr el fruto de su preciosísimo Corazón.

Práctica. Pedir por los gobiernos eclesiásticos y civiles.

Oración.

"Yo, flor del campo y lirio de los valles," dice el Señor en su Escritura, (Cant. II, 1) y San Ambrosio advierte, que así como la flor del campo, pisoteada y estrujada derrama más su aroma, así Jesús sobre la cruz, hecho el oprobio de los hombres y la abyección del pueblo, dió más ejemplos de virtudes. Y así, Señor, vuestro costado herido es una rosa rubicunda, y vuestro herido Cora-

zón una flor patente á todos, que á todos se ofrece, á todos deleita y á todos embalsama. Sois el fruto sublime de la tierra, que nada ha producido más grande, más bello, más elevado y más precioso que ese Corazón divinísimo, delicia de los ángeles y consuelo del mundo. ¡Que te ame yo, flor de mi vida! que te guste yo, fruto dulcísimo, para que cada día sea más tuyo, y algún día te goce eternamente! Amén.

DIA SIETE.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

El Corazón de Jesús es nuestro Guía.

1. "De tí, oh Belén, decía un profeta (Mich. V, 2) y lo aplica el evangelio (Math. II, 6) de tí saldrá el

en la Escritura: "yo subiré á la palma y cogeré su fruto." (Cant. VII, 8.) Muchas veces meditaré en la crucifixión de mi dueño adorado, para lograr el fruto de su preciosísimo Corazón.

Práctica. Pedir por los gobiernos eclesiásticos y civiles.

Oración.

"Yo, flor del campo y lirio de los valles," dice el Señor en su Escritura, (Cant. II, 1) y San Ambrosio advierte, que así como la flor del campo, pisoteada y estrujada derrama más su aroma, así Jesús sobre la cruz, hecho el oprobio de los hombres y la abyección del pueblo, dió más ejemplos de virtudes. Y así, Señor, vuestro costado herido es una rosa rubicunda, y vuestro herido Cora-

zón una flor patente á todos, que á todos se ofrece, á todos deleita y á todos embalsama. Sois el fruto sublime de la tierra, que nada ha producido más grande, más bello, más elevado y más precioso que ese Corazón divinísimo, delicia de los ángeles y consuelo del mundo. ¡Que te ame yo, flor de mi vida! que te guste yo, fruto dulcísimo, para que cada día sea más tuyo, y algún día te goce eternamente! Amén.

DIA SIETE.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

El Corazón de Jesús es nuestro Guía.

1. "De tí, oh Belén, decía un profeta (Mich. V, 2) y lo aplica el evangelio (Math. II, 6) de tí saldrá el

guía ó caudillo, que rija á mi pueblo." Jesús es nuestro guía, y por eso cuando iba á Jerusalén á padecer, dice el evangelista que caminaba delante de sus discípulos, porque quiere ser el primero en el combate como buen caudillo, y el que marcha por delante como guía del laborioso camino de la tribulación. Su Corazón le da aliento, voluntad, hasta ansia porque llegue el momento de su pasión, y en el huerto sudó sangre para enseñarnos á sufrir interiormente para poder adelantar en el camino de la unión con Dios.

2. A El escuchadle, dijo el eterno Padre en el Tabor, (Math. III, 17) y de él dijo su Madre Inmaculada: "haced lo que os dijere." Sigamos, pues, sus pisadas, imitemos sus ejemplos, escuchemos dócilmente sus ins-

piraciones. Jesucristo dijo que es preciso negarse á sí mismo y correr en su seguimiento; y San Pedro dice que el Señor padeció para que sigamos sus huellas ensangrentadas. No corramos ya tras de las vanidades y de las criaturas, que nos arrastran por torcidos senderos al abismo.

Práctica. Pedir por los confesores y directores.

Oración.

Corazón fulgentísimo, que como faro en mares tenebrosos nos guiais en medio de las tempestades de la vida: Vos sois quien nos mostráis los escollos que debemos huir, y el sendero que debemos recorrer; Vos nos dirigís y nos lleváis hasta el puerto de la bienaventuranza. Haced, Señor, que no me guíe yo por las fal-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sas luces del siglo, ni por las luces dudosas de mis propias ideas, sino por la cierta luz de la fe, y por la estrella de la obediencia. Dad luz á mi director para que sepa por donde guiarme; dad luz á todos los confesores; dadles, (como lo habéis prometido,) á los devotos de vuestro divino Corazón, una unción santa, unas palabras eficaces para mover á los pecadores y encender á los justos. Sed guía constante de la Iglesia que en Vos pone los ojos angustiada.

DIA OCHO.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.

Meditación.

El Corazón de Jesús huerto cerrado.

1. El Paraíso ó huerto de delicias formado por Dios en la tierra, y el huerto de que se habla en los Cánticos (IV, 16.—V, 1) figura son del Corazón de Jesús: pues en él se hallan variedad de flores de fervientes afectos, botones de ardientes deseos, frutos de celestiales virtudes: la azucena de la pureza, el lirio del candor, la violeta de la humildad, la rosa de la caridad, y las flores de todas las virtudes allí florecen en toda su belleza y lozanía. El mismo Salvador mostró á su sierva la bienaventurada

Margarita María su sagrado Corazón, como un jardín delicioso lleno de hermosas flores instándole á coger las que quisiese. También á nosotros nos convida diciéndonos: "Aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón." Ojalá y fijemos nuestra mirada en este paraíso de delicias, y no salgamos de él jamás.

2. También el alma debe ser un huerto cerrado al viento de las tentaciones; y hermosado con flores y frutos, y regado todos los días con el agua de la oración. Así podremos invitar al Señor como la esposa de los Cánticos, diciéndole: "Venga mi amado á su huerto, y coma los frutos de sus manzanos." (Cant. V, 1) Es nuestra alma huerto suyo, porque lo plantó con su diestra desde el bautismo, lo fortaleció con cercado en

la confirmación, y lo riega de continuo con su sangre preciosa en la comunión. Y que en medio de él florezca como rosa rubicunda y hermosísima su divino Corazón, que allí viva y reine y tenga sus delicias.

Práctica. Rogar por los agonizantes.

Oración.

Señor, Vos sois el huerto cerrado de las delicias eternas; en Vos los santos se han encerrado para embalsamarse con el aroma de vuestras preciosas flores; es decir, para contemplar vuestras virtudes é inspirarse en vuestros nobles sentimientos. Dejame encerrar dentro de Vos, y admirar vuestra belleza, admirar vuestras perfecciones, y estudiar vuestras virtudes. Feliz el que se encierra en

este huerto de delicias! Ni los huracanes de las pasiones, ni el polvo de los negocios mundanos le tocarán! ¡Amor mío! encerrado en Vos quiero vivir y morir. En Vos quiero entregar mi último suspiro!

DIA NUEVE.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

El Corazón de Jesús, Imán de los corazones.

1. El alma dice al Señor: "Tráeme, y tras de tí correremos al olor de tus perfumes," (Cant. I, 3) y parece que condescendiendo á este deseo, Jesucristo ha respondido: "Con caridad perpetua te he amado yo, por eso te he atraído compadecido de tí. (Jer. XXXI, 3.)

Jesús es un Imán que atrae los corazones, y así como esa piedra, por una virtud íntima que Dios le dió, atrae los objetos de hierro, así el Salvador, por la virtud secreta de su divino Corazón, se une á sí á las almas, y desde la cruz, donde fué abierto con la lanza, cumple lo que antes había dicho: "Cuando yo fuere levantado de la tierra, todo lo atraeré hacia mí." (Joan. XII, 32.)

2. No sólo el imán tiene la virtud de atraer, sino también la comunica al acero, imanándole con su contacto, y haciéndole igualmente atractivo. Y así, por eso dice la esposa, "atráeme, que tras de tí correremos;" porque atraída ella por su íntimo contacto con el Imán divino, se llena de amor y de celo, y hácese también un centro de atracción, y como

un acero imanado que atrae otros corazones, los que juntos corren á unirse con el Imán divino, en el suavísimo Corazón de Jesucristo. Pidamos con instancia al Señor, que nos arranque de los apegos terrenales, y que con divina virtud nos atraiga fuertemente á su sacratísimo Corazón, y nos comunique el atractivo del cielo, para traerle muchas almas que le amen y le sirvan.

Práctica. Procurar atraer á una alma siquiera, al Corazón de Jesús.

Oración.

Nada pudisteis hacer mejor para atraer nuestros corazones, que enseñarnos el vuestro, divino Salvador mío, y convidarnos á morar en su herida, y presentárnoslo coronado de espinas y cargado con la cruz de

nuestras ingratitudes. Vos mismo dijisteis á vuestra sierva, que al darnos ese Corazón santísimo, hacíais como el último esfuerzo de amor y misericordia para la salvación del mundo. Atraedme, pues, á Vos, Imán divinísimo; arrancadme de los lazos de las criaturas; haced que no me sustraiga nunca á vuestra poderosa atracción; sino antes, como el acero á quien el imán comunica sus cualidades, atraído y por Vos, sepa atraer millares de almas á vuestro divino servicio! Amén.

DIA DIEZ.

Acto de contrición.—Oración preparatoria
Meditación.

*El Corazón de Jesús, nuestro Justo
y nuestro Juez.*

1. “Tenemos por abogado á Jesucristo el Justo,” ha dicho el evangelista San Juan, y nuestro Salvador es el justo por excelencia, el que no conoció el pecado, aunque por nosotros se hizo como el pecado mismo, según dice San Pablo. Y este justo, no lo es para sí, sino que se llama y es, el Justo nuestro. (Jer. XXIII, 6) así como es el Dios nuestro, el Refugio nuestro, el Salvador nuestro y la Esperanza nuestra. Pidámosle el participar de su

justicia, y el poder llamar también á su santísimo Corazón, el Corazón nuestro, que nos justifique, nos encienda, nos acoja benigno, para que en él morando, podamos decir como el Santo Job: “En este mi nido moriré.” (Job. XXIX, 18.)

2. Jesucristo es nuestro Juez; hasta en el mismo himno de acción de gracias, en el *Te Deum* le decimos: “creemos que como juez has de venir,” y no hay cosa que la Iglesia quiera tengamos más presente que el juicio del Señor, poniendo muchas veces al año en la Misa el evangelio que habla de la venida del Señor á juzgarnos, y de las señales terribles que precederán á su juicio. Pero es gran confianza el haber de tener por Juez á nuestro Padre, á nuestro hermano y nuestro amigo; y el saber

que su Corazón nos ama, nos perdona y nos quiere salvar.

Y por eso, antes de juzgarnos, al morir, quiere visitarnos en nuestra misma casa, para darnos con el último abrazo, la prenda del perdón y la paz. Agradecemos al divino Corazón esta estupenda fineza, pidiéndole, como la Iglesia en el día de Navidad, que, "al que alegres recibimos como redentor, seguros le miremos venir como Juez."

Práctica. Hacer una buena confesión, por lo menos la general, delante del Corazón de Jesús herido en la cruz.

Oración.

Salvador mío, Vos sois el justo por excelencia, y vuestro justísimo Corazón, compensa con sus virtudes

nuestras iniquidades, aplaca la justicia divina y detiene los castigos merecidos. Sois nuestro Juez, justísimo, sí, pero ahora misericordiosísimo, que oye nuestros ruegos, y está pronto á perdonarnos en la Penitencia, para no tener que juzgarnos después. ¡Bendito sea tanto amor! Haced que nos juzguemos ahora á nosotros mismos, para no ser después por Vos rigurosamente juzgados. Haced que no queramos juzgar antes de tiempo á nuestros hermanos, para no atraernos un juicio más severo. Dictad para nosotros, Corazón misericordiosísimo, un juicio favorable, para que cuando el Señor venga á juzgarnos, no quiera condenarnos, sino, clemente y bondadoso, salvarnos y llevarnos á la luz de su gloria. Amén.

DIA ONCE.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

El Corazón de Jesús, Luz de las almas.

1. El evangelista San Juan varias veces llama á Jesucristo luz, luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; y la Iglesia en el credo de la Misa, dice del Señor que es luz de luz, y Dios verdadero de Dios verdadero. El Verbo salió del eterno Padre como luz de luz, y Jesús del seno de su Inmaculada Madre, como el rayo de la estrella, sin disminuir en lo más mínimo su claridad, como dice San Bernardo. Y así, nuestro divino Re-

dentor es luz en su generación eterna, luz en su nacimiento temporal, y también luz en el templo entre los doctores, luz en la predicación del evangelio, luz cándida en el Tabor, y luz inextinguible en la resurrección y en la gloria.

2. El Corazón de Jesús quiso aparecer y ser representado como el centro de vivas llamas. Y como la llama, siendo pura, no sólo calienta, sino también ilumina, de aquí es que el divino Corazón alumbra nuestras inteligencias al mismo paso que enciende los corazones. Y así como en la Eucaristía, el pan que se nos ministra se llama pan de vida y de entendimiento, porque da al mismo tiempo vida al corazón, y luz á la inteligencia; así el sacratísimo Corazón que reside en ese augusto mis-

terio, es llama de amor que calienta las almas y llama de luz que alumbrá las mentes. Pidamos que ejerza en nosotros estas dos acciones saludables, calentarnos y alumbrarnos, ó como dice la Iglesia, revestirnos por fuera con la luz de sus virtudes, é inflamarnos per dentro con el incendio de sus afectos, para que conformes á la imagen de su bondad, merezcamos participar de su copiosa redención.

Práctica. Pedir por los pecadores impuros que cubren la faz de la tierra, y la llenan de hedor é inmundicia.

Oración.

Vos sois, Señor, en el adorable Sacramento, la luz que ilumina á todos los hombres; el Demonio nos llena

de las tinieblas del error, de la soberbia y de la desesperación; y Vos, con vuestras claras llamas nos enseñáis á desbaratarlas con la fe, la humildad y la confianza; el mundo nos engaña con máximas tenebrosas y falsas, y Vos nos alumbráis para que huuyamos sus emboscadas; la carne nos precipita en las tinieblas de la impureza, que tanto ciega, y Vos nos enseñáis la blanca pureza, la resplandeciente castidad que alumbrá al alma santificando el cuerpo. ¡Bendito seáis, Corazón lucidísimo; alumbrad mi camino, descubridme las sendas de mis enemigos, guiadme felizmente al puerto de la felicidad eterna! Amén.

DIA DOCE.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.

Meditación.

El Corazón de Jesús, Médico saludable.

1. Cuando Jesucristo dijo que no había venido á llamar á los justos, sino á los pecadores, y que no necesitaban de médico los sanos sino los enfermos, por lo mismo quiso llamarse á sí mismo el médico de las almas, y todas las enfermedades del cuerpo que sanaba á su paso, eran simbolo de las que venia á sanar en las almas. Así la fiebre es la impureza; la hidropesía, la envidia; la ceguera, es la herejía; la parálisis, la pereza. Y entre los oficios del Salvador que anunciaba el profeta Isaias, uno es

el sanar á los de corazón quebrantado, es decir, herido, enfermo, oprimido y atribulado. De suerte que en todas las penas, llagas y enfermedades de nuestra alma, Jesucristo viene á curarnos, ya con la medicina de sus maravillosas palabras, ya con el bálsamo de su preciosísima sangre. El médico da remedios que curan, que limpian, que nutren, que alivian, y el Señor con su sangre, lava nuestras manchas, limpia nuestras culpas, nutre nuestra flaqueza y alivia nuestros males.

2. Pero si la sangre de Jesucristo es el remedio de nuestras espirituales dolencias, ¿cuál es la oficina donde este remedio se elabora? ¿cuál el vaso maravilloso en que este bálsamo se destila y se guarda? Sabido es que la sangre se forma en el co-

razón: de él parte, y á él vüelve; allí se purifica y se enciende. Y así, el Corazón de Jesús, es la oficina de nuestra salud, el vaso maravilloso de nuestro remedio, el médico sapientísimo y amorosísimo que quiere y puede curarnos, nó con menor remedio que con su sangre divina; y nó sangrando él al enfermo y quemándolo con hierros ardientes, como los médicos del cuerpo; sino recibiendo él la herida y el dolor para que nosotros recibamos la salud, y consumiéndose él en vivas llamas para que nosotros respiremos libremente, sufriendo él el cauterio, y nosotros aprovechando el remedio. Pidamos á tan bondadoso Corazón la curación de todas las dolencias y llagas del nuestro.

Práctica. Rogar por los enfermos,

especialmente por los de males dilatados.

Oración.

Siendo tan llagados y heridos por el pecado y sus efectos, Vos habéis querido amorosamente curarnos, oh Médico divino! y de vuestro dulcísimo Corazón habéis sacado los remedios para todas nuestras dolencias; la preciosa sangre que en él se elabora, es la que nos cura en la Penitencia, y nos alimenta en la Eucaristía, y nos da la fe en el Bautismo, y el valor en la Confirmación, y en la última Unción la fortaleza. Curad mi soberbia, oh Médico divino! refrigerad la fiebre de mis pasiones, reanimad mis fuerzas tan postradas; dadme salud, vigor, alegría y contentamiento perdurable. Amén.

DIA TRECE.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

El Corazón de Jesús, Mina riquísima.

1. De Jesucristo nuestro adorable Salvador dice San Juan, que “de su plenitud recibimos todos,” (Joan. I, 16) porque así como una mina de ricos metales, enriquece no sólo á individuos y familias, sino á pueblos enteros, así en el Verbo humanado están depositados los tesoros de Dios: de él es la tierra y toda su plenitud: él es, al decir de San Pablo, el heredero de todas las cosas, constituido por el Padre, (Hebr. I, 2) y la redención, que es la fuente y como la mina de todas las riquezas de la gra-

cia, la tiene en su mano, copiosa, como canta David. Es cierto como dice también el Apóstol, que siendo el Señor, rico, por nosotros se hizo pobre y necesitado; pero precisamente se hizo pobre para enriquecernos, así como se abajó para levantarnos y se hizo flaco para curarnos, y siervo para redimirnos. Aprovechemos tan gran liberalidad y riqueza.

2. Como en las minas lo más recóndito y profundo y entrañado suele ser lo más rico y abundante, así en nuestro divino Salvador, lo más rico y lo más precioso es su adorable Corazón: arca colmada de tesoros inestimables, minero de gracias y celestiales dones; de allí podemos sacar con sólo introducirnos en su seno, todo cuanto necesitamos, sin más que buscarlo para que salga á nues-

tro encuentro, y llamar á sus puertas para que nos abra, y pedirlo con confianza para recibir sus favores. Si somos pobres y necesitados, la culpa es nuestra, puesto que tenemos en el herido Corazón de Jesús, una mina perforada por la boca de su costado, y siempre patente, y siempre abierta, convidándonos con sus sagrados tesoros. Entremos, entremos en este lugar de celestiales riquezas, y entremos llenos de santa avidez, pues á los que tienen esta hambre, (como dice la Reina de los ángeles en su cántico), es á los que el Señor colmó de bienes, dejando vacíos á los ricos.

Práctica. Repetir muchos y ardientes actos de amor á Nuestro Señor.

Oración.

Si el oro es la caridad para con Dios, y la plata la caridad para con el prójimo, Vos sois, divino Corazón, la mina rica é inagotable de donde podemos tomar cuanto necesitamos; pero es menester entrar dentro de Vos, y vivir en vuestro seno como el obrero de las minas; es preciso poco á poco y con trabajo irnos haciendo dueños de vuestros tesoros. Abrios, oh Corazón generosísimo! proveednos de ese amor que tanto nos falta, para que ricos con vuestra riqueza, aparezcamos hermosos delante de vuestro Padre celestial con las inestimables joyas de la santa dilección. Amén.

DIA CATORCE.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.

Meditación.

*El Corazón de Jesús, Modelo
del nuestro.*

1. Nuestro divino Salvador, no sólo vino á enseñarnos con su predicación y su doctrina, sino también con su vida y ejemplo; y así, si Dios mandó escuchar sus palabras cuando dijo: "á El escuchad." (Math. XVII, 5) su santísima Madre recomendó también hacer lo que El mandase. Y por eso se dice igualmente en los libros santos que Jesús comenzó á hacer y enseñar, es decir á dejarnos ejemplo que imitar con sus acciones, y preceptos que escuchar

con su doctrina. Es, pues, el Señor nuestro modelo al que debemos siempre atender é imitar, como El mismo nos lo recomienda diciendo: el que quiera ser mi discípulo, tome su cruz, y sigame; y al que le preguntaba qué haría para salvarse; también le dijo: "ven y sígueme" (Luc. XVIII, 22.) Y el Príncipe de los apóstoles insiste también en que debemos seguir las huellas del Salvador que para esto quiso padecer, para dejarnos ejemplo. Y San Pablo declara que los predestinados deben ser conformes á la imagen del Hijo de Dios (Rom. VIII, 29.) Jesucristo es, pues, nuestro modelo.

2. Pero especialmente ha querido El mismo poner por modelo su santísimo Corazón cuando ha dicho: "Aprended de mí que soy manso

y humilde de corazón." (Math. XI, 29).

En esta vida, y en medio de los hombres, nada necesitamos tanto como la mansedumbre y la humildad: el prójimo, ya por malicia, ya por pura flaqueza, nos es motivo de muchos sufrimientos: si le toleramos con mansedumbre, y humildemente le tenemos paciencia, con sólo esto tendremos para salvarnos. Y por esto el Corazón de Jesús se nos propone por modelo de humildad y mansedumbre, aunque El es ejemplar de todas las virtudes. Manso con la pecadora Magdalena, manso con la Samaritana, mansísimo con la adúltera, manso y muy manso con el criado que le abofetea, y con los verdugos que le crucifican, y con los fariseos que lo escarnecen. Imitemos á

este divino Corazón modelo de todas las virtudes y como el amor hace fácil y hasta incansable la imitación del amado, encendámonos en amor suyo y así le imitaremos fácilmente.

Práctica. Pensar, si tenemos enemigos, como está nuestro corazón para con ellos, y con todo él, perdonarlos.

Oración.

Mira y haz conforme el ejemplar que en el monte se te ha mostrado, dice la divina Escritura. (Act. VII. 44) y ese monte es el Calvario, y ese modelo sois Vos, Salvador mío; es vuestro benignísimo Corazón, gimiendo de angustia, perdonando al ladrón, rogando por vuestros enemigos, y dejándonos en vuestra Madre,

el legado más rico y precioso. Haced que os imitemos, rogando por nuestros enemigos, llorando nuestros pecados, y amando cada día más á Maria nuestra Madre.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

DIA QUINCE.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.

Meditación.

El Corazón de Jesús, Nido de amor.

1. ¿Quién podrá fiarse del que no tiene un nido, sino que pernocta donde se le oscurece, y anda vagabundo de tierra en tierra? pregunta Salomón; (Ecl. XXXVI. 28) y en otro pasaje dice: "el que cambia su lugar es como el ave que transmigra de su nido." (Prov. XXVII. 8.) Y así, el alma necesita como las aves, de un

nido donde morar, donde descansar, donde guarecerse y defenderse, para no andar vagueando de lugar en lugar, de criatura en criatura, ó como si dijéramos, de miseria en miseria; y este lugar de descanso, esta morada, este nido, no puede ser otro que el Señor que nos abriga, nos protege y nos recrea. Y así como el ave en las tempestades huye y se acoge á su nido para libertarse de sus furores, y no verse arrebatada por los vientos, así el alma en las tentaciones y en los penas de la vida se acoge al Señor, y bajo su protección se esconde y se coloca para librarse de la tormenta.

2. Mas así como el nido suele encontrarse en lo más interno y secreto del árbol, así podemos decir muy bien que el nido del alma es el sa-

cratísimo Corazón de Jesús, escondido dentro de su pecho, pero al cual penetra el ave á esconderse por el claro y abertura del herido costado. "Encontró el pájaro una guarida y la tórtola un nido donde poner sus polluelos." (Psalm. LXXXIII. 4). El alma que gime por el dolor de sus pecados, y por la ausencia del Señor, es la tórtola, que nunca hace oír mejor su voz que cuando mora en su nido caliente y suave del Corazón de Jesucristo, y allí fomenta y nutre sus deseos, y allí guarda sus aspiraciones hasta que crezcan y sepan volar á las alturas. ¡Qué dulce es esta meditación, y cómo inspira amor, y confianza y agradecimiento! En el nido precioso de ese divino Corazón quiero dormir, y llorar, y morar toda mi vida, y como el Santo Job,

de su casa decía, así digo yo de esta mía, "que en mi nidito quiero morir para multiplicar mis días como la palma," pues si ella vive mil años, yo viviré para siempre en la patria celestial.

Práctica. Gemir como tórtola ante el Santísimo Sacramento, por nuestros pecados é ingraticudes.

Oración.

Mi corazón halló un nido donde poner sus polluelos, dice el Salmo; y ese nido dulce, abrigado, seguro, caliente, firme y resguardado, es, Señor, vuestro amorosísimo Corazón. Allí ponemos nuestros deseos para que salgan á luz y se conviertan en obras de vuestro servicio; allí nos escondemos de los buitres del infierno; allí nos guarecemos de las tem-

pestades del alma; allí nos libertamos de los tiros del mundo; allí nos calentamos al calor de vuestras llamas. Y ese nido está en vuestros altares; oh Dios de las virtudes! como añade el Salmista; ese nido sois Vos, Rey mío y Dios mío! Que yo os ame; que os busque; que en Vos me esconda; que en Vos viva y que en Vos muera dulcemente! Amén.

DIA DIEZ Y SEIS.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.

Meditación.

El Corazón de Jesús, Ornamento de la Iglesia.

1. Anunciado estaba por el profeta Isaias, que la Iglesia se llenaría de hijos por la conversión de los

gentiles, y que se vestiría de ellos como de ornamento; y que como á una esposa la rodearian. (Isai. XLIX. 18). Pero si el Señor se digna mirarnos como ornamento de su esposa la Iglesia, nosotros también lo miramos á El como al glorioso ornamento, la hermosura, el decoro de la Iglesia. La flor es el ornamento de los campos, los árboles son el ornato de las montañas; los arroyos el adorno de los prados, las lucientes nubes el adorno de los cielos, las estrellas el ornato del firmamento; pues Jesús es el jardín de flores, el río de las gracias, el árbol del manzano, la nube de protección, la estrella matutina y el más precioso ornamento de la Iglesia y del mundo. Por eso un profeta dice, que el pan de los fuertes y el vino de las virge-

nes, es lo bueno y lo hermoso de la Iglesia; porque ese pan oculta á Jesucristo, "hermoso en su forma sobre todos los hijos de los hombres," y en él "están escondidos todos los tesoros de la ciencia y sabiduría." (Colos. II. 3). Adornemos con tan rico ornamento nuestro pecho, imitando á la esposa, que en medio del suyo lo llevaba como hermoso manojito de flores.

2. Una litera ó carroza, hizo para sí el Rey Salomón; adornóla con columnas de plata, el asiento de oro, y lo de en medio lo adornó de caridad, por las hijas de Jerusalén. (Cant. III. 9, 10). El cuerpo adorable del Salvador, es como el vehículo de su divinidad, su carne es la plata, su alma es el oro, y lo de en medio es su divino Corazón, encendido en llamas

de caridad por las hijas de la Iglesia. Y por eso dice también el texto, que la subida ó entrada, era de púrpura; porque la entrada al amoroso Corazón de Jesús, es la herida del sagrado Costado, cubierta con la púrpura de su preciosa sangre. Y en esta rica y hermosa litera, miremos el hermosísimo Corazón de nuestro Salvador, que es aquí, más que Salomón, y que es el más bello, glorioso y rico adorno de su Iglesia y de nuestro pobre corazón. Traigamos siempre su Imagen en el pecho, su alabanza en nuestra boca, su amor en nuestra alma; no rehusemos subir hasta el medio de su caridad por las gradas de púrpura del sufrimiento y los trabajos, pues otra puerta no se encuentra; y "conviene, (dice la Escritura), que por muchas tribu-

laciones entremos al reino de Dios.”
(Act. XIV. 21.)

Práctica. Llevar consigo el escapulario, medalla ó escudo del Sagrado Corazón.

Oración.

Si el amor es el que todo lo domina, y el más noble de los sentimientos, y lo que Dios más nos pide: ¡cuán noble, cuán precioso, cuán estimable sereis Vos, Corazón ardentísimo, fuente del amor más puro, del más generoso y desinteresado! Por eso sois el encanto de los cielos, el tesoro del mundo, el más brillante ornamento de la Iglesia. Adornadme, Corazón Sagrado; quiero traer vuestra Imagen sobre mi pecho, y vuestro amor en lo más hondo de mi alma, para que Vos encu-

brais su fealdad, y el Padre me mire aun con delicia, viéndoos á Vos, que sois todas las suyas, en medio de mi pobre corazón. Amén.

DIA DIEZ Y SIETE.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

El Corazón de Jesús, Paraíso de deleites.

1. Sabido es cómo nuestro Señor colocó á nuestros primeros padres en un paraíso de deleites. Su hermosura era incomparable, y apenas podemos formarnos una idea exacta de aquel lugar: basta saber que era figura del cielo, y que encerraba todas las delicias apetecibles. Ese jardín amenísimo y cuanto El contenía

eran figura de Jesucristo: él era el árbol de la vida que la dá á todos los que comen su carne y beben su sangre. El era la fuente maravillosa que de en medio ascendía y regaba toda la tierra. Mas por desgracia Adán y Eva desobedecieron, y uno de sus castigos fué el ser arrojados para siempre de aquel lugar de delicias y amena hermosura.

2. Mas, si la espada de un ángel tenía la puerta del paraíso cerrada y defendida, la lanza de un hombre nos abrió la puerta de otro paraíso mejor: el Corazón de Jesús es un paraíso de delicias, pues que en él tiene el eterno Padre sus complacencias: es el árbol de la vida que produce y nos presenta frutos suavísimos de virtudes; es la fuente copiosísima que con las aguas de su gra-

cia riega toda la tierra. Y ese paraíso no está nunca cerrado; pues desde que la lanza de un soldado, como llave de oro, nos abrió en el costado del Señor una ancha puerta, nunca ha vuelto á cerrarse, y aunque herida en cuerpo mortal y aun en cuerpo muerto, Dios ha querido conservarla abierta en su carne inmortal y gloriosa allá en el cielo, para que tengamos una mansión siempre dispuesta. Es una devoción tierna y provechosa la de entrar en espíritu todos los días á la hora de la lanzada al Sagrado Corazón con todas las almas que allí concurren amándole, adorándole y desagraviándole. Se lee del conde San Elzeario que estando en el ejército escribía á Santa Delfina su esposa: si quieres verme, entra al Corazón de Jesús,

entra en él y allí, seguramente me encontrarás. ¡Oh y qué cita tan solemne! qué lugar tan delicioso! ¿Y quién nos impide imitar á estos dos santos consortes?

Práctica. En los huertos, bosques y jardines, elevar la mente á contemplar al Corazón de Jesús como á paraíso de delicias.

Oración.

Plantó Dios el paraíso en medio de la tierra, para habitación de nuestros primeros padres, y plantó el Corazón de su Unigénito Hijo en medio de la Iglesia para morada de los fieles. ¡Oh Corazón divinísimo! En Vos se encuentran las flores de las virtudes, los árboles y frutos de las gracias más exquisitas. En Vos vendré á reposar como ave fati-

gada en jardín delicioso: aquí viviré, aquí descansaré, aquí me esconderé del mundo que me persigue, y bajo de esta fresca sombra mitigaré los fuegos de la concupiscencia que me abochornan. Corazón de mi Jesús, Vos sois mi paraíso en el tiempo y en la eternidad! Amén.

DIA DIEZ Y OCHO.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

*El Corazón de Jesús, Pelicano
en la Soledad.*

1. Semejante me he hecho al pelicano en la soledad, se dice en un salmo: (Psalm. CI. 7.) y muy bien podemos ponerlo en boca de Jesucristo, pues los santos Gregorio y Agus-

tino así lo ponen. Del pelicano se dice que sus hijuelos lo hieren y él los alimenta con su misma sangre. ¿Cómo no ver en ello figurado á Cristo, herido por nuestros pecados y quebrantado por nuestras maldades, como dice un profeta, (Isai. LIII. 5) y no obstante, perdonándonos y bañándonos con su sangre. Dicen también que es el pelicano una ave amorosísima con sus hijos, que se abraza en vivas llamas por salvarlos. ¿Y quién más amoroso que el Corazón de Jesús, que arde siempre en vivas llamas de amor para con nosotros y que nos alimenta en la mesa eucarística con su mismo cuerpo y sangre?

2. Pero el Salmo habla de la soledad. "Semejante al pelicano en soledad;" y más adelante añade: "Como el pájaro solitario en el tejado."

El Corazón de Jesús se queja de la soledad en que le dejamos en nuestros templos, del abandono en que allí se encuentra en días enteros, cuando las casas, y las calles, las plazas y los paseos están siempre concurridos, y los amigos y los parientes unos á otros se visitan á menudo. Desagraviemos al divino Corazón, de este ingrato é indigno olvido, y seamos más amantes de visitarlo y de hacerle compañía. El es nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo: ¿no son bastantes estos dulces títulos, para llevarnos á su lado, y obligarnos á hacerle gustosa compañía?

Práctica. Visitar al Santísimo Sacramento á las horas de siesta, que son las de su mayor soledad.

Oración.

Del pelicano se cuenta que rompe su pecho para alimentar á sus polluelos con la sangre de sus venas. ¿Y no sois Vos, Corazón amorosísimo, el que os habeis dejado romper en la cruz con la lanza del soldado, para dejar salir aquella sangre y agua misteriosa, baño á la vez y bebida, refrigerio y medicina, remedio y convite regalado? ¡Qué entre yo en Vos, oh Corazón amante, que en Vos me lave, que viva con vuestra vida, que respire vuestros perfumes, que me alimente cada día con vuestra carne y sangre adorable! Y que no rasgue yo con nuevas culpas vuestro sacrosanto Costado! Amén.

DIA DIEZ Y NUEVE.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

*El Corazón de Jesús,
Primero y último, Principio y fin.*

“En el principio crió Dios el cielo y la tierra.” comienza el primer libro sagrado, y San Agustín cree que es lo mismo decir que en el Verbo crió Dios todas las cosas. Y conviene con lo que dice San Juan en su evangelio, que por el Verbo fueron hechas todas las cosas, y que sin El nada fué hecho. Así, Jesucristo, Verbo hecho carne, es el principio de la creación, y el primogénito salido de la boca del Altísimo, y San Pablo le llama el Primogénito, es decir el primero entre sus hermanos.

Es también el primogénito de los resucitados, y el primogénito de los escogidos; y por eso dice, que en la cabeza del libro, de El es de quien está escrito. (Ps. XXXIX. 8) Debe ser, pues, el primero en nuestros pensamientos, el primero en nuestras operaciones, el primero en nuestras intenciones, el primero en nuestro amor y en nuestras esperanzas.

2. Pero no sólo es el primero, sino también el último, no sólo el principio, sino también el fin. Hacía el fin de los tiempos, como lo reveló á la bienaventurada Margarita, quiso hacer como el último esfuerzo de su amor en la manifestación á los hombres de su Corazón divino, para que al menos al último, y como al fin le amáramos, y correspondiéramos con la entera donación de

nuestro pobre corazón, las finezas del suyo. Quiere á lo último de las edades, inflamar nuestra resfriada caridad: quiere que así como su Corazón, al fin señaladamente nos amó, así, siquiera hacia el fin de nuestra vida nos esmeremos en corresponderle. Así, si no ha sido el Dios de nuestra juventud, que lo sea siquiera de nuestra madurez; si no hemos madrugado por la mañana á El con David, á lo menos oigamos su voz como los obreros de la última hora. Si por nosotros se hizo el último de los hombres, sea para nosotros el primero en nuestros afectos, y su nombre y su Corazón nuestra última invocación y nuestra postrera esperanza.

Práctica. Enderezar al Corazón de Jesús nuestras obras, intenciones y afectos.

Oración.

Vos mismo, Señor, dijisteis al discípulo amado: "Yo soy el primero y el último, el principio y el fin." (Apoc. XXII. 3.) Y esto corresponde admirablemente á vuestro divino Corazón. El es el principio de toda vida; el principio de toda gracia y bendición, y también el fin de toda criatura, el fin de todo el culto, el blanco de todo nuestro amor. Es el primero en todas las humillaciones, en las penas, en el celo de nuestro bien; pero le hacemos el último con nuestros desprecios, agravios é ingraticudes. ¡Oh divinísimo Corazón, sé tú, tú solo el primero en mis afectos, el principio de mi vida, el último en mis recuerdos cuando muera,

y mi fin con Dios por toda la eternidad. Amén.

DIA VEINTE.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

*El Corazón de Jesús,
Propiciatorio
y propiciación por nuestros pecados.*

1. Dice San Juan que Dios envió á su Hijo como propiciación por nuestros pecados; (1. Joan. IV. 10.) y ya antes había dicho que "El es propiciación, no sólo por nuestros pecados, sino por los de todo el mundo." (1. Joan. II. 2.) También había dicho David, que "en el Señor está la propiciación, (Psalm. CXXIX. 4.) y el Eclesiástico exclama: "¡Cuán

Oración.

Vos mismo, Señor, dijisteis al discípulo amado: "Yo soy el primero y el último, el principio y el fin." (Apoc. XXII. 3.) Y esto corresponde admirablemente á vuestro divino Corazón. El es el principio de toda vida; el principio de toda gracia y bendición, y también el fin de toda criatura, el fin de todo el culto, el blanco de todo nuestro amor. Es el primero en todas las humillaciones, en las penas, en el celo de nuestro bien; pero le hacemos el último con nuestros desprecios, agravios é ingraticudes. ¡Oh divinísimo Corazón, sé tú, tú solo el primero en mis afectos, el principio de mi vida, el último en mis recuerdos cuando muera,

y mi fin con Dios por toda la eternidad. Amén.

DIA VEINTE.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

*El Corazón de Jesús,
Propiciatorio
y propiciación por nuestros pecados.*

1. Dice San Juan que Dios envió á su Hijo como propiciación por nuestros pecados; (1. Joan. IV. 10.) y ya antes había dicho que "El es propiciación, no sólo por nuestros pecados, sino por los de todo el mundo." (1. Joan. II. 2.) También había dicho David, que "en el Señor está la propiciación, (Psalm. CXXIX. 4.) y el Eclesiástico exclama: "¡Cuán

grande es la misericordia y la propiciación del Señor para los que á El se convierten!" (Eccli. XVII. 28.) Y así, en vez del propiciatorio de oro que cubría el arca de la alianza, Jesucristo fué establecido propiciación por nuestros pecados. Y se junta la grandeza de la misericordia con la propiciación, porque la una es causa de la otra, pues por su gran misericordia se movió á hacerse víctima expiatoria y propiciatoria por todos los pecados, no sólo de cada uno en particular, sino, como dice San Juan, de todos los del mundo.

2. Pero el Apóstol nos advierte también, que "Dios propuso á Jesucristo propiciación por la fe en la sangre de El mismo." (Rom. III. 25.) es decir, que mediante la fe en su sangre derramada en la pasión, par-

ticipamos de su propiciación. Y como la sangre del Señor, en su Corazón se forma, y de allí sale, y desde allí por las venas se reparte, de aquí es que el verdadero propiciatorio, la propiciación por la sangre de Cristo, está y tiene su asiento, en su sacratísimo Corazón, rasgado por la lanza. El es el arca adornada con el propiciatorio, ante el cual, pidiendo, tendremos á Dios siempre propicio y alcanzaremos el perdón de nuestras culpas. Y aunque para nosotros todo es misericordia y procede de la misericordia divina: pero también añade aquí San Pablo, que ello es "para ostentación de su justicia," porque Jesucristo satisfizo plenamente, y aun copiosamente á la justicia de Dios, derramando su sangre en satisfacción del pecado. Así, el Co-

razón de Jesús fué como el teatro donde la misericordia y la verdad se encontraron, y en el que la justicia y la paz se dieron un ósculo, satisfecha la primera, y dada la otra á los hombres de buena voluntad.

Práctica. Pedir el perdón de los pecados, valiéndose del Corazón divino para alcanzarlo.

Oración.

Ante el propiciatorio, brillante lámina de oro purísimo, se prosternaban los israelitas, y alcanzaban de Dios cuanto pedían. Vos sois, ¡oh riquísimo Corazón! el propiciatorio de la ley nueva, brillando con la luz de la verdad, y la fineza de vuestra caridad; pidiendo por vuestro medio alcanzamos de Dios todas las cosas. Vos sois también propiciación por

nuestros pecados, y por los de todo el mundo, porque viéndoos el Padre todo rasgado y herido por nuestro amor, se aplaca y nos perdona. Aplacadle, oh Corazón misericordiosísimo, para que limpios más y más de nuestras culpas, podamos alabaros en la gloria eternamente. Amén.

DIA VEINTIUNO.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

El Corazón de Jesús, Querido del alma.

1. Muchas veces en el Cántico de los cánticos el alma le llama al Señor, su Amado, como cuando dice: "mi amado para mí y yo para El," ó cuando le alaba diciendo: "mi Ama-

do es cándido y rubicundo, escogido entre millares:" ó cuando le convida á su jardín con estas palabras: "Ven- ga mi Amado á su huerto, y coma los frutos de sus manzanos." Mas como amar es el acto de la voluntad que se expresa con la palabra "querer," es muy usado en nuestra lengua, y tiene no sé qué de más tierno y familiar, el decir, en vez de mi amado, mi querido. Y esta expresión denota un amor, no ciego ni caprichoso, sino elegido y á propósito buscado, y querido por la voluntad. Y así, Jesucristo es el Querido de nuestro corazón, buscado, deseado y escogido por nuestra voluntad. Y con David podemos decirle: "Señor, fuera de Vos, ¿qué he querido sobre la tierra? Vos sois mi parte y mi herencia para siempre." (Psalm. LXXII,

25.) Y la palabra dilección, y dilecto, eso quieren decir: amor con elección de la voluntad; amor con querer. Jesucristo, pues, escogido y voluntariamente amado por nosotros, es el Querido de nuestra alma.

2. Mas si lo que se quiere, se busca y se apetece en el amor, es la correspondencia, y el amor se corresponde con otro amor, y el amor sale del corazón, ¿qué otra cosa buscamos queremos y apetecemos del Señor sino su amoroso Corazón? Y, como El nos pide el nuestro con aquella tan sabida expresión de la Escritura: "Hijo mio, dame á mí tu corazón," así nosotros le hemos de pedir que nos dé el suyo: que es el Querido de nuestro corazón: que esa es la habitación que buscamos, y de la que diremos con el real profeta: "esta es

mi morada para siempre, en ella habitaré, porque para eso la he buscado, la he querido y la he escogido." (Psal. CXXXI, 14.) No hay más dulce habitación ni en la tierra ni en el cielo. Demos al Señor nuestro pobre corazón, tan querido y pedido por el suyo, y podremos decir con la esposa santa, "yo soy para mi Querido Jesús, y El es todo para mí, yo soy toda para El, y su vuelta es para mí."

Práctica. Ejercitarnos en actos de amor ferviente, recitando con espacio y devoción alguna de las coronas de amor que para esto hay en los devocionarios.

Oración.

Muchas veces la esposa de los Cánticos os da este tiernísimo título de

querido del alma, y Vos sois, Corazón dulcísimo, aquel á quien nuestra alma busca, aquel á quien quiere con toda la intensidad de su voluntad. Haced que os demos con toda verdad ese título tan dulce; que nada amemos, nada queramos ni estimemos sino á Vos que sois el objeto de las delicias de vuestro Padre celestial. Amén.

DIA VEINTIDOS.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

El Corazón de Jesús, Racimo de cipro.

1. Racimo de cipro se llama en el Cántico á Jesucristo, y algunos doctores dicen que se significa por esa palabra el alcanfor; y esa goma re-

presenta bien al Señor, porque sirve para conservar las telas sin picarse, y se aspira para preservarnos de la peste, y cura los miembros torcidos ó quebrantados. Y Jesucristo en la comunión preserva nuestras almas de la corrupción, y nos liberta de la peste de los vicios y pecados, y viene á sanar, como anunciaba Isaías, "á los que tienen el corazón quebrantado." (Isai.) Pero sobre todo, el alcanfor tiene la propiedad de arder en el agua sin apagarse; y eso nos recuerda lo que del Señor se dice en el Cántico, que "las muchas aguas no pudieron apagar la caridad, ni los mismos ríos la anegarán." (Cant. VIII, 7.) pues ni las aguas de la indiferencia y del olvido, ni los ríos de la impiedad y el sacrilegio, han podido apagar la cari-

dad del Señor en la sagrada Eucaristía.

2. Pero parece más cierto que se llama á Jesucristo, Racimo de uvas de Chipre, que eran grandes, regaladas y producían un vino generoso. Y esto nos recuerda lo que se pone en boca del Señor: "El lagar pisé yo solo, y de las gentes no hay varón conmigo;" (Isai, LCHII, 3.) el lagar era una prensa muy sencilla que venía á ser como una cruz invertida, que del cabo se cogía con las manos, y en los brazos se apoyaban los pies para pisar y exprimir el racimo de la uva con la cabeza de la prensa. Y esto nos hace pensar en el huerto de los olivos, donde Jesús fué oprimido con el inmenso peso de nuestros pecados, y su sagrado Corazón, apretado violentamente, dejó salir su san-

gre por todos los poros de su cuerpo hasta correr por la tierra. Es, pues, su divino Corazón, el Racimo generoso, regalado, rubicundo, que apretado del dolor y del amor, como de las dos maderas de una prensa, derramó para nosotros el vino dulcísimo y confortante de su sangre, que bebemos en la santa Comunión. Acerquémonos á la abertura del Costado, ó á las peñas del huerto, para recoger hasta la última gota de su sangre preciosa, y guardemos en nuestro corazón ese racimo fecundo que nunca se agota, y que siempre nos nutre, y nos alegra y nos alienta.

Práctica. Comulgar, á lo menos espiritualmente, con mucho fervor.

Oración.

Racimo de Cipró os llama la esposa en los Cantares; (1) y así como en la vid, lo más dulce y apetecible y preciado son los racimos, así en Vos, divino Salvador mío, lo más dulce y regalado es vuestro generoso Corazón: su sangre nos alimenta, su herida nos sana, su abertura nos convida. ¡Que beba yo siempre de ese fruto de la vid! ¡que me embriague en ese licor de los cielos, que viva en esa bodega de los sagrados vinos! Así os lo pido, Corazón de mi Salvador, concedédmelo Vos por vuestra amorosa misericordia. Amén.

(1) Cant. I. 13.

DIA VEINTITRES.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.

Meditación.

El Corazón de Jesús. Raíz de David.

1. Es muy propio el símbolo de la raíz para la Encarnación del Señor; porque así como la raíz está oculta, soterrada, invisible y sin belleza, así la Divinidad está como escondida en Jesucristo, oculta bajo el barro de nuestra naturaleza, invisible á los ojos del cuerpo, y afeada en la cruz y en la pasión. Mas así como de la raíz viene toda la lozania de la planta, todo el verdor de las hojas, toda la belleza de las flores, toda la sabrosidad de las frutas, así viene de Jesús toda la savia de la gracia, la eficacia de su protección,

la suavidad de su conversación, la belleza de su dilección, y la incorruptibilidad de su eucarística nutrición. De esta raíz divina viene toda la hermosura, la fecundidad y la excelencia de la Iglesia, y de ella viene también la hermosura del alma, el verdor de la santa esperanza, las flores de los buenos deseos, y la fruta de la caridad y del celo en los corazones. Jesucristo es la raíz sin la cual no podemos dar fruto alguno, ni aun el pensar, como de nosotros, dice San Pablo (2. Cor. III, 5.)

2. El Corazón de Jesús es la raíz de David, ya porque en lo humano, de este santo rey descendió, ya por su infinita mansedumbre, pues el mismo David le decía. "Acuérdate, Señor, de David, y de toda su mansedumbre." (Psalm. CXXXI. 1.) Y pu-

diendo tomar venganza de Saul y de otros enemigos suyos, no quiso hacerlo sino benignamente perdonarlos. Así Jesús, verdadero David, perdonó á sus enemigos y rogó por ellos en la cruz, y El mismo quiso proponernos su divino Corazón, como modelo de humildad y mansedumbre que siempre deberíamos imitar. "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón" (Math. XI, 29.) Y como en la raíz está y de ella sale toda la virtud de la planta, así la humildad y la mansedumbre, para que sean verdaderas y sólidas, no han de ser, en nosotros, proferidas solo con los labios, sino que han de estar radicadas en el corazón y salir de él; y por eso el Corazón mansísimo de Nuestro Señor Jesucristo, se nos propone como ejem-

plar, y como la raíz de la humildad y mansedumbre. ¡Qué manso ha sido para nosotros! ¡Cuánto nos ha sufrido! ¡cuántos pecados nos ha perdonado! Amémosle cada día más en correspondencia, y á su imitación, perdonemos cordialmente á nuestros enemigos, y suframos con cristiana mansedumbre las flaquezas y aun las malicias de nuestros prójimos.

Práctica. Actos de mansedumbre con las personas que repugnan ó molestan.

Oración.

La Iglesia en el tiempo del Adviento os llama Raíz de David, y así como este Santo Profeta decía al Señor, "acuérdate, Señor, de David y de toda su mansedumbre," (1) así

(1) Psalm. CXXXI. 1.

Vos, oh Corazón mansísimo! podeis presentaros sin cesar al Eterno Padre, y decirle: acuérdate del Hijo de Dios, y de su portentosa mansedumbre. Portentosa fué vuestra mansedumbre en los tribunales, admirable en el Pretorio, espantable en el Calvario, inefable en el Sacramento de vuestro amor. Hacedme manso, Jesús mío; dadme amor á mis enemigos, sufrimiento en las injurias y humildad en las afrentas: que escuche yo siempre con atento oído, que conserve con corazón devoto, que practique con ánimo pronto y fervoroso vuestra divina lección: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Amén.

DIA VEINTICUATRO.

Acto de contrición. - Oración preparatoria.
Meditación.

*El Corazón de Jesús, Roca de
fortaleza.*

1. Una de las expresiones de que hace más uso el Santo Rey David para aplicarla al Señor, es la de Roca de fortaleza, porque como en las guerras se halla abrigo tras de una roca para libertarse de los tiros del enemigo, y allí se ponen fuerzas para combatirlo, así en el perpetuo combate de nuestra vida, tras del Señor nos libramos de las asechanzas del demonio, y fortalecidos por él y con él, combatimos con ventaja á nuestros enemigos. San Agustín dice

hermosamente: "si en el campo estamos, es Jesús roca contra los enemigos: si en el mar navegamos, es roca contra el furor de las tempestades; si la lluvia nos sobrecoje, es roca que nos dá guarida; si las espinas de los pecados nos cercan, es roca de refugio para los erizos: en todas partes Jesucristo es la roca viva, fuerte é inexpugnable que nos sigue." Acójámonos pues, en todas nuestras tempestades y tentaciones á esta roca fortísima, y seremos libertados y defendidos.

2. Sedientos en el desierto los israelitas, hirió Moisés una roca con su vara prodigiosa, y al punto brotaron de la dura piedra raudales de agua fresca y cristalina que apaciguaron la sed del pueblo. El Corazón de Jesús es esta roca fuerte aun-

que blanda, que herida por la lanza de uno de los soldados, brotó roja sangre y agua cristalina que embriagan y refrescan, y nutren y corroboran al pueblo cristiano. Es además el Corazón del Salvador aquella roca en cuya abertura desea oír la voz de su amada, porque gusta de escuchar los clamores de nuestra oración, cuando pedimos por virtud de sus sacrosantas llagas y en especial por la herida de su divino costado, y sacro real Corazón. Abriguémosnos bajo esa roca protectora, defendámonos allí de los tiros del enemigo, y moremos en la escondida y dulce caverna de su amorosísimo corazón.

Práctica. Dar ó destruir algún objeto querido como sacrificio al Corazón de Jesús.

Oración.

San Pablo dice que al pueblo de Israel le seguía una piedra, y que la piedra era Cristo. Vos sois, Señor, la roca que herida con la vara de la oración, brota para nosotros las aguas saludables de la gracia. Vos sois la roca en que anidan las águilas reales, las almas fervorosas que os aman á Vos solo, y que se apartan de las cosas terrenas para tener, como San Pablo, su conversación en los cielos. ¡Cuándo seré yo una de estas almas, Amor mío y dueño mío! ¡Cuándo viviré en vuestro Corazón adorable, como en una roca firmísima, sin dárseme nada de las tristes escenas del mundo, ni de los necios amores de las criaturas! Hacedlo, hacedlo Vos, Dueño mío, querido mío, esperanza

mía. Hacedlo Vos, dulce amor de mi alma. Hacedlo Señor! Amén.

DÍA VEINTICINCO.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

*El Corazón de Jesús,
Rey de los corazones.*

1. Parece que no hay cosa en que más insista la santa Escritura que en anunciar, pregonar y declarar el reinado de Jesucristo: "He aquí tu Rey que viene á tí lleno de mansedumbre;" (Math. XXI, 5.) Te pondré como Rey sobre todas las naciones; (Psalm. XLVII, 9.) Las regirás con cetro de hierro: (Psalm. II, 9.) "Salid hijas de Sion á ver al Rey Salomón;" (Cant. III, 11.) "Rey de

Oración.

San Pablo dice que al pueblo de Israel le seguía una piedra, y que la piedra era Cristo. Vos sois, Señor, la roca que herida con la vara de la oración, brota para nosotros las aguas saludables de la gracia. Vos sois la roca en que anidan las águilas reales, las almas fervorosas que os aman á Vos solo, y que se apartan de las cosas terrenas para tener, como San Pablo, su conversación en los cielos. ¡Cuándo seré yo una de estas almas, Amor mío y dueño mío! ¡Cuándo viviré en vuestro Corazón adorable, como en una roca firmísima, sin dárseme nada de las tristes escenas del mundo, ni de los necios amores de las criaturas! Hacedlo, hacedlo Vos, Dueño mío, querido mío, esperanza

mía. Hacedlo Vos, dulce amor de mi alma. Hacedlo Señor! Amén.

DÍA VEINTICINCO.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

*El Corazón de Jesús,
Rey de los corazones.*

1. Parece que no hay cosa en que más insista la santa Escritura que en anunciar, pregonar y declarar el reinado de Jesucristo: "He aquí tu Rey que viene á tí lleno de mansedumbre;" (Math. XXI, 5.) Te pondré como Rey sobre todas las naciones; (Psalm. XLVII, 9.) Las regirás con cetro de hierro: (Psalm. II, 9.) "Salid hijas de Sion á ver al Rey Salomón;" (Cant. III, 11.) "Rey de

los reyes y Señor de los Señores. (Deut. X, 17.) Y Jesucristo se llamó á sí mismo rey, ante Pilatos, y quiso ser preconizado Rey desde la cruz, y recién nacido, los magos preguntaron por el Rey de los judíos. Así es que la Iglesia llama Rey al Señor en los oficios de Corpus, de Todos los Santos y aun el de difuntos. Y no es un rey que gobierna en un rincón de la tierra, sino Rey y Señor de quien es la tierra, y toda su plenitud; ni es Rey cuyo reino acaba con la muerte, sino Rey cuyo reino no verá el fin. Es cierto que hoy los pueblos han dicho como los judíos: "No queremos que este reine sobre nosotros;" pero no por eso alejan su reinado, y á los que no quisieren sujetarse voluntariamente á su gobierno, "como vasos de alfare-

ro los hará pedazos," como dice un Salmo, (Psalm. II, 9:) Digamos al contrario de los judíos: Nosotros sí queremos que este Rey divino reine sobre nosotros: que reine en nuestra alma, en nuestro cuerpo, en nuestros bienes y en todo lo que nos pertenece: que reine sobre nosotros en el tiempo y en la eternidad.

2. Pero el reino de Jesucristo no es de este mundo, no tiene soldados, ni armas, ni tributos que empobrecen, ni leyes que oprimen; su trono es un madero. "Reinó desde el madero un Dios." El madero es el trono de nuestro Rey; trono de dolor y de amor, allí fué donde levantado, todo lo atrajo á sí. Y el cetro y la corona, las dos insignias reales, las tiene sobre su corazón; solo que el cetro es la dura cruz que lleva car-

gada, y la corona no es de oro y piedras preciosas, sino de junco y de puntas espinosas! Con su amor quiere cautivar el nuestro; con sus dolores provocar nuestra compasión; con su cruz y sus espinas quitarnos el peso de los pecados y las espinas de los remordimientos. Y herido el Corazón nos muestra que el amor mejor que el hierro de la lanza, es quien nos ha abierto esa fuente sagrada. ¡Oh Rey de amor y de dolor! ¿Quién será tan duro que ante ti no se ablande? ¿quién tan ingrato que á tanto amor no corresponda? ¿quién no abrirá su pobre corazón al que nos abrió el suyo divinísimo para abrigarnos, lavarnos y defendernos? Corazón santo, reina ya en mí; toda mi vida, todo mi encanto, Corazón santo, lo pongo en tí!

Práctica. Consagrarse como esclavo al Corazón de Jesús.

Oración.

Vos sois el Rey de los ángeles y de los hombres; todas las Escrituras pregonan á cada paso vuestro reinado, y en el símbolo de la Misa confesamos que vuestro reino no tiene fin. Y vuestro Corazón es el rey de los corazones, los supera en amor; los gobierna con equidad; los soporta con indecible paciencia, los inflama en dichosísimas llamas; los hace, de duros, tiernos; de súcios, purísimos; de terrenos, celestiales. Reinad, reinad sobre el mío; purificadlo, atraedlo, regidlo y glorificadlo, Bien mío. No quiero ser como las almas ingratas que no quieren sujetarse á vuestro reinado; por el contrario, yo

clamo con la voz de mi corazón: quiero que este Corazón amorosísimo reine sobre mí, que sea el único dueño de mis afectos: que á este rey consagre todas mis obras: que las buenas palabras que mi corazón exhale, para El sean y á El le pertenezcan, para que cuando mi vida acabe, en ese real Corazón exhale mi último suspiro, y después pueda amarlo eternamente. Amén.

DÍA VEINTISEIS.

Acto de contrición.—Oración preparatoria
Meditación.

1. Enfermo estaba el mundo durante cuatro mil años, y yacía entre las tinieblas y la sombra de muerte; y por eso el Señor era prometido

bajo los nombres de Salud, y Saludable, y Salvador. Y aun ahora, todos los días le dice la Iglesia al Señor por boca de los ministros al empezar la última hora del Oficio divino: "Conviértenos, oh Dios, saludable nuestro; y aparta la ira tuya de nosotros." Dos llagas ó enfermedades hizo el pecado original á nuestra naturaleza: llenó de tinieblas el entendimiento, y debilitó con gran flaqueza la voluntad. Y Jesucristo vino á dar la salud, iluminando con su luz nuestros entendimientos, y reanimando con su calor nuestra voluntad. Así es, que muy bien dijo el ángel, que el niño se llamaría Jesús, que quiere decir, Salvador, porque El había de salvar á su pueblo de sus pecados. Pidamos al Señor que sane las muchas enfermedades de nues-

tra alma, y que con sus eficaces virtudes se digne curar la gravedad de nuestros vicios y pasiones.

2. Si Jesucristo es nuestro Salvador y nuestra salud, su divino Corazón es como la oficina de nuestra salud, porque de allí saca cuanto necesita para nuestro remedio. Por eso decía la Bienaventurada Margarita, que los abismos del Corazón de Jesús curan los abismos del nuestro. "Si estás, dice, en un abismo de desolación y de tristeza, el Corazón de Jesús es un abismo de gozo y de celestiales consolaciones; si te hallas en un abismo de temor y desconfianza, el Corazón de Jesús es un abismo de amor y de dulce esperanza; si te hallas en un abismo de sequedad y de tibieza, El es un abismo de fervor y de santos afectos." Y así,

para todos los negros abismos de nuestras penas, y culpas, y tribulaciones y pecados, tiene abismos de consuelo, de bondad y de misericordia para curarnos, pues El es, como decía Santa Teresa, el universal remedidor de nuestros males. Presentemos á este saludable Corazón nuestras culpas y nuestras penas, para que sea nuestro socorro, nuestra medicina y la salud entera de nuestra alma.

Práctica. Llevar con resignación nuestros achaques y enfermedades.

Oración.

Decid, Señor á mi alma: Yo soy tu salud. Sí, divino Salvador mío: Vos sois la salud de mi cuerpo debilitado; Vos me dais fuerzas para el

trabajo en medio de mis achaques; pero principalmente sois la salud de mi alma; en vuestro Corazón la poneis á descansar; con vuestras llamas la calentais; con vuestra agua la lavais y con vuestra sangre la curais de todas sus heridas; sangre y agua que la lanza hizo brotar de vuestro Costado para el remedio del mundo. Sanadme, pues, médico divino; curadme pues, enfermero celestial; restañad mis heridas, confortad mi flaqueza, sed mi salud en la vida y mi salud eterna después de mi muerte.

DIA VEINTISIETE.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

*El Corazón de Jesús, Santuario
de la Divinidad.*

1. Es de fe que la naturaleza divina, se unió con la humana en Jesucristo, con abrazo tan estrecho, que resultó una sola persona, y es la divina; de aquí es que todo lo que hay en nuestro adorable Redentor, es divino, como perteneciente á su divina persona. Divina es su cabeza, divinas sus manos, divinos sus pies, divinos sus ojos, divinos sus labios.

Y su sagrado Corazón! Divino, divino también, porque es el Cora-

zón del Verbo encarnado, el Corazón del hombre Dios.

2. Este Corazón es de una belleza admirable, es el rey y es el mejor de los corazones, tierno, amoroso, sensible, compasivo, finísimo. Como divino, lleno de profundísimos afectos, ardiendo en vivas llamas de amor para con el Padre celestial, y de amor para con los hombres sus hermanos. En El vive de un modo especial la Divinidad: porque siendo Dios caridad, y siendo el corazón en el hombre la sede del amor, el Corazón de Jesús viene á ser como la sede del Amor de la Trinidad Beatísima, el foco de la divina Caridad y el Santuario augusto, noble y dignísimo de la Divinidad. Y los dos copos de llamas con que quiso aparecer rodeado, simbolizan las llamas

de caridad que le abrasan: la caridad para con Dios su Padre y la caridad para con los hombres sus hermanos.

Y así como en el santuario material, el hombre se prosterna para adorar á Dios, y alabarlo y pedirle gracias y perdones, así ante el Corazón de Jesús, como en un santuario divino, nos hemos de prosternar para alabar al Señor, y adorarle, ó implorar su perdón y su misericordia. En este santuario que le es tan amado, oirá El nuestras oraciones, agradecerá nuestros homenajes, se aplacará con nuestras reparaciones, y dará oído y despacho favorable á nuestras súplicas y deprecaciones.

Práctica. Portarse en el templo con respeto y recogimiento.

Oración.

Vos seis, oh Divino Corazón, el Santuario de la Divinidad; porque estáis personalmente unido con el Verbo; y por esto, no hay nada más santo, más venerable y digno de respeto que Vos. Yo quiero habitar en este Santuario, quiero morar en ese templo de honor y santidad: quiero en él llorar mis pasados extravíos, en él unirme con mi Amado, en él morar todos los días de mi vida, y en él exhalar en la muerte mi último suspiro. Admitidme, Señor, en el precioso Santuario de vuestro Sagrado Corazón, y no me dejéis salir de él jamás. Amén.

DÍA VEINTIOCHO.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

*El Corazón de Jesús, Tesoro
inestimable.*

1. No queráis atesorar tesoros en la tierra, donde los ladrones los roban, y la polilla los carcome; sino atesorad tesoros en el cielo, donde ni la polilla los carcome ni el ladrón los roba: así, dice Jesucristo en el Santo Evangelio. (Math. VI. 19). Es decir, que no pensemos en allegar riquezas y bienes de fortuna, que el tiempo los consume y la muerte los roba, sino que juntemos tesoros espirituales sobre los cuales nada pueden el tiempo ni la muerte. . . .

También dijo el mismo Salvador, que el reino de los cielos es semejante á un tesoro escondido en un campo, que el hombre que lo encuentra, vá, y vende cuanto tiene y compra el dicho campo para hacerse dueño del rico tesoro (1). Y este tesoro es la vida cristiana, la práctica de la piedad y la ley evangélica: como dicen los santos. Este hemos de buscar dando todo lo temporal si es necesario, para alcanzarlo. Y aunque se halla en el campo de la Iglesia, dicen que está escondido á los ojos de la prudencia del siglo y de las humanas pasiones, que sólo buscan lo exterior y deleitable.

2. Pero por el tesoro escondido, muy bien podemos entender al Sacratísimo Corazón de Jesús. Es el

(1) Math. XIII. 44.

tesoro donde están escondidas todas las riquezas de la ciencia y sabiduría de Dios, como dice el Apóstol (Colos. II, 3). Todas las riquezas de la Divinidad en El se encuentran: bondad, benignidad, largueza, compasión, amor infinito, celo inflamado, dulzura encantadora, mansedumbre inaudita, humildad espantable. Mas este tesoro está escondido en el cuerpo adorable del Señor, para los hombres carnales que sólo buscan lo que llaman lo positivo, es decir lo material, lo sensible, lo terreno, el oro y la plata, las delicias y los placeres de los sentidos. Pero el hombre que aspira á cosas más altas, encuentra el tesoro en el campo y lo compra: porque en la Humanidad del Señor encuentra su riquísimo Corazón, y en la Sagrada Comunión, con el arre-

pentimiento de sus culpas, como que compra el campo, y se hace dueño del tesoro que esconde, y se enriquece con las celestes riquezas, que ni la polilla gasta, ni el ladrón arrebat. Demos, demos todas las cosas bajas y terrenas por hacernos poseedores de este tesoro inestimable: renunciemos á las delicias del siglo, á los placeres de los sentidos y á todas las vanidades de la tierra para poder traer con nosotros al divino Corazón, arca de celestiales riquezas, y fuente de espirituales delicias.

Práctica. Algunos actos de penitencia exterior y de renuncia de las cosas terrenas.

Oración.

El hombre que halló un tesoro y dió cuanto tenía para comprarlo, es

el cristiano que encuentra con el riquísimo Corazón de Jesucristo en el campo de su Sagrada Humanidad, y deja todas las cosas de la tierra y mortifica sus pasiones, y se aparta de las delicias del mundo por poseerle. Pero su felicidad es grande, porque allí encuentra cuanto inútilmente había buscado en el seno de las criaturas. Sed, pues, oh divino Corazón, mi riqueza y mi tesoro; todo lo quiero dejar por unirme á Vos, todo quiero perderlo por teneros á Vos, y quiero estar en la cruz por alcanzaros; muy dichoso sería con perder todas las cosas, por teneros á Vos, mi Señor y mi Dios, y por poseer el tesoro precioso, dulce, é inestimable de vuestro divino Corazón. Amén.

DIA VEINTINUEVE.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.

Meditación.

*El Corazón de Jesús, Único bien
del alma.*

1. De tres cosas dice la Sagrada Escritura que son únicas: del fin del hombre, pues como dijo Cristo á Santa Marta: "Una sola cosa es necesaria," y hablaba del gran negocio de la salvación, que es el único para que Dios nos crió, y al que todos deben referirse; de nuestra alma se dice: "libra de la mano del perro á la única mía." (Psalm. XXI. 21). la mano del perro es el poder del demonio, y la única de cada uno, es su alma, pues en efecto, no es más que

una sola con total exclusión de otra. Razón poderosísima para que no queramos perderla, ya que no hay con qué sustituirla. Del arca de Noe, se dice en el Génesis que remataba en un solo codo, ó único; (Génes VI, 16) y San Gregorio Papa entiende, que como el arca significa la Iglesia, el codo único en que termina significa á Nuestro Señor Jesucristo, del que dice San Pablo, que uno solo el Señor, como es una la fe y uno el bautismo. Y por eso decía el real profeta: "una cosa, única, pedí al Señor, y la he de seguir procurando: y es el habitar todos los días de mi vida en su santa casa" (Psalm. XXVI, 4) es decir, pedía y procuraba únicamente la bienaventuranza. Busquemos esta única dicha, amemos á Dios único, y trabajemos por

salvar nuestra única alma, pues perdida, todo se pierde para siempre.

2. El Corazón de Jesús es el único que con pleno desinterés nos ama, es el único que por nosotros se ha inmolado y sacrificado hasta querer ser traspasado con la lanza, es el único que ha amado á Dios con el amor inmenso que le corresponde, es el único que ha tenido un abismo incommensurable de compasión para con el abismo de nuestros pecados y delitos. Es el único que nos acoje en su seno con amor infinito y con infinita misericordia, el único en la sublimidad, único en la fineza, único en la compasión, único en la caridad, único en la abnegación y el sacrificio, único en la bondad y en la ternura: hagámosle el objeto único de nuestro amor, de nuestra gratitud

y de nuestra adoración. Y cuando encontremos corazones amigos, corazones fieles, amorosos y compasivos, pensemos, que si una tan ligera chispa de virtud ó de bondad nos seduce y nos atrae, ¿qué debemos pensar de las virtudes, de las finezas, de la ardiente caridad del Corazón de un Dios? "Anatema, anatema, decía San Pablo, al que no amare á nuestro Señor Jesucristo." (I. Cor. XVI, 22).

Práctica. Renunciar algo á que se tenga apego, para honrar al Corazón de Jesús.

Oración.

Vos sois, Señor, el único que devedras nos amais; el único que habeis dado vuestra Sangre por nosotros; el único amigo verdadero que nos

compadece; el único padre que no nos abandona; el único esposo que no nos desecha; el único médico que nos cura y el único bien que nos hace bienaventurados. Sed, pues, dulce Corazón mi único dueño, mi único Amante, mi único Bien, y mi único tesoro en el tiempo y en la eternidad. Amén.

DÍA TREINTA.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

El Corazón de Jesús, Vida del alma.

1. Nuestro divino Salvador es al mismo tiempo nuestra vida, y el que nos da la vida y el sustento de nuestra vida. Nuestra vida se llamó cuando dijo: "yo soy camino, verdad

y vida." (Joan. XIV, 6): Es el que nos da y nos aumenta la vida, pues también pronunció estas palabras: "Yo vine para que tengan vida, y para que la tengan con más abundancia" (Joan. X, 10). Y es el alimento de nuestra vida, pues aseguró que el pan que daría, sería su carne para la vida del mundo. (Joan. VI, 52). Es también como el medio en que pasa nuestra vida, pues dice el Apóstol, que "en El vivimos, nos movemos y existimos." (Act. XVII, 28). Jesucristo es como el alma de nuestra alma, y la vida de nuestra vida, pues el apóstol San Pablo decía de sí mismo: "Vivo yo, mas ya no yo, sino Cristo es quien vive en mí." (Galat. II, 20). Y pues amamos tanto nuestra vida, amemos á nuestro Señor Jesucristo que nos la

compadece; el único padre que no nos abandona; el único esposo que no nos desecha; el único médico que nos cura y el único bien que nos hace bienaventurados. Sed, pues, dulce Corazón mi único dueño, mi único Amante, mi único Bien, y mi único tesoro en el tiempo y en la eternidad. Amén.

DÍA TREINTA.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

El Corazón de Jesús, Vida del alma.

1. Nuestro divino Salvador es al mismo tiempo nuestra vida, y el que nos da la vida y el sustento de nuestra vida. Nuestra vida se llamó cuando dijo: "yo soy camino, verdad

y vida." (Joan. XIV, 6): Es el que nos da y nos aumenta la vida, pues también pronunció estas palabras: "Yo vine para que tengan vida, y para que la tengan con más abundancia" (Joan. X, 10). Y es el alimento de nuestra vida, pues aseguró que el pan que daría, sería su carne para la vida del mundo. (Joan. VI, 52). Es también como el medio en que pasa nuestra vida, pues dice el Apóstol, que "en El vivimos, nos movemos y existimos." (Act. XVII, 28). Jesucristo es como el alma de nuestra alma, y la vida de nuestra vida, pues el apóstol San Pablo decía de sí mismo: "Vivo yo, mas ya no yo, sino Cristo es quien vive en mí." (Galat. II, 20). Y pues amamos tanto nuestra vida, amemos á nuestro Señor Jesucristo que nos la

da, nos la sustenta, nos la aumenta, y se hace á sí mismo vida nuestra.

2. La vida natural que gozamos, depende del corazón: Santo Tomás observa con los sabios antiguos, que en el hombre el corazón es lo primero que vive y lo último que muere. Y si la vida natural de nuestro amado Redentor, como la nuestra, (pues es verdadero hombre), reside en el corazón y de él depende, claro es que ese divino Corazón nos da la vida, y en cierto modo nos anima, nos conserva y nos alienta. Con razón San Bernardo lo saluda diciendo que la muerte "entró en aquel aposento, en donde vive la vida del mundo." ¡Qué sentirían aquellas almas á quienes el Señor tocaba el corazón con el suyo inflamado, como la Bienaventurada Margarita, ó cambiaba los corazones

como Santa Catalina de Sena? Mas si no podemos aspirar á tan estupendas mercedes; pero sí podemos esmerarnos en vivir con la vida del Sagrado Corazón de Jesús, imitando sus virtudes, siendo mansos y humildes, llenos de compasión con los pecadores, de bondad con todos nuestros prójimos, y de amor y caridad para con Dios. Así viviremos de alguna manera la vida divina del Santísimo Corazón del Salvador.

Práctica. Recobrad ó aumentad la vida del alma por el Sacramento de la penitencia.

Oración.

Vos solo sois, Señor, mi vida: con Vos vivo y sin Vos muero; vivid en mi memoria por el continuo recuerdo de vuestros beneficios; vivid en

mi pensamiento por la meditación de vuestras grandezas; vivid en mi voluntad por el amor más ardiente y más puro; vivid en todo mi sér, para que ya que Vos sois un Dios vivo y verdadero, encuentre yo en vuestro vivífico Corazón la vida del alma, la vida de la gracia, y después la vida inmortal de la gloria. Amén.

DÍA TREINTA Y UNO.

Acto de contrición.—Oración preparatoria.
Meditación.

El Corazón de Jesús, Celoso de las almas.

1. Del celo de las almas que tuvo Jesucristo, dicen las Santas Escrituras que le enflaqueció ó lo devoró; (Psalm. LXVIII, 10) y en persona

del Señor decía también David: "mi celo me ha hecho debilitar y perder el color." (Psalm. CXVIII, 139). Porque aunque se hable del celo de la casa del Señor, sabido es que las almas son también casas vivas, en donde habita; y por eso, cuando dice que el celo lo ha enflaquecido, añade la razón, "porque han olvidado tus palabras mis enemigos;" es decir, porque han olvidado los mandamientos de la santa ley del Señor. Y este celo le devoró, porque él le hizo sudar sangre en el huerto de los olivos, le hizo derramarla como una lluvia en la columna, y le hizo expirar entre durísimos tormentos en la cruz. De aquí es, que la primera palabra que en ella habló nuestro divino Salvador, fué arrancada de su pecho y de sus labios por el celo que

le devoraba del bien de las almas, pues de ellas se ocupa antes que todo, y exhala hacia su eterno Padre aquel grito de amor y de misericordia: "Padre, perdónalos que no saben lo que hacen!"

2. Mas si el celo no es otra cosa que la flama de la caridad, y el hogar de la caridad es el Corazón de Jesucristo, como lo llama la Iglesia en sus letanías, claro viene á ser que el Sagrado Corazón, es el que arde en llamas de celo por nuestro bien: el celo de nuestras almas le hizo arrojar, en la noche de su pasión, con tal violencia su preciosa sangre, que corría á gotas hasta caer en la tierra, como para bañarla con un riego divino, y purificarla de las manchas conque el hombre la tenía contaminada; ese celo lo llenó de tristeza has-

ta la muerte: y ese mismo celo, lo hizo aun después de la muerte entregarse á la lanza del soldado para dar salida á la inmensidad de su amor, con las últimas gotas de su sangre. ¿Con qué celo no deberemos tratar de salvarnos, cuando el Señor perdió la vida para alcanzárnoslo? Pidamos al Sagrado Corazón de Jesús el celo de la salvación de las almas, para procurar, no sólo la nuestra, sino también la de nuestros hermanos.

Práctica. Una ferviente comunión en honor del Sagrado Corazón de Jesús.

Oración.

Escrito está en las Santas Escrituras que Vos sois un Dios celoso. (1) Vuestro amante Corazón nos hace el

(1) Exod. XX. 5.

honor de estar celoso de este nuestro, tan pobre, tan ruin y miserable; no quereis que le entreguemos á las viles criaturas, y aun os quejais justamente de que os hemos faltado con muchos amadores, prometiendo recibirnos, no obstante, en vuestros brazos, si arrepentidos acudimos á vuestro llamamiento. ¡Bendito sea mil veces tanto amor! ¡Bendita tanta bondad y misericordia! ¡Bendito tan ardiente y compasivo celo!

Haced, Corazón sacratisimo, que os ame á Vos solo; que á vuestra imitación, sea celoso del bien de mis hermanos; que mi celo me haga enflaquecer como al profeta; que mi celo me devore y me consuma, para que dándoos muchas almas, merezca la mía ir á veros y gozaros eternamente. Amén.

DIA TREINTA Y DOS.

Acto de contrición. — Oración preparatoria.
Meditación.

El Corazón de Jesús, Esperanza de los que mueren en su amor.

1. Si el vivir en la preciosa habitación del Sagrado Corazón de Jesús, es una cosa tan dulce y una tan grata seguridad, que los santos gozaban grandemente en permanecer allí, y decían con David: ¡oh y qué dulce habitación! aquí moraré, porque la he escogido! lo que hacía exclamar á San Bernardo: qué cosa tan suave es el morar en este Corazón! ¡oh y cuán grato, cuán suave, cuán consolador, cuán envidiable será el morir, el exhalar el último aliento,

encerrado en ese aposento vivificador en el que vive la misma vida del mundo, como dice también el melifluo Doctor! Jesucristo quiso morir para endulzarnos el trago siempre amargo de la muerte, para moderar los justos temores que inspira, y para alentarnos en aquel instante supremo con la dulcísima confianza que su muerte en el árbol de la cruz debe inspirarnos. Por eso, en la hora de la muerte, se pone en las manos del cristiano una Imagen de Cristo crucificado, y una cera encendida; la Imágen, para alentar la esperanza en los méritos de nuestro amado Redentor, recordando que murió en la cruz por nuestro remedio; y la vela, para testificar nuestra fé, más viva en aquellos momentos tan terribles. ¡Oh dulcísimo Salvador mío!

haced que en Vos siempre more, y en vuestros amorosos brazos acabe yo mi pobre vida!

2. Mas así como en la cruz, después de su muerte, dispuso nuestro amantísimo Salvador, que su sagrado Costado fuese traspasado con la lanza, para dejarnos una morada siempre abierta, un refugio siempre seguro donde guarecernos de las iras del Padre ofendido; así también quiso que su divino Corazón nos sirviese en nuestra muerte como de dulce nido, en donde acabar tranquilos nuestros días, pudiendo nosotros decir mejor que el santo Job: "En mi nido moriré, y como la palma multiplicaré mis días;" pues el Corazón de Jesús, suave, dulce, caliente y recogido como un nido pequeño, será precioso asilo en aquel trance, y en

su compañía, en las montañas de la gloria, veremos multiplicar nuestros días, no solo mil años como se dice que dura la palma, sino millares y millones de años, por los siglos que no tienen fin. Por eso el Corazón de Jesús es la esperanza de los que mueren en su santo amor.

Práctica. Hacer la aceptación de la muerte, con todas las penas y amarguras de que el Señor se digne rodearla.

Oración.

Corazón benignísimo de mi Jesús, habitación dulcísima, morada hermosísima, asilo segurísimo donde puedo y quiero pasar toda mi vida, ¡ojalá que toda ella me hubiera aprovechado de esta mansión de amor y de delicias! desgraciadamente he pa-

sado gran parte de mi vida, errando como el pródigo, lejos de esta casa de mi padre, entregado á apacentar mis indignos apetitos y á sumirme en el cieno de los deleites de los sentidos; pero ya hoy quiero volver á la amada casa de mi padre; quiero morar de hoy en adelante en esta dulce habitación, y no volver á salir de ella jamás. Pronto, muy pronto tal vez, acabará para mí la negrura de este destierro, la obscuridad de esta noche, y la duración de esta vida, que no es la vida verdadera, sino la espectación de la eterna vida. Concededme, Señor mío, Jesús mío, amado Salvador mío, que en el dulce nido de vuestro sacratísimo Corazón, acabe yo felizmente mi vida, lavando con su preciosísima sangre mis pecados é inflamando mi amor en sus

ardientes llamas, para que recibido en vuestro seno, pueda como Vos decirle al ir á espirar: "En tus manos Señor, encomiendo mi espíritu."

Amén. FLAMMAM
VERITATIS

DÍA TREINTA Y TRES.

Acto de contrición. — Oración preparatoria.
Meditación.

*El Corazón de Jesús, Delicia de todos
los santos.*

1. Es cierto que en el cielo las almas tendrán tres cosas: la visión, la fruición y la posesión de Dios, las cuales corresponden á la fe, esperanza y caridad que en la vida practicaron, como lo explica Santo Tomás, y los cuerpos tendrán aquellas cuatro dotes que corresponden á las cuatro virtudes cardinales conforme al

mismo angélico Doctor; pero no cabe duda en que aparte de la gloria esencial de la bienaventuranza, tendrán por otros títulos más ó menos gloria accidental, así como los mártires, los doctores y las vírgenes la tienen y se llama la aureola del martirio, del doctorado y de la virginidad. ¿Quién podrá dudar que será una gran felicidad, y una especial delicia en la gloria el contemplar aquella santa humanidad de nuestro adorable Redentor? Aquellos ojos como dos soles reverberantes de luz, aquella frente de real majestad, aquellos labios en que se ha derramado la gracia, aquel rostro de divina hermosura en el cual los mismos ángeles desean estar siempre mirando? Sí, Jesucristo, hermoso en su forma sobre todos los hijos de los hombres, será, en su con-

templación, una de las mayores delicias de la corte celestial!

2. Mas, entre todos los miembros del cuerpo gloriosísimo de nuestro Señor Jesucristo, los que resplandecerán con más luz y belleza serán las llagas que por nuestro amor en la cruz recibió, y que tuvo la fineza de querer, para más excitarnos a amarle, conservarlas en el cielo, en su cuerpo resucitado y glorioso. ¡Quién podrá imaginar, ni menos expresar los torrentes de luz apacible y dulcísima que despedirán esas llagas, iluminando y embelleciendo como cinco focos celestiales, la inmensa ciudad de Dios? Y entre todas ha de sobresalir con especial luz y hermosura aquella herida profunda del sacratísimo Costado, y en el seno de ella, bajo la carne del Señor, translú-

cida como un puro cristal, se verá latir aquel Corazón dulce, amoroso, grande, noble y generoso que tanto amamos en esta vida, y en el que místicamente entrábamos y salíamos tantas veces, trayendo á él nuestros afectos encendidos, y sacando de él las gracias más exquisitas y las más señaladas mercedes! ¡Oh y cuánta delicia será el contemplar allí al divinísimo Corazón de Jesús, centro de todo el amor que hace arder en dulces llamas á todo el amor que hace arder en dulces llamas á toda la Jerusalén celestial! Jamás el sol ardiente y luminoso que nos alumbró y vivifica, ha aparecido tan radiante, tan magnífico y tan bello en medio del cielo, como el divino Corazón en medio del empireo, alumbrándolo todo con sus fulgores, y calentándolo to-

do con sus llamas! Así, el Corazón de Jesús será en los esplendores de la gloria, la eterna delicia de los santos.

Práctica. Meditar á menudo en la gloria para alentarse en las fatigas y consolarse en los trabajos de la vida.

Oración

Corazón de Jesús, sol divino de abrasadores rayos, que alumbráis dulcemente, y deliciosamente inflamáis á los santos en el cielo: Cordero celestial que sois la antorcha resplandeciente de la ciudad eterna, que con Vos no necesita de otro sol ni de otra luz, ¿cuándo llegará el dichoso día, Salvador mío, en que yo os mire cara á cara allá en la gloria, y contemple la luz de vuestros ojos, y la sere-

nidad de vuestra frente, y la gracia de vuestros labios, y la indecible hermosura de vuestro semblante? ¿cuándo veré fulgurar esas llagas amorosas que estarán como disparando ardientes flechas que hieran dulcemente los corazones? ¿cuándo me abismaré en la contemplación de aquel amante y divino Corazón que fué mi morada, y mi suave nido, y mi rico tesoro acá en la tierra? ¡oh Señor! Señor Jesús! abreviad si os place, el tiempo de mi peregrinación en este destierro, á fin de que yo pueda volar á gozaros y á contemplaros en la excelsitud de vuestra gloria! “Habitado hé, con los habitantes de Cédar, el valle tenebroso, y mi alma ha andado mucho tiempo peregrinando. (1) Acabe ya, Señor, el sue-

(1) Psalm. CXIX, 6.

lo para llegar al cielo; termine de una vez el destierro para regresar á la patria, rómpanse al fin las ataduras de la mortalidad, para entrar libre á la inmortal y eterna vida! Corazón de Jesús, Vos seréis mi delicia, mi amor y mi contento en los esplendores de la gloria celestial. Amén.

HIMNOS

AL

SAGRADO CORAZÓN

PROPIOS PARA CANTARSE EN SU MES.

I

El nido de la paloma.

*Corazón santo
De mi Señor.
Oye mi canto
De fe y de amor.*

En el Calvario
Un cruel soldado.
En tu costado
Lanza clavó;
Y de la herida
Luego desagua
De sangre y agua
Un río de amor.

Corazón santo, etc.

lo para llegar al cielo; termine de una vez el destierro para regresar á la patria, rómpanse al fin las ataduras de la mortalidad, para entrar libre á la inmortal y eterna vida! Corazón de Jesús, Vos seréis mi delicia, mi amor y mi contento en los esplendores de la gloria celestial. Amén.

HIMNOS

AL

SAGRADO CORAZÓN

PROPIOS PARA CANTARSE EN SU MES.

I

El nido de la paloma.

*Corazón santo
De mi Señor.
Oye mi canto
De fe y de amor.*

En el Calvario
Un cruel soldado.
En tu costado
Lanza clavó;
Y de la herida
Luego desagua
De sangre y agua
Un río de amor.

Corazón santo, etc.

La fiel paloma
En esa herida
Halló guarida,
Nido y mansión:
Cuando la empuja
El viento duro,
Puerto es seguro
Tu Corazón.

Corazón santo, etc.

En la caverna
De aquel cercado
Quiere su Amado
Oír su voz:
Del negro averno
El cruel milano
Allí cercano
Jamás llego:

Corazón santo, etc.

Del mundo el ruido
Allá no asoma,
La fiel paloma
Mora allí en paz;

Allí se lava
En agua pura,
Allí murmura
Suave cantar:

Corazón santo, etc.

Sangre divina
Allí la alienta,
Y la sustenta
Dulce manjar,
Y en blando nido
A sus polluelos
Con mil desvelos
Los va á cuidar.

Corazón santo, etc.

Oh dulce llaga!
Purpúrea rosa!
En esta choza
Quiero vivir:
Y en ti morando,
Cual Job bendito,
En mi nidito
Quiero morir!

Corazón santo, etc.

II

Sangre y agua!

¡Corazón del Rey que adoro,
Casa santa de oración,
En ti encuentro un gran tesoro
Y dulcísima mansión!

Llave de oro fué la lanza
Que en tu santo pecho abrió
Una puerta de esperanza
Siempre franca al pecador:

De esa fuente dimanaron
Ambos ríos de redención,
Sangre y agua que brotaron
Del Sagrado Corazón:

El agua que en el bautismo
Lava la culpa de Adán;
Sangre que en su cuerpo mismo
Nos nutre en el sacro altar:

Agua de perenne fuente
Que el pecado ha de borrar,
Sangre preciosa é hirviente
Para al alma confortar.

Oh Corazón dulce y santo,
Morada de dicha y paz,
En ti gimo, y á ti canto
Lejos del mundo falaz.

Pues si la tórtola llora
Noche y día su viudedad,
Mi alma aquí gime y deplora
Su miseria y su ruindad.

Cuando acabe, oh Dios! mi vida
Y me vengas á juzgar,
Me hallarás dentro esta herida
Y allí me has de sentenciar:

Y en el cielo al fin, triunfante,
Alabaré tu bondad,
Y á tu Corazón amante
Cantaré en la eternidad!

III

El soberano Rey.

Corazón de Jesús! Rey soberano,
Recibe con mi amor mi adoración,
Que, pues de sí te arroja el mundo insano
Yo te doy mi alma y vida y corazón!

Yo te miro á la puerta de la amada,
Diciéndole: "oh hermana mía y esposa!
Ábreme á mí la puerta de tu choza
Que la lluvia mis miembros empapó:
De mi cabeza, mi cabello todo
El rocío de la noche há humedecido;
Del frío del cierzo helado estoy transido

Ábreme luego, hermana, ábreme pues! ...
Oh mi Jesús! De par en par mi pecho
Abre sus puertas á su bien amado;
Entra Señor: aquí estarás guardado
Y el mundo aquí, no te herirá otra vez:

Allá te arroja el siglo de su seno,
A tus ministros burla; á tus esposas

Las dispersa con leyes ominosas;
A los niños los roba para sí.
"No queremos que reine entre nosotros,"
Dice con los judíos enfurecidos;
Y á la Iglesia conmueven los rugidos
Con que la ataca en loco frenesí.

Levántate Señor! juzga tu causa!
No se envanezca contra tí el impío;
Que sienta de tu brazo el poderío,
Que hunda á tus enemigos tu querer:
Y que tu Corazón manso y humilde,
De amor ardiendo hacia el mortal helado,
Al pobre corazón deje inflamado
En el fuego que vienes á encender;
Y que reines con cetro soberano
Sobre todos los pueblos y naciones,
Y que unides á ti los corazones,
Se inflamen todos en tu dulce ardor;
Y á tu Esposa la Iglesia la incorpores
Con la alma Sion donde glorioso habitas,
Y que tu Corazón á do la invitas
La abrigue siempre en el eterno amor!

IV

El fiel amigo.

Hoy te ofrezco
Dulce Dueño,
Con empeño mi oración:
Busco casa,
Busco nido,
Hoy te pido el Corazón:
Triste andaba,
Vagabundo,
De este mundo en el erial:
Las criaturas
Me atraían,
Y me hacían más criminal;
Yo buscaba,
Mas en vano,
Un hermano, un corazón:
Todas eran
Ilusiones,
Y traciones y ficción:

Ni contento
Nunca hallaba,
Ni encontraba dicha y paz;
Negra vida
Gran quebranto
Luto y llanto hallé no más.
Ya perdida
La esperanza,
Desconfianza sólo vi,
Y enojado
Con mi suerte,
A la muerte sonrei;
Mas miróme
Dulce amigo,
Testigo de mi penar,
Y me dijo:
"Ven conmigo
Sólo abrigo en mí has de hallar;
Que á quien pesa
Pena amarga,
Yo á su carga alivio doy...!"
Y una puerta
De esperanza
Dura lanza en él me abrió;

Y en la cruz
Por mi ya muerto
Háme abierto el Corazón.
Oh Arca santa!
Dulce puerta!
Siempre abierta habitación!
Yo te adoro,
Sacra herida:
Mi guarida en ti pondré!
Que en tu seno
Yo escondido
En mi nido moriré!

HOMENAJE

DE

GRATITUD Y REPARACIÓN

AL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

POR EL SIGLO QUE PASÓ.

Corazón de Jesús, unido substancialmente á la Divinidad, y por lo mismo Corazón del verdadero Dios, yo te adoro profundamente humillado ante tu soberana grandeza. Al terminar, Señor, este último siglo que tanto te ha perseguido, ¡qué inmenso cúmulo de favores y de gracias nos has concedido, que nos exigen torrentes de amor y de agradecimiento! Cien años más de acompañarnos en las amarguras de este destierro! cien años más de sacrifica-

Y en la cruz
Por mi ya muerto
Háme abierto el Corazón.
Oh Arca santa!
Dulce puerta!
Siempre abierta habitación!
Yo te adoro,
Sacra herida:
Mi guarida en ti pondré!
Que en tu seno
Yo escondido
En mi nido moriré!

HOMENAJE

DE
GRATITUD Y REPARACIÓN

AL
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

POR EL SIGLO QUE PASÓ.

Corazón de Jesús, unido substancialmente á la Divinidad, y por lo mismo Corazón del verdadero Dios, yo te adoro profundamente humillado ante tu soberana grandeza. Al terminar, Señor, este último siglo que tanto te ha perseguido, ¡qué inmenso cúmulo de favores y de gracias nos has concedido, que nos exigen torrentes de amor y de agradecimiento! Cien años más de acompañarnos en las amargas de este destierro! cien años más de sacrifica-

ros un millón de veces cada día por amor nuestro en los altares; cien años más de estar viviendo con nosotros de día y de noche en nuestros tabernáculos; cien años más de oír benigno nuestras quejas, de recibir nuestras súplicas, de aguardar nuestras visitas; cien años más de alimentar con tu cuerpo y sangre nuestras almas, fortaleciéndonos contra nuestros enemigos, y consolando nuestras penas, y alentando nuestra debilidad y flaqueza; cien años más de salir por nuestras calles, en muchas regiones privado del culto público, ocultándote como un malhechor, para servir de viático á tus siervos enfermos; cien años más de vida eucarística, solitaria, misteriosa, y desdeñado por el mundo, que estando en medio de él, no te conoce. Y en vez de amor ardiente, de gratitud inmensa, de

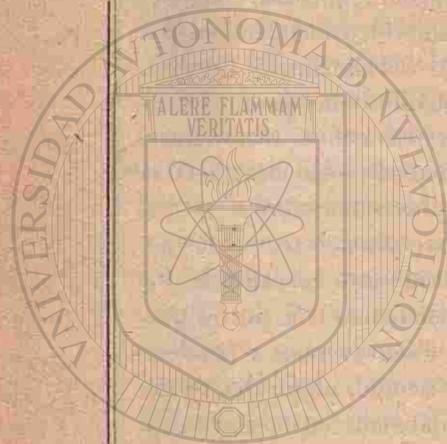
afectos inflamados y rendidos corazones, no te hemos correspondido sino con negras y horribles ingratitudes: blasfemias inauditas, libros impíos, estatuas levantadas á tus más encarnizados enemigos, persecución á cuanto es tuyo y de tu servicio: persecución á tu culto y á tus leyes, á tus ministros y á tus esposas, á tus Vicarios los sumos Pontífices y á los Obispos, á los adultos y á los niños! Alejamiento de los divinos Misterios, enfriamiento de la caridad de muchos, pérdida de la fe y protección á los herejes, tibieza y negligencia en los que hacen profesión de servirte. Ingratitudes, ofensas, olvido y pecados, desprecio y sacrilegios, he aquí la correspondencia con que hemos pagado tu amor y tus mercedes! Corazón adorable, Corazón misericordioso, perdón por tantas ofensas! per-

dón por tamañas deslealtades! Queremos aquí ofrecerte, con nuestros pobres corazones, todos los homenajes de honor, todas las obras de reparación, todos los actos de amor y de desagravio que en este siglo te hayan ofrecido los cristianos por todo el universo. Sí, Señor; todos los afectos que han inflamado los corazones, todas las lágrimas devotas que han llorado los ojos; todas las visitas que has recibido en tus templos; todas las oraciones y las preces que en tu presencia han rezado los sabios; todas las Misas, todas las comuniones sacramentales y espirituales que se han hecho durante el siglo que termina, todo, todo, unido con los cánticos de los serafines y con las alabanzas que los santos te tributan en el cielo, todo lo ofrezco en homenaje de amor, de agradecimiento, de

desagravio y de reparación, por los pecados del siglo.

Cien corazones, quisiera, Señor tener, para amarte, y cien lenguas para pregonar tus alabanzas! Corazón santo, Corazón divino! perdona bondadoso nuestras culpas, recibe nuestras adoraciones, escucha nuestras plegarias, y derrama sobre nosotros, y en especial sobre esta Diócesis que enteramente te está consagrada, tus copiosas bendiciones, á fin de que, los que te desagraviamos y bendecimos en el tiempo, algún día te gocemos y alabemos en la eternidad. Amén.

Pueden rezarse las Letanias aprobadas del Sagrado Corazón de Jesús.



ÍNDICE.

Al devoto del Sagrado Corazón	3
Oraciones para oír la Santa Misa en unión del Sagrado Corazón de Jesús.	5
Ejercicio para la Santa Comuniòn	23
Visita á la Bienaventurada Margarita Maríá Alacoque, que puede hacerse el día 17 de cada mes	31
Cuatro homenajes al Sagrado Corazón de Jesús	39
Desagravio al Sagrado Corazón de Jesús, por el robo sacrílego.	47
TRIDUO DEVOTO AL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS.	51
Primer día.—Las amarguras del Corazón de Jesucristo	58

Segundo día.—El amor que nos tiene y los favores que nos hace.	60
Tercer día.—Excelencias y virtudes del Santo Corazón	63
EJERCICIO EN HONOR DE LAS INSIGNIAS DEL SAGRADO CORAZÓN	
Primer día.	71
Segundo día.	78
Tercer día.	85
Cuarto día.	92
Oración final.	99
Plegaria.	101
NOVENA EN HONOR DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS, para honrar sus principales dolores.	
Primer día.	106
Oración final para todos los días.	113
Segundo día.	115
Tercer día.	120
Cuarto día.	125
Quinto día.	129
Sexto día.	134
Séptimo día	139

Octavo día.	142
Ultimo día.	147
Dolores del Corazón amable de Jesucristo.	152
Letanias del Sagrado Corazón de Jesús.	157
NUEVE MEDITACIONES DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS, para otros tantos días de retiro, ó para nueve primeros viernes de mes.	
Primera meditación.—De las llagas de Jesucristo y de su Corazón	163
Segunda meditación.—De la entrada y salida al Sagrado Corazón de Jesús	166
Tercera meditación.—Por qué quiso Jesucristo que fuese herido su costado	170
Cuarta meditación.—Por qué quiso Jesucristo ser herido en el costado derecho.	175
Quinta meditación.—Por qué quiso Jesucristo ser herido en el costado derecho después de su muerte.	178
Sexta meditación.—El Corazón de Jesús, trono del amor divino	183
Séptima meditación.—El Corazón de Jesús,	

obra maestra del Espíritu Santo, que es todo amor.	187
Octava meditación.—De la unión personal del Corazón de Jesús con el Verbo, principio de amor.	193
Novena meditación.—Singular excelencia del Sagrado Corazón de Jesús y su ardiente amor á Dios.	197
MES DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS, Jardín de sus títulos, oficios y dignidades, conforme á la Sagrada Escritura.	203
Día primero.—El Corazón de Jesús, Abogado fiel, Arbol de vida.	208
Día segundo.—El Corazón de Jesús, Blanco de amor y de contradicción.	211
Día tres.—El Corazón de Jesús, Camino seguro, Custodio nuestro.	214
Día cuatro.—El Corazón de Jesús, Dominador y Dueño de los corazones.	218
Día cinco.—El Corazón de Jesús es el Corazón de nuestro Esposo, escogido entre millares.	221
Día seis.—El Corazón de Jesús, Flor del Campo, Fruto sublime de la tierra.	224

Día siete.—El Corazón de Jesús es nuestro Guía.	227
Día ocho.—El Corazón de Jesús, Huerto cerrado.	231
Día nueve.—El Corazón de Jesús, Imán de los corazones.	234
Día diez.—El Corazón de Jesús, nuestro Justo y nuestro Juez.	238
Día once.—El Corazón de Jesús, Luz de las almas.	242
Día doce.—El Corazón de Jesús, Médico saludable.	246
Día trece.—El Corazón de Jesús, Mina riquísima.	250
Día catorce.—El Corazón de Jesús, Modelo del nuestro.	254
Día quince.—El Corazón de Jesús, Nido de amor.	258
Día diez y seis.—El Corazón de Jesús, Ornamento de la Iglesia.	262
Día diez y siete.—El Corazón de Jesús, Paraíso de deleites.	267
Día diez y ocho.—El Corazón de Jesús, Pelicano en la soledad.	271

Día diez y nueve.—El Corazón de Jesús, Primero y último, Principio y fin.	275
Día veinte.—El Corazón de Jesús, Propi- ciatorio y propiciación por nuestros pe- cados.	279
Día veintiuno.—El Corazón de Jesús, Que- rido del alma.	283
Día veintidós.—El Corazón de Jesús, Ra- cino de cipro.	287
Día veintitrés.—El Corazón de Jesús, Raíz de David.	292
Día veinticuatro.—El Corazón de Jesús, Roca de fortaleza.	297
Día veinticinco.—El Corazón de Jesús, Rey de corazones.	301
Día veintiseis.	306
Día veintisiete.—El Corazón de Jesús, San- tuario de la Divinidad.	311
Día veintiocho.—El Corazón de Jesús, Te- soro inestimable.	315
Día veintinueve.—El Corazón de Jesús, Único bien del alma.	320
Día treinta.—El Corazón de Jesús, Vida del alma.	324

Día treinta y uno.—El Corazón de Jesús, Celoso de las almas.	328
Día treinta y dos.—El Corazón de Jesús, Esperanza de los que mueren en su amor.	333
Día treinta y tres.—El Corazón de Jesús, Delicia de todos los Santos.	338
HIMNOS AL SAGRADO CORAZÓN, propios para cantarse en su mes.	
I. El nido de la paloma.	345
II. Sangre y agua.	348
III. El Soberano Rey.	350
IV. El fiel amigo.	352
Homenaje de gratitud y reparación al Sa- grado Corazón de Jesús, por el siglo que pasó.	355



ESTADO LIBRE Y SOBERANO DE NUEVO LEÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
BIBLIOTECA CENTRAL DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS